

Luces de relámpagos y caminos de tierra: una lectura espacial de la migración venezolana

Arles Fernando Bello Galvis

Informe de investigación para optar al título de magister en estudios sociales

Maestría de estudios sociales de la Universidad Pedagógica Nacional

Línea de investigación construcción social del espacio

Director:

Dr. Luis Guillermo Torres Pérez

Facultad de humanidades

Bogotá Colombia, 15 junio del 2026

Luces de relámpagos y caminos de tierra: una lectura espacial de la migración venezolana

Arles Fernando Bello Galvis

Informe de investigación para optar al título de magister en estudios sociales

Maestría de estudios sociales de la Universidad Pedagógica Nacional

Línea de investigación construcción social del espacio

Director:

Dr. Luis Guillermo Torres Pérez

Facultad de humanidades Universidad Pedagógica Nacional

Comité evaluador:

Dra. Nubia Moreno Lache

Facultad de humanidades Universidad Pedagógica Nacional

Dr. Fernando Neira Orjuela

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) – Universidad
Nacional Autónoma de México

Bogotá Colombia, 15 junio del 2026

Agradecimientos

A la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia, mi alma mater, que me ha permitido formarme en la educación pública durante ya un par de años. A todo su cuerpo administrativo y técnico.

A la Facultad de Humanidades y, especialmente, al programa de la Maestría en Estudios Sociales, a su coordinación y a su equipo de profesores. A la línea de profundización "Construcción social del espacio", por su interés y su gran apuesta por el campo de la geografía.

Agradezco enormemente a mi director de tesis, el Dr. Luis Guillermo Torres Pérez, por su gran apoyo en los momentos más difíciles de este proceso, por las innumerables veces que devolvió la claridad cuando el panorama se tornaba difuso y por destrabar con sus orientaciones, consejos y motivaciones los estancamientos mentales que tuve.

A Tibú, que sin duda alguna me abrió las puertas desde hace años para caminar, aprender, comprender y estudiar sus fenómenos. Sobre todo, a quienes lo habitan, a su multiplicidad de personas que no dudaron en ningún momento en compartir sus experiencias.

Al Dr. Fernando Neira Orjuela, del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) – Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y a la Dra. Marta Rojas Wiesner, del Grupo Académico Estudios en Migración y Procesos Transfronterizos de El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR), quienes acompañaron una de las experiencias académicas más interesantes y enriquecedoras que he tenido en clave de acercarme a los fenómenos migratorios en México.

A Primera Urgencia Internacional, misión Colombia, que me ha dado su apoyo y acceso a las zonas de investigación y me permitió los tiempos necesarios para llevar a cabo la maestría.

Agradecimientos a título personal

A mi Hogar, Natalia, Isis y Don Gato, este logro es de ustedes y gracias a ustedes.

A mi maravillosa familia, por el amor, el apoyo y su incondicionalidad permanente durante estos dos años, que desde el inicio de cada uno de los procesos de formación que he decidido realizar siempre han estado allí, gracias madre, gracias padre, gracias hermanas, gracias sobrinas.

A los colegas que cursaron los seminarios de la maestría conmigo, en especial a Juan Camilo Rivera, Cristian David rojas.

Dedicatoria

*En algunas comunidades indígenas de México,
las mujeres entierran el cordón umbilical de sus recién nacidos,
plantando así un escenario simbólico de echar raíces,
de reconocer de dónde venimos, de conectar un lugar con el ser.*

*Migrar siempre será una decisión difícil.
Por eso dedico este trabajo a todas aquellas personas
que, por la circunstancia que fuere, se vieron obligadas a migrar.*

¡Recuerden siempre volver al ombligo!

Contenido

Capítulo I. Objeto y arquitectura de la investigación	13
1. Luces de relámpagos y caminos de tierra: aproximación inicial al territorio	13
1.1. El Catatumbo en el contexto de la mundialización contemporánea	16
1.2. Migración venezolana y producción del espacio.....	19
2. Formulación del problema	21
2.1. Descripción del problema de investigación.....	21
2.2. Antecedentes y estado del arte	24
2.2.1 Rastreo Bibliográfico.....	29
2.2.2. Sobre la migración venezolana.....	30
2.2.3. Reconfiguraciones socio espaciales: ¿que se ha dicho?	33
2.2.4. Estudios previos en el Catatumbo y Tibú.....	35
2.2.5. Vacíos, tensiones y oportunidades.....	37
2.3. Pregunta central y preguntas orientadoras.....	39
2.4. Objetivos.....	40
2.4.1. Objetivo general	40
2.4.2. Objetivos específicos	40
2.5. Justificación.....	40
2.5.1. Relevancia teórica: la geografía crítica y los estudios migratorios	40
2.5.2. Relevancia social y territorial.....	41
2.6. Enfoque epistemológico y posicionamiento del investigador	42
2.6.1. Paradigma crítico-social	43
2.6.2. Geografía Crítica y análisis de enfoques geográficos	45
2.7. Reflexividad y lugar de enunciación	48
3. Diseño metodológico.....	51
3.5. Estudio de caso y la etnográfica	55
3.6. Técnicas e instrumentos de recolección de información	58
3.7. Estrategia de análisis e interpretación	62
3.8. Criterios éticos y protección de las fuentes	65
Capítulo II. Hacia una comprensión del espacio geográfico; las configuraciones, las transformaciones y las reconfiguraciones del espacio.....	67
1. Origen del análisis conceptual.....	68
1.1. Genealogía del concepto de espacio en la tradición geográfica	69
1.2. Del espacio absoluto al espacio socialmente producido.....	70
1.3. La espacialidad como relación social	71

2. ¿De dónde provienen, históricamente, las nociones de configuración, transformación y reconfiguración?	71
2.1. Por qué la distinción importa para la investigación.....	72
2.2. Las configuraciones espaciales.....	73
2.3. Las transformaciones espaciales.....	74
2.4. Las reconfiguraciones socioespaciales	76
3. Tibú, Norte de Santander: su configuración, sus transformaciones y sus reconfiguraciones	78
3.1. Configuraciones históricas del espacio tibuyano.....	78
3.2. Transformaciones recientes del espacio social	78
3.3. Reconfiguraciones socioespaciales: nuevas territorialidades en disputa.....	79
Capítulo III. La migración: fenómeno histórico y contemporáneo	82
1. Genealogía de la migración como fenómeno histórico	83
1.1. Movilidad humana en la historia social.....	84
1.2. Migración y capitalismo global	86
1.3. Frontera, Estado y movilidad	87
2. Epistemologías de la migración	89
2.1. Enfoques clásicos: <i>push-pull</i> y economía neoclásica	89
2.2. Enfoques estructurales y sistema-mundo	90
2.3. Perspectivas críticas y decoloniales.....	92
2.4. La migración como práctica espacial	94
3. La migración venezolana en Colombia	95
3.1. Contexto histórico y político	95
3.2. Oleadas migratorias y territorialización	97
3.3. Tibú como destino periférico.....	98
4. Estudio de la migración en Tibú	101
4.1. Producción narrativa del testimonio migrante.....	102
4.2. Categorías analíticas emergentes.....	103
Capítulo IV. La marginalidad estructural y producción del espacio migrante en Tibú...	107
1. Genealogía de la marginalidad estructural	108
1.1. De la marginalidad clásica a la marginalidad avanzada	109
1.2. Wacquant y la producción territorial de la exclusión	111
1.3. Estado, mercado y penalización de la pobreza	113
2. Marginalidad estructural	115
2.1. Marginalidad como categoría relacional	117
2.2. Estigmatización territorial	119

2.3.	Periferización y violencia simbólica.....	121
3.	Migración y marginalidad estructural en Tibú	123
3.1.	Asentamientos informales como especialización de la exclusión	125
3.1.1.	Evolución temporal de la expansión urbana.....	129
3.2.	Trabajo precario, economía informal y sobrevivencia	133
4.	Migración y producción del espacio migrante.....	137
4.1.	Nuevas centralidades y periferias	140
4.2.	Reconfiguración del mercado laboral local	141
4.3.	Reconfiguración cultural y simbólica del espacio	142
4.4.	Tensiones entre población local y migrante	144
	Reflexiones finales: espacialidades de la migración y reconfiguración territorial	148
1.	Aportes teóricos a la geografía crítica	150
2.	Aportes metodológicos	153
3.	Implicaciones para política pública y acción territorial	154
	Referencias bibliográficas.....	160
	Anexos	167

Índice de mapas

Mapa 1. Ubicación zona urbana municipio de Tibú.....	17
Mapa 2. Mapa rutas migratorias Tibú.....	99
Mapa 3. Asentamientos informales (2015-2023)	127
Mapa 4. Servicios públicos garantizados Tibú	128
Mapa 5. Satelital del municipio de Tibú (agosto 2015).....	130
Mapa 6. Satelital del municipio de Tibú (mayo 2020)	131
Mapa 7. Satelital del municipio de Tibú (agosto 2023).....	132
Mapa 8. Cultivos de palma de aceite antes del 2015.....	135
Mapa 9. Cultivos de palma de aceite después del 2015 al 2023	136
Mapa 10. Reconfiguraciones socioespaciales Tibú	155

Índice de tablas

Tabla 1. Distribución publicaciones realizadas en el mundo sobre la categoría “Migración venezolana”	31
Tabla 2. Cuadro de diseño metodológico. A1	53
Tabla 3. Cuadro de diseño metodológico. A2.....	53
Tabla 4. Cuadro de diseño metodológico. A3.....	54
Tabla 5. Matriz de análisis diario de campo	59

Índice de gráfico

Gráfico 1 Distribución de Investigaciones por zona, línea de Construcción Social del Espacio MES	¡Error! Marcador no definido.
Gráfico 2. Distribución de Investigaciones tipo de enfoque metodológico.	27
Gráfico 3. Distribución de Investigaciones paradigma geográfico	27
Gráfico 4. Caracterización demográfica y ocupacional de población migrante venezolana	102

Índice de esquemas

Esquema 1. Producción del espacio migrante en Tibú	139
--	-----

Introducción general

Esta tesis se pregunta por la relación entre migración y espacio en un territorio concreto: el municipio de Tibú, en la región del Catatumbo, Norte de Santander, Colombia. No es una pregunta sencilla, porque Tibú no es un lugar cualquiera. Es una frontera continua, un territorio históricamente marcado por la extracción petrolera, el conflicto armado, las economías ilegales y una presencia estatal frágil y fragmentada. Y es, desde 2015, uno de los puntos de entrada y asentamiento de miles de migrantes venezolanos que huyen de una crisis que no termina de nombrarse del todo.

La investigación parte de una convicción: la migración no es solo un flujo demográfico ni una emergencia humanitaria. Es, ante todo, una práctica espacial. Quienes migran no solo se desplazan de un lugar a otro. También producen territorio, ocupan, construyen, transitan, negocian, resignifican, y al hacerlo, cambian, y en ocasiones de manera sutil otras de manera radical, los espacios que habitan. Esta tesis no estudia la migración en abstracto. La estudia en su dimensión espacial, geográficamente situada, anclada en los caminos de tierra y bajo los relámpagos del Catatumbo.

El argumento central que hila los cuatro capítulos de este documento es el siguiente: las reconfiguraciones socioespaciales asociadas a la migración venezolana en Tibú no pueden comprenderse únicamente como resultado del incremento poblacional o como una simple presión sobre servicios y recursos. Por el contrario, dichas reconfiguraciones expresan estructuras históricas de exclusión, precarización y desigualdad territorial que anteceden la llegada de la población migrante y que se intensifican, se visibilizan y se reorganizan con ella. En otras palabras, la migración no crea la marginalidad estructural en Tibú, pero la reconfigura profundamente, y es esa reconfiguración lo que esta tesis se propuso desentrañar.

Metodológicamente, la investigación se inscribe en un paradigma crítico-social y adopta un enfoque de estudio de caso con predominio cualitativo. Se apoya en entrevistas semiestructuradas, observación no participante, diario de campo, análisis documental y herramientas de análisis espacial (SIG). El trabajo de campo se realizó en asentamientos periféricos del casco urbano del municipio de Tibú, donde se concentra gran parte de la

población migrante, y permitió recoger testimonios, registrar prácticas cotidianas y observar los cambios del territorio en tiempo real.

La tesis se organiza en cuatro capítulos. El Capítulo I presenta el objeto de investigación, el problema, los objetivos, la justificación y el diseño metodológico, incluyendo un posicionamiento reflexivo del investigador que no es accesorio sino constitutivo del análisis. El Capítulo II desarrolla el marco conceptual sobre espacio geográfico, distinguiendo entre configuración, transformación y reconfiguración socioespacial, y aplica estas categorías al caso de Tibú. El Capítulo III aborda la migración como fenómeno histórico y contemporáneo, revisa sus principales enfoques teóricos y caracteriza la migración venezolana en Colombia, con énfasis en Tibú como territorio periférico. Finalmente, el Capítulo IV constituye el núcleo empírico-analítico de la tesis allí se analiza la relación entre marginalidad estructural y producción del espacio migrante, mostrando cómo los asentamientos informales, el trabajo precario, la estigmatización territorial y las tensiones entre población local y migrante son expresiones concretas de una reconfiguración socioespacial en curso. Finalmente se presentan las conclusiones de la investigación.

No se trata, por tanto, de una tesis que aspire a la generalización estadística ni a la construcción de modelos predictivos. Su apuesta es otra, ofrecer una lectura situada, densa en términos etnográficos y teóricamente informada, que permita comprender cómo opera la producción del espacio migrante en un territorio de frontera marcado por la marginalidad estructural. La validez de la investigación no reside en su capacidad de representar a todas las fronteras colombianas, sino en la solidez de su interpretación y en la transparencia con que se presentan las evidencias empíricas y los marcos teóricos que las sustentan.

Capítulo I. Objeto y arquitectura de la investigación

1. Luces de relámpagos y caminos de tierra: aproximación inicial al territorio

He decidido iniciar este documento con una pequeña historia, una narración que comenzó mucho antes de imaginarme en este espacio académico para el que hoy escribo. Una historia que busca situar las preguntas que me acompañan: ¿por qué llegué a Tibú?, ¿qué me condujo hasta aquí?, ¿por qué el fenómeno migratorio? y, quizá, aquellas cuestiones como investigador que orientan mis decisiones.

No considero que existan las casualidades. Llegar a distintos lugares, establecer relaciones, compartir con ciertas personas, vivir tensiones, imaginar escenarios o rodearme de objetos no responde al azar, sino a las causalidades. Como señala Lefebvre (2013) “la causalidad está inscrita en las relaciones sociales que producen y reproducen” (p.129). Podría decir que investigo los procesos migratorios porque es un tema importante. Pero esa respuesta me queda corta. La razón que subyace va más allá del interés académico, es biográfica: diez años de causalidades, como diría Lefebvre, me fueron llevando paso a paso hasta Tibú. En esta investigación confluyen situaciones que me llevaron por diversos escenarios, poniendo a Tibú en mi radar y a mí, de algún modo, en el radar de Tibú.

Desde mi pregrado, la relación con las fronteras empezó a convertirse en un interés particular y en el deseo de “conocer mundo”. Freire y Lefebvre coinciden en que conocer el mundo exige vivirlo, para Freire (1970), el saber auténtico no surge de la abstracción sino de la experiencia vital en la que el sujeto se involucra con su realidad, mientras que para Lefebvre (2013) se trata de “experimentarlo en su producción cotidiana” (p. 54). Ese propósito me llevó, en 2014, a emprender un recorrido por algunos países latinoamericanos. Como estudiante de universidad pública, con recursos escasos, recurrí a mis habilidades para financiarme. Los malabares, unas manillas tejidas de manera rudimentaria y la estrategia de “echar dedo¹,” fueron suficientes para sostenerme en el camino. Así recorrí Ecuador, conviví con comunidades indígenas que me enseñaron a

¹ Pedir transporte gratis en un vehículo.

tejer de verdad, no como mis primeras manillas, asistí a un Inti Raymi² y mantuve viva la esperanza de seguir viajando.

En 2015, a mitad de año, decidí viajar a Venezuela. En aquel momento se hablaba de cómo el cambio monetario favorecía a los colombianos que cruzaban la frontera, pero también de una creciente ola migratoria, miles de personas buscaban salir del país. Aun así, emprendí el viaje en condiciones similares a las del anterior, aunque con mayor experiencia. Al llegar a Cúcuta me enfrenté a mi primera lectura sobre la migración en toda su magnitud. Miles de personas se aglomeraban en el terminal de transporte. Yo buscaba una casa de cambio, pero todas tenían filas interminables. En la espera observé a migrantes que, recién ingresados a Colombia, salían frustrados, entregaban grandes cantidades de bolívares y recibían apenas un puñado de pesos.

Yo, en cambio, llevaba un millón de pesos colombianos, un poco más de un salario mínimo de la época, o unos 350 UDS, que imaginaba suficientes para 10 o 15 días, esperando que el resto del viaje lo sostuvieran mis habilidades. Al llegar mi turno, pedí cambiar la suma y el cajero me preguntó, “¿Cómo piensa llevarse todo ese dinero?”. Aún no entendía lo que ocurría, hasta que comenzaron a entregarme fajos de billetes de la más alta denominación, en total, 198 millones de bolívares. Una suma absurda, peligrosa de cargar. Allí comenzaron a surgir tensiones en mi viaje que pronto se convirtieron en preguntas, ¿por qué la gente está saliendo de Venezuela?, ¿qué sentido tiene que yo entre?, ¿qué está pasando con este país? Miles de migrantes salían, mientras yo entraba.

Unos días después, cuando ya vivía de cerca la situación y observaba cómo se intensificaba el flujo de personas, anunciaron lo que temía, cerrarían la frontera. Debía salir lo más pronto posible, hacerlo como los demás migrantes, cambiar mis bolívares en condiciones desventajosas y, sobre todo, caminar. Ese fue mi primer acercamiento directo a la migración venezolana, sentir, aunque fuese en una fracción mínima, algunas de las emociones de quienes huían. No sabía entonces que esa experiencia marcaría mi vida y que, años más tarde, escribiría sobre este fenómeno.

² En quechua significa “Fiesta del Sol”

En 2018 comencé mi labor como trabajador humanitario, nuevamente vinculado con la emergencia migratoria. Esta vez, apoyando a caminantes que recorrían rutas extenuantes, de Cúcuta a Bucaramanga, de allí a Tunja, luego a Bogotá, y muchos hasta Ipiales, con la esperanza de llegar a Ecuador, Perú, Bolivia, Chile o Argentina. Confieso que lo más difícil para mí era encontrar adultos mayores en movilidad, enfrentando condiciones de extrema vulnerabilidad. Desde entonces hasta hoy he seguido vinculado al ámbito humanitario, y fue ese camino, el que finalmente me llevó a Tibú.

En una de las organizaciones en las que trabajé me pidieron hacer seguimiento a un proyecto en este municipio. Aunque conocía su ubicación geográfica, no sabía cómo sería el recorrido. Tomé un vuelo Bogotá–Cúcuta y, al mediodía, una camioneta de la organización me recogió. Me pidieron usar chaleco y carné visibles por seguridad. Ese primer trayecto a Tibú terminó dándole nombre a esta investigación, cinco horas por carreteras destapadas, bajo un calor intenso, con retenes constantes, grafitis alusivos a grupos armados y, sobre todo, los “caminos de tierra” que posiblemente muchos migrantes también habían recorrido.

Ya casi al llegar, agotado por el viaje, presencié un espectáculo natural impresionante, relámpagos caían sin cesar sobre el horizonte. “El Relámpago del Catatumbo es un fenómeno natural atmosférico que ocurre casi de manera exclusiva en esta región, resultado de la interacción entre la humedad, la topografía y los vientos, y que tiene gran relevancia ambiental, cultural y científica” (Falcón, 2021, p.12). Tras un trayecto tan arduo, Tibú me recibió con relámpagos, la otra parte del título de esta investigación, y con una pregunta latente, ¿será así como Tibú recibe a sus forasteros, a sus migrantes?

Durante esos días trabajé como en cualquier otra misión, pero con una sensación particular, la de conocer un lugar en el que nunca había estado. Recuerdo bien una llamada que hice un sábado en la mañana a mi padre para contarle que estaba en Tibú. Su respuesta fue inmediata, “aprovecha y visita a la abuela”. Mi abuela había fallecido en 2017 por una enfermedad en el corazón. Era oriunda del Caquetá, pero murió en este municipio mientras visitaba a otros familiares. En aquel momento, yo trabajaba para otra ONG y no pude asistir a su funeral. Tampoco recuerdo que mencionaran el lugar exacto de su entierro. Al escuchar a mi padre, sentí que debía visitarla.

Tibú ya tenía una parte de mí, y yo, inevitablemente, ya tenía una parte de Tibú.

Hasta aquí he contado cómo llegué a Tibú. Pero mi historia personal no es el centro. Lo que fui aprendiendo en esos viajes, en ese trabajo humanitario, en esa caminata de 2015, es que Tibú no es solo el lugar donde murió mi abuela o donde fui por trabajo. Es un territorio atravesado por circunstancias mayores: flujos de gente, economías que vienen de lejos, violencias que no empezaron ayer.

No soy el único que ha llegado así. A Tibú han arribado migrantes, trabajadores humanitarios, actores armados, capitales que vienen de afuera. Por esta razón, las preguntas que me hago ¿por qué Tibú?, ¿por qué la migración? no pueden responderse solo desde mi experiencia. Hay que mirar más allá. En otras palabras, comprender Tibú, implica superar la experiencia situada para reconocer las fuerzas históricas, geográficas, económicas y políticas que lo producen.

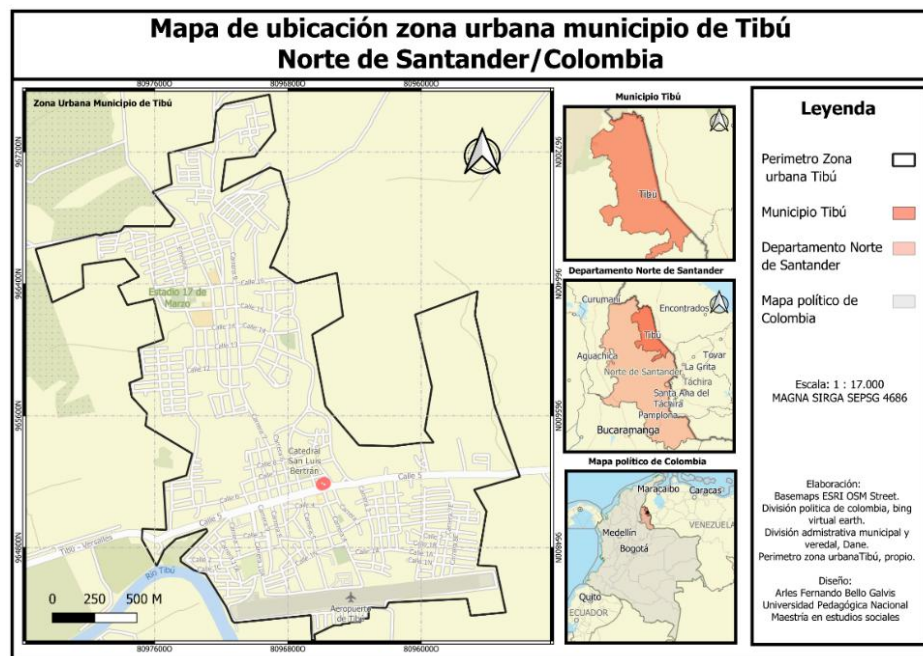
Es en este tránsito, del relato vivido al análisis estructural, donde se hace necesario situar al Catatumbo dentro de los procesos de la mundialización contemporánea, entendiendo que aquello que se percibe en los “camino de tierra” y bajo las “luces de relámpagos” es también expresión de dinámicas globales que toman forma en lo local.

1.1. El Catatumbo en el contexto de la mundialización contemporánea

Norte de Santander no se entiende sin mirar más allá de sus fronteras. Desde sus primeros procesos de colonización, este territorio ha sido un punto clave para conectar economías, mover mercancías y extraer recursos. Su posición limítrofe con Venezuela no es un accidente de emplazamiento; es lo que le ha dado sentido histórico. Formalmente constituido como departamento en 1886, este territorio ha sido un espacio estratégico en términos de conexión fronteriza, circulación de mercancías y explotación de recursos naturales (Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, s.f.). Con una extensión de 21.658 km² y compuesto por 40 municipios, su posición limítrofe con Venezuela lo ha situado como un nodo relevante en los procesos de intercambio regional e internacional.

Sin embargo, más allá de su configuración administrativa, Norte de Santander se ha consolidado históricamente como un territorio que presenta dinámicas de conflicto, particularmente asociadas al control de recursos y a su valor geoestratégico. El Centro Nacional de Memoria Histórica señala que los orígenes de muchas de estas disputas pueden rastrearse hasta inicios del siglo XX, cuando se inicia la explotación petrolera en la región, “cuando se instaló en el Catatumbo la explotación de petróleo. En ese momento, el Estado colombiano le concedió primero al general Virgilio Barco (padre del expresidente), y luego a las empresas norteamericanas Colpet (Colombian Petroleum Company) y Sagoc (South American Gulf Oil Company), los derechos para explotar y transportar el crudo” (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018, p. 17). Esa explotación petrolera no fue menor, ubicó al Catatumbo en los circuitos económicos globales. La llegada de Colpet³ y Sagoc⁴ no solo trajo petróleo; trajo una nueva forma de organizar el territorio, con campamentos, oleoductos y una lógica que priorizaba la extracción sobreponiéndose a la vida local. Eso es lo que entiendo por mundialización, capital extranjero, control del espacio y una reorganización que no pidió permiso.

Mapa 1. Ubicación zona urbana municipio de Tibú



³ Colpet (Colombian Petroleum Company) fue una subsidiaria de la Standard Oil Company (Nueva Jersey) —actual ExxonMobil— que operó en Colombia desde mediados del siglo XX, inicialmente en el Magdalena Medio y luego extendiendo sus concesiones a la región del Catatumbo.

⁴ Sagoc (South American Gulf Oil Company), por su parte, era una filial de la Gulf Oil Corporation, también de capital estadounidense, que participó en la explotación y transporte de crudo en el Catatumbo bajo concesiones otorgadas por el Estado colombiano

Fuente: Base Maps ESRI OSM Street. División política de Colombia, Bing virtual earth. División administrativa municipal y veredal, Dane. Perímetro zona urbana Tibú, propio. Diseño: Arles Fernando Bello. Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional 2024.

En una escala subregional, el Catatumbo se configura como un espacio donde estas dinámicas adquieren una intensidad particular. El Catatumbo no es solo una frontera geográfica. También es una frontera política y económica. Su condición periférica frente al centro del país ha implicado una presencia estatal limitada, lo que ha favorecido la consolidación de economías paralelas y la presencia de actores armados.

El mapa 1⁵ muestra la estructura urbana formal de Tibú. La cuadrícula se concentra en el área fundacional, mientras que las periferias no aparecen delimitadas. Este vacío cartográfico no es neutral, invisibiliza los asentamientos informales que, como se verá más adelante, concentran a la mayoría de la población migrante.

El Centro Nacional de Memoria Histórica (2028) advierte que esta región ha estado marcada por la superposición de economías legales e ilegales, así como por disputas por el control territorial, “el Catatumbo se convirtió en un escenario estratégico para distintos actores armados, tanto por su ubicación fronteriza como por la presencia de recursos naturales y economías ilegales” (p. 21). Estas condiciones no pueden entenderse únicamente desde una lógica local. Por el contrario, responden a procesos más amplios vinculados a la reorganización del capital, la demanda global de recursos y la reconfiguración de las fronteras en el contexto de la mundialización contemporánea. En este marco, el Catatumbo no es un territorio aislado, sino un espacio articulado a redes económicas y políticas que operan en múltiples escalas.

A escala municipal, Tibú emerge como uno de los casos más representativos de estas dinámicas. Fundado en 1945 y reconocido históricamente por su relación con la industria petrolera, el municipio ha experimentado profundos cambios asociados tanto a la explotación de recursos como a la intensificación del conflicto armado. Según el Centro

⁵ El casco urbano de Tibú se organiza a partir de una trama reticular que se extiende desde el río Tibú hacia el sur y el occidente. La numeración de calles (1 a 500) refleja una planificación urbana que data de la fundación del municipio en 1945, aunque la expansión real ha superado los límites de esta cuadrícula formal. Este plano sirve como línea de base para identificar las zonas de expansión no planificada que se analizan en los siguientes capítulos.

Nacional de Memoria Histórica (2018), “Tibú ha sido uno de los municipios más afectados por el conflicto armado en el Catatumbo, debido a su importancia estratégica en términos económicos y territoriales” (p. 25).

En las últimas décadas, estas dinámicas se han complejizado aún más con la incorporación de nuevas economías, como el cultivo de palma de aceite y la expansión de economías ilícitas, así como con el incremento de flujos migratorios provenientes de Venezuela. Estos cambios no solo han modificado la estructura económica del municipio, sino también sus configuraciones socioespaciales, dando lugar a procesos de expansión urbana no planificada, reconfiguración del uso del suelo y emergencia de nuevas formas de territorialización.

En Tibú se ven todas estas dimensiones a la vez, el capital que llega, la gente que se mueve, las disputas por la tierra, el espacio que se reorganiza sin planificación. No es un caso peculiar. Es un ejemplo de cómo lo global se vive en lo local, con desigualdad, conflicto y cambios constantes. Lo que quiero evidenciar con este recorrido es que la mundialización no es una idea abstracta. Se siente en los territorios. En Tibú, en sus carreteras destapadas, en sus relámpagos, en la gente que llega y se queda. Las dinámicas locales y globales no están separadas; se tocan, se chocan, se transforman mutuamente.

1.2. Migración venezolana y producción del espacio

La presente investigación se sitúa en un enfoque analítico que busca visibilizar las formas en que el fenómeno migratorio incide en la producción del espacio, particularmente en las zonas periféricas del municipio de Tibú. Para Lefebvre (2013) y Harvey (2003), el espacio no es un escenario neutro. Es una construcción social, está mediado por el poder, las resistencias, las disputas. Esta mirada permite dejar de lado enfoques meramente asistenciales o demográficos que entienden la migración solo en términos poblacionales; resalta, en cambio, su papel activo en la reconfiguración territorial. Esta investigación que se inscribe en la Línea de Construcción Social del Espacio de la Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional, aporta un estudio situado que pone al migrante como actor territorial. También dialoga con las geografías críticas, usando categorías como frontera, exclusión y marginalidad. Y

responde a una necesidad concreta, los escasos estudios sobre migración venezolana en las zonas rurales del Catatumbo.

Además, la investigación se justifica por su viabilidad, el investigador tiene acceso al territorio de estudio, cuenta con formación previa en enfoques geográficos y se inscribe dentro de un programa académico que prioriza el trabajo de campo y el análisis cualitativo. En este sentido, el proyecto no solo busca producir conocimiento académico riguroso, sino también aportar elementos analíticos que puedan ser útiles para el diseño de políticas públicas y estrategias de intervención social en contextos de frontera.

Con esto busco aportar una mirada geográfica crítica a Tibú. No desde las estadísticas, Tibú es un espacio de tránsito, de asentamiento precario, de disputa y también es un espacio que los migrantes producen día a día.

A continuación, se formula el problema de investigación, se presentan los antecedentes y el estado del arte con un énfasis particular en la producción de la Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional, y se definen la pregunta central, las preguntas orientadoras y los objetivos general y específicos. La pregunta que guía toda la Investigación es, **¿Cómo el fenómeno migratorio venezolano ha incidido en las reconfiguraciones socioespaciales del municipio de Tibú, Norte de Santander, entre los años 2015 y 2023?**

También se incluye una justificación que distingue entre relevancia teórica aportes a la geografía crítica y a los estudios migratorios y relevancia social y territorial visibilizarían de dinámicas poco estudiadas en un territorio históricamente marginado. Por último, se desarrolla el enfoque epistemológico desde el paradigma crítico-social, en la geografía crítica, así como, la reflexividad y lugar de enunciación y el diseño metodológico general estudio de caso, etnografía crítica, técnicas e instrumentos, estrategia de análisis, criterios éticos. En conjunto, el Capítulo I sienta las bases sobre las que se construirán los análisis posteriores, haciendo explícitas las decisiones que orientan la investigación y los límites dentro de los cuales se produce el conocimiento.

2. Formulación del problema

2.1. Descripción del problema de investigación

Las personas se han desplazado siempre. Por guerra, por hambre, por trabajo, por clima. Pero lo que llamamos 'migración' hoy no es lo mismo que los movimientos poblacionales de hace siglos. La diferencia la hacen las fronteras, los Estados, el Capitalismo. A lo largo del tiempo, la migración ha sido abordada desde diversos campos de estudio, cada uno con enfoques particulares sobre sus causas, dinámicas e impactos. Economistas como Todaro (1969) vieron la migración como un asunto de oferta y demanda laboral. Geógrafos como Ravenstein (1885) trazaron patrones de desplazamiento. Historiadores como Hoerder (2002) la conectaron con las diásporas y la colonización. Todos estos enfoques han aportado elementos de análisis importantes, pero no suficientes, trataron la migración como un flujo de personas, no como un proceso que transforma el espacio.

Desde las primeras teorías económicas clásicas hasta los enfoques contemporáneos, la migración ha sido analizada como un proceso dinámico que transforma tanto a quienes migran como a los territorios que los acogen (Castles, De Haas y Miller, 2014). La Organización Internacional para las Migraciones OIM (2023) reporta que, a escala mundial, los desplazamientos humanos han crecido exponencialmente en las últimas décadas, evidenciando cambios en los patrones migratorios y en la composición de las poblaciones receptoras. Estos enfoques multidisciplinarios permiten comprender la migración no solo como un flujo de personas, sino como un fenómeno complejo que transforma economías, territorios y sociedades en su conjunto.

En este contexto, Colombia ha sido uno de los países más impactados por la crisis migratoria venezolana, albergando la mayor cantidad de refugiados y migrantes, con una población estimada en 5,32 millones de personas (RMRP⁶, 2023-2024). Según la UNICEF, en el informe Humanitarian Situation Report, Migrant and Refugee Crisis in Venezuela and Host Countries, para 2022, el 80% de la población migrante se encontraba

⁶ Regional Response Plan for Refugees and Migrants

en situación de vulnerabilidad, incluyendo 37% de mujeres y 28% de niños. Ante esta realidad, se ha brindado una respuesta coordinada para atender a la población migrante y de acogida, priorizando zonas como Norte de Santander en el Plan de Respuesta Humanitaria (HRP⁷, 2022). Hoy los números son enormes. Se habla de crecimiento exponencial de la migración, pero estos datos, aunque útiles para dimensionar el fenómeno, no cuentan la historia completa. No dicen cómo se vive esa vulnerabilidad ni cómo se transforma el territorio.

Pero los esfuerzos humanitarios no resuelven el problema de fondo. El acceso a servicios básicos sigue siendo limitado, y los más afectados son quienes ya están en situación de vulnerabilidad. De acuerdo con el Plan de Evaluación y Respuesta de Necesidades de Refugiados y Migrantes (RMRP, 2022), el 77% de los migrantes venezolanos en Colombia no están afiliados a un seguro de salud, mientras que el 28% de los niños carece de cobertura en salud y el 32% no está vinculado a la educación formal. Estos datos son clave para la presente investigación, ya que evidencian cómo la migración no solo implica un desplazamiento territorial, sino también un proceso de exclusión social y precarización en los espacios de acogida (Garcés, 2020). Harvey (2003) lo establece de manera clara: no es neutral quién accede a los recursos, depende de estructuras económicas y políticas. Por eso no podemos quedarnos solo en describir la migración; tenemos que analizar cómo transforma el espacio.

Tibú, en Norte de Santander, se ha convertido en un punto crítico de entrada y permanencia de migrantes, donde recientemente se han identificado nuevas dinámicas migratorias. Según el Grupo Inter agencial sobre Flujos Migratorios Mixtos GIFMM (2023), Norte de Santander alberga más de 328.000 migrantes venezolanos, muchos de los cuales han optado por una migración pendular⁸ hacia municipios fronterizos como Tibú. Esta dinámica ha impulsado el establecimiento de asentamientos periurbanos, caracterizados por altos niveles de precariedad, con déficit en acceso a servicios básicos

⁷ Humanitarian Response Plan

⁸ La migración pendular se refiere a un tipo de movilidad caracterizada por desplazamientos recurrentes y de corta duración entre dos lugares generalmente el lugar de residencia y el de trabajo, estudio o abastecimiento, “los movimientos repetitivos de personas entre dos o más lugares, generalmente por razones laborales, comerciales o de acceso a servicios, sin intención de establecerse de manera permanente en el lugar de destino” (OIM, 2019).

y empleo formal (ACNUR, 2023). Además, la presencia de actores armados en la región del Catatumbo ha intensificado la vulnerabilidad de estas comunidades, limitando sus opciones de movilidad y acceso a oportunidades económicas.

Massey (2005) señala que la migración transforma los territorios, no solo porque llega población nueva, sino porque cambia la forma de usar el espacio, de relacionarse, de hablar, hasta de pagar las cosas, estos cambios afectan el uso del suelo, las dinámicas económicas y las relaciones socioculturales dentro de los espacios receptores, lo que evidencia la capacidad de la movilidad humana para modificar la estructura y funcionalidad de los territorios (Delgado, 2003, citado por Cely, 2013) se podría considerar que el migrante no solo migra en cuerpo, el migrante migra tradiciones, vocablos, prácticas, es decir migra en conjunto que produce y construye su espacio.

Desde la geografía crítica, el espacio no es un escenario estático ni neutral, sino una producción social moldeada por factores económicos, políticos y culturales. Como señala Lefebvre (2013), el espacio es "el producto de interacciones y luchas sociales que determinan su apropiación y transformación" (p.26). En este sentido, la migración puede entenderse como un proceso de producción del territorio, donde los flujos poblacionales no solo ocupan el espacio, sino que también generan nuevas territorialidades, disputas y dinámicas de exclusión o integración (Harvey, 2003; Soja, 2010). Así, más que una redistribución de personas, la migración implica una reconfiguración del orden espacial y social, afectando tanto a quienes migran como a las comunidades de acogida.

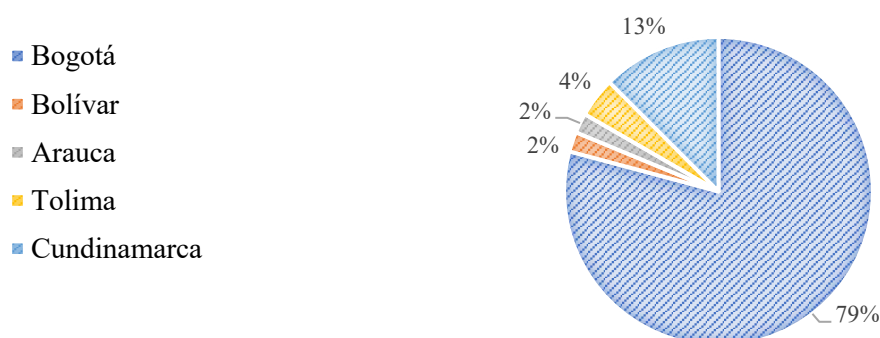
No hay una sola teoría que explique los procesos migratorios en su conjunto. Lo relevante en la presente indagación ha sido comprender cómo en Tibú, la migración venezolana está reconfigurando el espacio. En este sentido, el problema de investigación se plantea como una aproximación a la comprensión de las reconfiguraciones socioespaciales en contextos de movilidad humana. Se busca analizar cómo estos espacios son reconfigurados por las comunidades migrantes y receptoras, así como los ajustes estructurales y dinámicas identitarias que emergen en el proceso. Desde una perspectiva crítica, se propone un diálogo entre las teorías emergentes de la geografía y los enfoques sobre migración con el propósito de generar un análisis más profundo sobre la incidencia del fenómeno migratorio en la reconfiguración del territorio, tomando como caso de estudio el municipio de Tibú, Norte de Santander.

2.2. Antecedentes y estado del arte

La Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional se creó en 2008. Una de sus líneas de investigación es Construcción Social del Espacio, ámbito en el cual se inscribe esta tesis. Hasta 2024, esa línea tenía 57 trabajos de investigación finalizados. Revisarlos me sirvió para entender qué se ha hecho y qué falta por hacer. Por lo anterior este primer apartado pretende identificar tendencias de dichas investigaciones realizadas, principales lugares, enfoques, paradigmas, métodos, categorías, entre otros, con la intención de develar la pertinencia y justificación de realizar esta investigación desde este lugar epistemológico, ontológico y teórico.

La mayoría de los trabajos (79%) se han hecho en Bogotá. No es sorprendente, la universidad está allí, el acceso a fuentes es más fácil, y hacer trabajo de campo en la ciudad reduce costos, sumado al interés de los investigadores por ser espacios cotidianos y de interpretación. Pero eso también significa que hay una deuda con los territorios por fuera de la capital. El 21% restante incluyendo esta tesis ha ido a otras regiones, muchas de ellas rurales y periféricas, así como se puede ver en la siguiente la gráfica.

Gráfico 1. Distribución de Investigaciones por zona, línea de Construcción Social del Espacio MES



Fuente: Línea Construcción Social del Espacio, Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional 2024.

Pero ¿Por qué? Por interés en dinámicas regionales, por vínculos con comunidades específicas, o porque ciertos fenómenos como el conflicto armado o la migración en

frontera exigen estar en el territorio. Frente al interés en las dinámicas regionales; varios investigadores buscan analizar problemáticas sociales en contextos rurales, periféricos o en ciudades intermedias donde se manifiestan procesos socioespaciales distintos a los de la capital, además de su vinculación con comunidades específicas es decir, algunos estudiantes tienen compromisos académicos o laborales con comunidades en otras regiones, lo que motiva investigaciones en esos territorios, aspectos como conflicto armado, desarrollo rural, movimientos sociales y producción del espacio requieren estudios en lugares específicos fuera de Bogotá.

Por otra parte, dentro de la revisión documental se logró identificar que el 98% de las investigaciones son de corte cualitativo y solamente el 2% es de corte cuantitativo, lo anterior, según Sampieri, Collado y Lucio (2006) centra a la investigación cualitativa "en comprender los fenómenos desde la perspectiva de los participantes en un ambiente natural, explorando significados, experiencias y procesos sociales" (p. 15). Esta predominancia en los estudios sociales refleja una preferencia por metodologías que privilegian la interpretación, la comprensión, la subjetividad y el análisis contextual en la construcción del conocimiento. Del mismo modo desde la perspectiva de los autores mencionados, "la combinación de métodos cualitativos y cuantitativos permite obtener una visión más completa del fenómeno estudiado, al aprovechar las fortalezas de cada uno y compensar sus debilidades" (Sampieri et al., 2006, p. 58). La ausencia de un número mayor de estudios cuantitativos en la línea (2%) podría representar una oportunidad para fortalecer el uso de diseños mixtos integrando análisis estadísticos con interpretaciones cualitativas.

Por su parte, al caracterizar los aspectos metodológicos, la etnografía domina como principal método de investigación (71%). Guber (2011) menciona que no es solo un método, sino una forma de interpretar la vida cotidiana esta no solo busca comprender, sino también mostrar las relaciones de poder que atraviesan el territorio. Este enfoque se alinea con el paradigma crítico social, que prioriza la experiencia subjetiva y la interacción social como elementos centrales en la construcción del conocimiento.

Por otro lado, el 22% de estudios basados en el estudio de caso, aunque en menor proporción, representa un método ampliamente utilizado en ciencias sociales para analizar fenómenos específicos en profundidad dentro de un contexto delimitado (Yin,

2018). Esta metodología es clave para investigaciones que buscan comprender procesos sociales complejos desde una perspectiva situada y contextualizada, lo cual es relevante para estudios sobre reconfiguraciones socioespaciales en territorios fronterizos, como el caso de Tibú.

El bajo porcentaje de estudios basados en análisis de datos (2%), investigación-acción (2%) e investigación-acción participativa (2%) podría explicarse por la orientación teórica y metodológica de la maestría, la cual parece privilegiar métodos cualitativos inmersivos sobre estrategias cuantitativas o interactivas, también porque IAP exige demostrar cambios y emancipaciones y esto no es siempre o con mucha frecuencia fácil de lograr, adicional otros factores que intervienen son los intereses del investigador, las implicaciones metodológicas que lleva desarrollar un proceso de estos en dos años, entre otros. De acuerdo con Páramo (2011), en la investigación en ciencias sociales “la selección de técnicas de recolección de información no solo responde a criterios metodológicos, sino también a la postura epistemológica del investigador y su forma de concebir la realidad” (p. 78). La preferencia por la etnografía y el estudio de caso en la LCSE⁹ sugiere que los investigadores han optado por metodologías que permitan una aproximación interpretativa, profunda y situada del objeto de estudio.

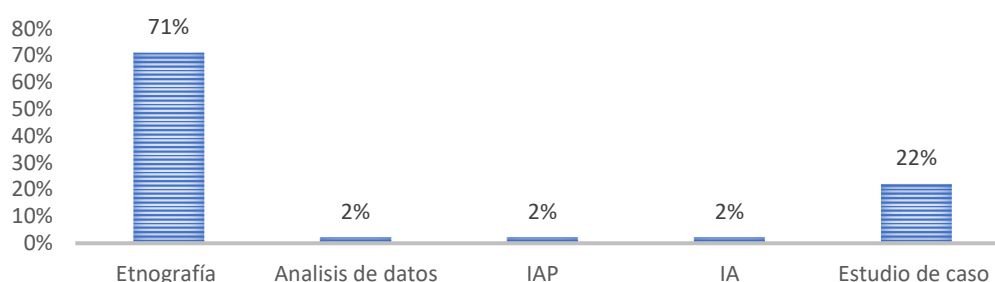
Dado que esta investigación se enmarca en el estudio de caso, este hallazgo refuerza la pertinencia de la elección metodológica, ya que, si bien la etnografía domina la producción académica de la LCSE, el estudio de caso sigue siendo una estrategia reconocida y aplicada en el 22% de los trabajos.

Como argumenta Yin (2018), el estudio de caso permite examinar fenómenos sociales complejos dentro de su contexto real, integrando diversas fuentes de información para su comprensión integral. Esta metodología resulta especialmente útil en el análisis de las reconfiguraciones socioespaciales en contextos migratorios, donde es clave observar las dinámicas territoriales, las relaciones comunitarias y los efectos estructurales de la movilidad humana.

⁹ Línea de investigación Construcción Social del Espacio de la Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional.

En síntesis, este hallazgo no solo refleja las tendencias metodológicas de la LCSE, sino que también legitima la pertinencia del estudio de caso como estrategia metodológica en investigaciones sobre migración y territorio, alineándose con enfoques que buscan comprender procesos sociales en profundidad y en su contexto específico tal como se logra evidenciar en la Grafico 2 a continuación.

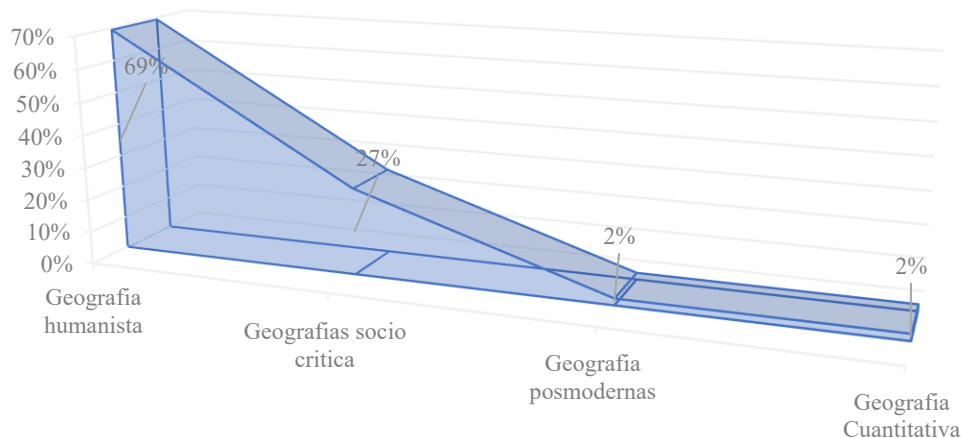
Gráfico 2. Distribución de Investigaciones tipo de enfoque metodológico.



Fuente: Línea Construcción Social del Espacio, Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional 2024.

Respecto al paradigma que enmarca las investigaciones dentro de la LCSE, se observa una fuerte inclinación hacia la geografía humanista (69%), mientras que la geografía sociocrítica (27%) ocupa un lugar significativo. Las geografías posmodernas y cuantitativas, con un 2% cada una.

Gráfico 3. Distribución de Investigaciones paradigma geográfico



Fuente: Línea Construcción Social del Espacio, Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional 2024.

El predominio de la geografía humanística sugiere que varios de los investigadores han optado por entender el territorio desde la experiencia vivida, la percepción y la subjetividad, viendo el espacio no solo como un escenario físico, sino como una construcción simbólica. Sin embargo, no se puede ignorar que el 27% de los estudios desde la geografía sociocrítica representan un esfuerzo por ir más allá de la percepción individual y adentrarse en la estructura de poder que moldea los territorios, dando cuenta de cómo estos se producen, distribuyen y transforman bajo relaciones de desigualdad.

Lefebvre (2013) decía que el espacio no es un recipiente vacío. Se produce con prácticas, economías, conflictos. La geografía sociocrítica no se conforma con describir cómo se siente el espacio; pregunta quién lo controla, cómo se disputa, quién gana y quién pierde. En Tibú, esa pregunta es ineludible.

Mientras la geografía humanista busca comprender cómo los migrantes se sienten y significan el espacio, la geografía sociocrítica intenta responder por qué ciertas poblaciones son forzadas a habitar la periferia y qué fuerzas han moldeado las fronteras invisibles de exclusión y desigualdad. En este sentido, la elección teórica y metodológica de esta investigación dentro de la geografía sociocrítica responde a la necesidad de leer el territorio no como un escenario pasivo, sino como una arena de conflicto donde la migración actúa como un agente de transformación, resistencia y, a veces, de precarización forzada.

Por otro lado, la adopción de la geografía sociocrítica como horizonte epistemológico, sitúa la investigación en una corriente que busca desentrañar las relaciones de poder inscritas en el espacio, permitiendo una lectura más profunda del fenómeno migratorio venezolano en Tibú Norte de Santander. Esta elección metodológica y teórica responde a la necesidad de no solo describir, sino explicar y problematizar las condiciones que estructuran la movilidad humana y su impacto en el territorio.

En suma, el proceso de análisis ha permitido establecer una base argumentativa clara y coherente para la investigación desarrollada, alineándola con las discusiones contemporáneas sobre migración, espacio y transformación social. Con ello, se busca

aportar una lectura que contribuya a la comprensión de cómo la movilidad humana reconfigura los lugares que atraviesa y habita, planteando nuevas preguntas sobre el derecho al territorio, la exclusión y la resistencia en los espacios fronterizos.

2.2.1 Rastreo Bibliográfico

El presente apartado tiene como objetivo revisar la producción académica y documental relacionada con la migración venezolana en Colombia, prestando especial atención a los enfoques que problematizan las dinámicas espaciales, territoriales y fronterizas asociadas a este fenómeno. Partiendo del caso particular del municipio de Tibú, en la región del Catatumbo, se propone una lectura sociocrítica del lugar que ocupan los migrantes en la reconfiguración del espacio social y en las disputas territoriales contemporáneas. Para ello, se abordan dos ejes conceptuales interrelacionados que orientaron la búsqueda y el análisis de fuentes: migración venezolana, y reconfiguraciones socioespaciales, en articulación con el contexto específico de Tibú como espacio de análisis.

El rastreo bibliográfico se desarrolló en diversas fuentes académicas y documentales, incluyendo la plataforma *Dimensions*, un buscador académico global que integra literatura científica, proyectos de investigación, políticas públicas y datos de impacto, permitiendo una visión integrada de la producción investigativa. Asimismo, se consultaron bases de datos y buscadores especializados como *Google Scholar* y *Dialnet*, además de repositorios universitarios tanto nacionales como internacionales.

Entre las universidades internacionales se destacan los repositorios de la Universidad de Salamanca (España), la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Universidad Autónoma Metropolitana de México (UAM). En el caso colombiano, se revisaron los fondos académicos de instituciones como la Pontificia Universidad Javeriana, la Universidad Santo Tomás, la Universidad del Rosario, la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad de Córdoba, la Universidad de Santander y la Universidad Pedagógica Nacional.

Como resultado de este proceso, se revisaron un total 124 documentos seleccionados tras aplicar filtros temáticos, cronológicos y de pertinencia analítica. Estos

documentos abarcan tesis de maestría y doctorado, artículos científicos, documentos de política pública, informes de organismos nacionales e internacionales, libros o capítulos de libros e informes técnicos producidos por agencias humanitarias.

Para efectos del análisis, se construyó una matriz de categorización en la que los documentos fueron clasificados según enfoques, se identificaron algunos textos con enfoques transversales que articulan dos o más dimensiones de análisis. Del total de la muestra, se encontraron representaciones relevantes en las categorías de enfoque humanitario, jurídico-normativo, operativo-técnico, estadístico-cuantitativo, de desarrollo, transversal y socialcrítico, siendo estos últimos especialmente significativos para la perspectiva geográfica y territorial que orienta la presente investigación.

2.2.2. Sobre la migración venezolana

La migración venezolana ha dado lugar a un aumento significativo en la producción académica durante la última década. Este fenómeno, enmarcado en una crisis humanitaria compleja, ha sido abordado por diversas disciplinas y desde múltiples perspectivas. En el rastreo realizado en la plataforma global *Dimensions*, se identificaron 5.010 publicaciones científicas, además del conjunto de datos, 296 documentos de política, y 4 informes técnicos, lo que da cuenta del interés creciente de la comunidad académica en torno a esta temática.

Las principales áreas de conocimiento en las que se ubican estas investigaciones son, Ciencias humanas (19.5%), Lengua, comunicación y cultura (6.7%), Demografía (6.3%), Derecho y estudios jurídicos (3.6%), Ciencias políticas (3.5%). La evolución temporal de las publicaciones entre los años 2010 y 2024 evidencia un aumento exponencial a partir de 2015, coincidiendo con el deterioro progresivo de la situación política y económica en Venezuela. A continuación, se presenta una tabla (1) con la distribución de publicaciones por año.

**Tabla 1. Distribución publicaciones realizadas en el mundo sobre la categoría
“Migración venezolana”**

Año	# publicaciones
2010	1%
2011	1%
2012	2%
2013	1%
2014	2%
2015	4%
2016	3%
2017	3%
2018	5%
2019	7%
2020	12%
2021	13%
2022	13%
2023	16%
2024	18%

Fuente: Base de datos plataforma Dimensions, elaboración propia 2024.

Una figura destacada en esta línea investigativa es Luisa Feline Freier, investigadora de la Universidad del Pacífico (Perú), con un total de 23 publicaciones y 263 citas, lo que evidencia su relevancia como referente académico en estudios sobre movilidad humana en América Latina. En el caso de *Dialnet*, se encontraron 629 documentos relacionados con el tema, distribuidos en 519 artículos de revistas, 77 capítulos de libros, 21 tesis y 12 libros, lo que permite inferir una consolidación del campo en los espacios editoriales en español. Por su parte, la búsqueda en Google Scholar arrojó un total de 15.900 resultados bajo la categoría “migración venezolana”. Al ajustar los filtros para el periodo comprendido entre 2015 y 2024, y precisar la búsqueda como “migración venezolana en Colombia”, el número de referencias se redujo a 595, lo que indica una focalización más limitada cuando se circunscribe al contexto colombiano.

En cuanto a repositorios universitarios nacionales e internacionales, se extrajeron 36 investigaciones de maestría y tesis doctorales, de las cuales 21 abordan como categoría principal o secundaria la migración venezolana.

La única referencia encontrada que vincula la migración venezolana y Tibú corresponde a la tesis titulada “Derecho a la educación para NNA migrantes venezolanos en el marco del Estatuto Temporal de Protección en la Institución Educativa Francisco José de Caldas en Tibú”, elaborada por Tarazona-Solano, Pabón-Ortiz y Chaves-Millán (2022) en la Universidad de Santander. Este hallazgo evidencia un vacío significativo en la producción investigativa sobre este territorio específico, abriendo un campo de oportunidad para la presente investigación.

Las demás investigaciones encontradas con ubicación en Tibú se encuentran en los campos de la medicina y ciencias forenses, en estudios sobre la violencia y el conflicto armado y una en particular que generó un visor geográfico del municipio como soporte para el plan básico. Desde el plano teórico, la revisión de tesis de maestría y doctorado permitió identificar un conjunto de marcos conceptuales diversos en torno a la migración venezolana, especialmente desde enfoques sociales y críticos. En varias investigaciones, como la de Betancur y Junco (2019), se conceptualiza la migración como una experiencia atravesada por imaginarios sociales, lo que permite visibilizar cómo el sujeto migrante se representa y es representado en contextos de exclusión y diferencia. Otros trabajos, como el de Restrepo (2023), incorporan nociones vinculadas al capitalismo neoliberal y las estrategias de cuidado, posicionando la migración como fenómeno estructural derivado de procesos globales de despojo. En línea con esta perspectiva, se retoman aportes teóricos de autores como Andreas Wimmer y Nina Glick Schiller (2022), quienes critican el “nacionalismo metodológico” y proponen superar las nociones estáticas del estado-nación para analizar la migración en sus múltiples dimensiones transnacionales.

Por su parte, investigaciones como la de Ossa (2021) y Padilla Jiménez (2019) se apoyan en marcos post estructuralistas, particularmente en las nociones de poder, discurso y subjetividad de Michel Foucault y Van Dijk, para explorar la construcción simbólica del migrante y las narrativas que lo configuran como “otro” peligroso, deshumanizado o marginal. También se identifican referencias al pensamiento latinoamericano, como la de Tomas Straka (2015), desde una mirada histórica-política sobre la diáspora venezolana.

Aunque algunas tesis incluyen enfoques jurídicos, centrados en derechos y normativas internacionales, la tendencia general en los estudios más recientes apunta hacia lecturas críticas que entienden la migración no como un fenómeno aislado, sino como parte de una reconfiguración estructural del orden social y territorial contemporáneo. Sin embargo, es importante destacar que la mayoría de estos marcos teóricos se aplican desde una escala nacional o metropolitana, sin una profundización territorial en zonas rurales o de frontera, como es el caso de Tibú. Esta omisión evidencia un vacío que la presente investigación busca abordar, aportando desde la geografía crítica una mirada situada sobre el fenómeno migratorio y su incidencia en la producción del espacio.

2.2.3. Reconfiguraciones socio espaciales: ¿que se ha dicho?

La reconfiguración socioespacial se ha convertido en una categoría analítica relevante para comprender los cambios en la producción y apropiación del espacio, especialmente en contextos de movilidad forzada, conflicto y urbanización desigual. En el marco del presente estado del arte, se realizó una revisión documental que permitió identificar un total de 833 publicaciones en la plataforma *Dimensions*, un conjunto de datos y tres documentos de política. El año con mayor producción en esta categoría fue 2021, lo que evidencia un interés creciente por estudiar las implicaciones espaciales de procesos sociales complejos. En la base de datos *Dialnet*, se hallaron 26 documentos tras aplicar filtros temáticos, compuestos por 23 artículos de revista, 2 tesis y 1 libro, abarcando abordajes teóricos y empíricos en diversos contextos geográficos.

En los repositorios universitarios, se identificaron y analizaron 11 tesis de maestría que incluyen la reconfiguración socioespacial como categoría principal o secundaria. Estas investigaciones se enfocan en fenómenos como el desplazamiento forzado, la migración, la urbanización informal y los conflictos territoriales, con una metodología predominantemente cualitativa o mixta. Algunos trabajos notables son los de Londoño (2023), Baquero (2018), Hoyos (2023) y Villa Pérez (2016), quienes desde distintos enfoques exploran las maneras como el espacio es (re)organizado a partir de las prácticas sociales.

Desde una perspectiva cualitativa, los estudios revisados abordan la reconfiguración socioespacial como un proceso multiescalar que implica tanto cambios materiales como simbólicos. Por ejemplo, Londoño (2023) se apoya en los aportes de Henri Lefebvre para comprender el espacio en su triple dimensión, percibido, concebido y vivido. Esta perspectiva permite analizar la forma en que actores sociales producen el espacio mediante prácticas de habitación, resistencia y resignificación territorial. De forma similar, Acebedo (2008) y Ojeda (2016) adoptan una mirada crítica para explorar los "paisajes del despojo" y las resistencias que emergen frente a procesos de acumulación por desposesión (Harvey, 2003).

Otros estudios con enfoque más técnico-operativo se aproximan a la reconfiguración desde herramientas cuantitativas o mixtas. Baquero (2018), en su análisis sobre la vida urbana y la seguridad emplea metodologías de caracterización espacial y análisis estadístico para evidenciar los cambios en la morfología urbana. Del mismo modo, la investigación de Pérez Gokelaere (2022) sobre urbanización informal en la periferia de Bogotá destaca los patrones de ocupación del suelo y los efectos de la planificación urbana sobre poblaciones vulnerables. Estas investigaciones tienden a centrarse en la infraestructura, la gestión del suelo y los indicadores de cambio físico, ofreciendo una lectura técnica pero muchas veces despolitizada del territorio.

En el análisis teórico de los documentos revisados, se identificó que en algunos casos se utiliza la categoría "transformación socioespacial" como sinónimo de reconfiguración. Sin embargo, es importante marcar una distinción conceptual. Mientras la transformación puede referirse a cambios amplios, no necesariamente mediados por relaciones de poder, la reconfiguración socioespacial implica una reorganización del espacio atravesada por disputas, conflictos y prácticas sociales. Esta diferencia es fundamental para el enfoque de la presente investigación, que busca comprender la reconfiguración territorial como resultado de la interacción entre actores migrantes y contextos fronterizos como el municipio de Tibú.

Autores como Lefebvre (2013), Topalov (1984), Gutiérrez y López (2017), y Harvey (2003) ofrecen marcos conceptuales clave para entender estas reconfiguraciones. En particular, Lefebvre ha sido retomado en varias tesis por su propuesta del espacio como producto social, mientras que, desde Harvey, se logra vincular los procesos

territoriales con las lógicas del capital. Estas perspectivas teóricas se articulan con casos empíricos que muestran cómo las condiciones materiales y simbólicas del territorio son continuamente negociadas y resignificadas.

2.2.4. Estudios previos en el Catatumbo y Tibú

Desde la perspectiva de Lefebvre (2013), quien concibe el espacio como una producción social que articula tres dimensiones el espacio percibido, concebido y vivido, es posible establecer una distinción entre el Catatumbo y el municipio de Tibú. El Catatumbo puede comprenderse como una totalidad abstracta concebida desde discursos institucionales, geopolíticos y mediáticos que lo configuran como una “zona roja¹⁰” o territorio de conflicto, representando un espacio concebido cargado de significaciones externas. En cambio, Tibú, como entidad municipal concreta, se constituye en el espacio vivido donde se expresan prácticas cotidianas, relaciones de poder y territorialidades específicas. Allí, los sujetos, incluyendo la población migrante, no solo habitan, sino que producen el espacio mediante apropiaciones, resistencias y resignificaciones.

El Catatumbo ha sido objeto de múltiples investigaciones académicas, principalmente desde enfoques que priorizan el análisis del conflicto armado, la economía de los cultivos ilícitos, la presencia limitada del Estado y la configuración de redes armadas y económicas ilegales. Trabajos como los de González Posso (2010), Molano (2009) y el Observatorio de Territorios Étnicos y Campesinos (2021) han mostrado cómo esta región ha sido históricamente disputada por diversos actores armados, lo que ha configurado un territorio con fuerte presencia de violencia, los abandonos estatales y la economía de guerra.

10 El término "zona roja" es una categoría de origen militar y mediático utilizada en Colombia desde finales del siglo XX para designar territorios con alta intensidad de conflicto armado, presencia de grupos armados ilegales y debilidad institucional. Su uso ha sido criticado por enfoques críticos y de la memoria histórica, ya que tiende a estigmatizar regiones enteras (como el Catatumbo, Arauca o el sur de Bolívar), homogenizando realidades territoriales diversas y desatendiendo las prácticas cotidianas de resistencia y producción de espacio de sus habitantes (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018; González Posso, 2010). En esta investigación, se retoma el término no como una descripción objetiva, sino como un “espacio concebido” en términos de Lefebvre (2013), es decir, como una representación externa cargada de significaciones de peligro, ilegalidad y excepcionalidad, que contrasta con el “espacio vivido” por las comunidades locales y migrantes en el territorio.

En el caso específico del municipio de Tibú, los estudios tienden a estar subsumidos dentro del análisis más amplio del Catatumbo. Algunas investigaciones recientes han abordado dinámicas rurales, participación política campesina y conflictividad social (Fundación Ideas para la Paz, 2019), pero existe escasa producción académica que se enfoque directamente en las dinámicas territoriales de Tibú como unidad de análisis, y mucho menos en fenómenos recientes como la migración venezolana.

Pese a que Tibú se ha convertido en uno de los municipios con mayor recepción de población migrante venezolana en zonas rurales, especialmente en barrios informales llamados montaña 1, montaña 2, montaña 3 y montaña 4, la literatura especializada no ha abordado con profundidad los impactos socioespaciales de estos asentamientos, ni las formas en que estas poblaciones han modificado prácticas de ocupación del territorio, acceso a recursos o interacciones con comunidades locales. La mayor parte de las referencias al tema provienen de informes institucionales, ONGs o boletines de prensa, sin un desarrollo analítico desde enfoques geográficos o territoriales.

Un análisis de la matriz documental realizada muestra que solo cinco tesis utilizan a Tibú como categoría de análisis principal, y en su mayoría lo hacen desde corrientes jurídicas, normativas o institucionales centradas en derechos humanos, marcos legales o problemáticas asociadas a infancia y educación. Ejemplo de ello es la tesis de Tarazona-Solano, Pabón-Ortiz y Chaves-Millán (2022), que analiza el derecho a la educación de niños migrantes en una institución educativa de Tibú, sin articular este fenómeno a dinámicas territoriales más amplias. Es decir, esta reducida producción evidencia una tendencia general a subsumir a Tibú bajo la categoría Catatumbo sin diferenciar escalas de análisis ni especificidades territoriales, lo que impide captar la singularidad de las reconfiguraciones socioespaciales en este municipio fronterizo.

Este vacío resulta particularmente importan, representan una frontera continua y en disputa, donde convergen diversas lógicas de control, movilidad y reconfiguración territorial. En este contexto, la presente investigación busca aportar a la comprensión del fenómeno migratorio no sólo como un flujo demográfico o humanitario, sino como un proceso de transformación territorial, desde una perspectiva crítica y situada.

2.2.5. Vacíos, tensiones y oportunidades

A pesar de la creciente producción académica sobre la migración venezolana, persiste un vacío analítico respecto a la manera en que este fenómeno incide en la producción del espacio en territorios históricamente marginados por el conflicto armado. Estudios desde la geografía crítica o desde enfoques etnográficos han sido escasos, particularmente en zonas como el Catatumbo, donde la migración no solo transforma el paisaje físico, sino que reconfigura relaciones sociales, formas de habitar y disputas territoriales. En este sentido, esta investigación propone una lectura alternativa que sitúe al sujeto migrante como actor territorial, más allá de su condición de víctima o receptor de asistencia.

A partir del análisis de los estudios revisados en torno a la migración venezolana, las reconfiguraciones socioespaciales, el territorio de frontera y la región del Catatumbo (con énfasis en Tibú), es posible identificar una serie de vacíos, tensiones y oportunidades que justifican y orientan el desarrollo de la presente investigación.

En primer lugar, se evidencia un vacío significativo en los estudios que aborden la migración venezolana desde una perspectiva territorial y geografía crítica, especialmente en contextos rurales y periféricos como el municipio de Tibú. La mayor parte de los enfoques han privilegiado aproximaciones demográficas, dejando de lado las dinámicas territoriales y los cambios socioespaciales que implica la llegada y asentamiento de población migrante. Asimismo, existe una escasa problematización sobre cómo estas movilidades configuran nuevas formas de habitar, resistir y disputar el territorio.

En segundo lugar, se identifican tensiones epistemológicas que conciben el territorio como un mero escenario físico o administrativo, y perspectivas más críticas que lo entienden como producción social, conflictiva y en disputa. Esta tensión es especialmente notoria en el tratamiento de la frontera colombo-venezolana, donde aún persisten lecturas funcionalistas que reducen el análisis a variables cuantificables, sin

considerar los efectos de largo plazo que estos procesos migratorios tienen sobre el tejido territorial.

Por otro lado, el Catatumbo ha sido analizado principalmente desde una perspectiva del conflicto armado y los cultivos ilícitos, lo que ha derivado en una visión homogénea y estigmatizante de la región. Esto ha limitado la exploración de otras dimensiones sociales y territoriales, como los efectos de la migración reciente, los procesos de asentamiento informal o las formas de resistencia territorial de las comunidades receptoras y migrantes.

En este contexto, se abre una oportunidad analítica para abordar el fenómeno migratorio desde una mirada situada, que combine elementos de la geografía crítica con instrumentos de la etnografía territorial. Tal enfoque permite visibilizar a los sujetos migrantes como actores productores de territorio, y no solo como receptores pasivos de políticas públicas o víctimas de la violencia estructural. Asimismo, posibilita una lectura del espacio que incluya las tensiones, negociaciones y resignificaciones que se dan en los márgenes del Estado y en contextos de frontera.

Por lo tanto, esta investigación busca aportar una mirada novedosa al análisis del fenómeno migratorio venezolano en el Catatumbo, abordando los procesos de reconfiguración socioespacial en Tibú desde una perspectiva crítica y geográficamente informada, que dialogue tanto con los estudios de frontera como con los debates contemporáneos sobre el territorio y la movilidad humana.

En síntesis, el estado del arte da cuenta de una amplia y diversa producción académica en torno a la migración venezolana y las reconfiguraciones socioespaciales, aunque con claras asimetrías en cuanto a enfoques, escalas y territorios abordados. Mientras que predominan los análisis desde perspectivas humanitarias, normativas o macro territoriales, se identifica un vacío analítico en estudios que articulan la migración con los procesos de producción del espacio en contextos rurales y fronterizos como Tibú. La escasa diferenciación entre el Catatumbo como región y Tibú como municipio ha limitado una comprensión situada de las dinámicas socioespaciales que emergen con la llegada de población migrante. Frente a ello, esta investigación propone una aproximación desde la geografía crítica, orientada a visibilizar las prácticas cotidianas,

las disputas por el territorio y las nuevas territorialidades que surgen en este espacio liminal. Así, se busca no solo contribuir al conocimiento académico, sino también ofrecer insumos analíticos que por el alcance inicial de la investigación que es interpretativa repensar la política pública y la acción humanitaria en escenarios de alta complejidad como lo es la frontera colombo-venezolana.

2.3. Pregunta central y preguntas orientadoras

¿Cómo el fenómeno migratorio venezolano ha incidido en las reconfiguraciones socioespaciales del municipio de Tibú, Norte de Santander, entre los años 2015 y 2023?

La pregunta no es sencilla porque el fenómeno tampoco lo es. No alcanza con decir qué cambió en Tibú. Hay que entender cómo ocurrieron esos cambios y por qué la migración venezolana tiene algo que ver con ellos. Las preguntas orientadoras me ayudan a ordenar el análisis. Una para reconocer los cambios materiales del espacio. Otra para ver cómo influye la migración en esos cambios. Y una tercera para entender las tensiones y solidaridades que surgen entre migrantes y locales. Juntas, me guían en el trabajo de campo y en la interpretación. Señalar también, una limitación central de esta investigación, el diseño cualitativo no permite establecer relaciones causales unívocas entre migración y reconfiguración socioespacial. Factores como el conflicto armado, las políticas de desarrollo rural, los cultivos ilícitos y la presencia de actores armados también inciden en la transformación del territorio. Lo que esta investigación ofrece es un análisis situado de cómo la migración se articula con esos otros procesos, no una atribución causal exclusiva.

- ¿Qué tipo de reconfiguraciones socioespaciales se han producido entre los años 2015 y 2023 en la periferia del casco urbano del municipio de Tibú?
 - ¿Ha influido el fenómeno migratorio venezolano reconfiguraciones socioespaciales?
- ¿Qué tensiones, adaptaciones o formas de apropiación del territorio han emergido a partir de la interacción entre población migrante y comunidades locales?

2.4. Objetivos

2.4.1. Objetivo general

Comprender cómo el fenómeno migratorio venezolano ha incidido en las reconfiguraciones socioespaciales en Tibú Norte de Santander, entre los años 2015 y 2023.

2.4.2. Objetivos específicos

- Caracterizar las reconfiguraciones socioespaciales que se han producido entre los años 2015 y 2023 en la periferia del casco urbano del municipio de Tibú.
- Analizar las relaciones entre el fenómeno migratorio venezolano y las reconfiguraciones socioespaciales identificadas en la periferia urbana de Tibú.
- Explicar cómo las condiciones de marginalidad estructural atraviesan y consolidan las reconfiguraciones socioespaciales en la periferia de Tibú.

2.5. Justificación

2.5.1. Relevancia teórica: la geografía crítica y los estudios migratorios

La presente investigación se inscribe en el campo de la geografía crítica, entendida como una perspectiva que cuestiona las formas tradicionales de concebir el espacio como un soporte neutro, para asumirlo como una construcción social atravesada por relaciones de poder, conflicto y desigualdad. En este sentido, el espacio geográfico no es un escenario pasivo donde ocurren los fenómenos sociales, sino un producto histórico que, a su vez, condiciona las dinámicas sociales que en él se desarrollan, en términos de Lefebvre (2013), “el espacio (social) es un producto de la sociedad” (p. 129) entonces, cada cambio social se ve reflejado en el espacio, y cada cambio espacial nos habla de un cambio social.

Desde esta perspectiva, la investigación dialoga con los estudios migratorios, particularmente con aquellos enfoques que superan las explicaciones reduccionistas centradas en factores económicos individuales. Un ejemplo es el modelo push-pull, que ayuda a ver algunas causas de la migración, pero se queda corto. Como ya señalaron Massey y sus colegas hace treinta años (Massey et al., 1993), la migración contemporánea

es más compleja que una simple respuesta a factores de expulsión y atracción. En contraste, enfoques más recientes han enfatizado la necesidad de entender la migración como un fenómeno relacional, inscrito en dinámicas históricas, políticas y territoriales más amplias.

En esta línea, la investigación se articula con aproximaciones críticas que entienden la migración como parte de los procesos de reestructuración del capitalismo contemporáneo. Fraser (2023) ayuda a ver que la migración no es solo una decisión personal. Es también la expresión de contradicciones globales que fuerzan a la población a moverse. Massey (2005) plantea que el espacio es una “multiplicidad de trayectorias en coexistencia” (p. 9). Eso me sirve para pensar Tibú, un lugar donde se cruzan historias de migrantes, de campesinos, de actores armados, de trabajadores humanitarios. Todas coexisten, a veces chocando, a veces ignorándose. Esta concepción permite entender que los procesos migratorios no solo implican desplazamientos físicos, sino la intersección de historias, temporalidades y relaciones que reconfiguran los territorios de llegada.

Lo que apporto a la discusión teórica es relacionar tres categorías que suelen usarse por separado: configuración, transformación y reconfiguración socioespacial. Vincularlas permite leer los cambios territoriales de una manera más completa. De este modo, la relevancia teórica del estudio radica en su contribución a los debates sobre la producción social del espacio y la migración, proponiendo una lectura que conecta procesos globales con dinámicas locales específicas. En particular, el caso de Tibú permite evidenciar cómo fenómenos como la migración venezolana no solo implica movilidad poblacional, también procesos de reconfiguración socioespacial que transforman las formas de habitar, usar y significar el territorio.

2.5.2. Relevancia social y territorial

Más allá de su aporte teórico, la investigación adquiere relevancia al situarse en un territorio históricamente marcado por múltiples formas de exclusión, conflictividad y precariedad estructural. El municipio de Tibú constituye un escenario donde convergen dinámicas de conflicto armado, economías extractivas, debilidad institucional y, más recientemente, flujos migratorios de gran magnitud.

En este contexto, la llegada de población migrante venezolana no se produce en un territorio vacío, sino en un espacio previamente configurado por desigualdades históricas. Como advierte el Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), el Catatumbo ha sido “un escenario estratégico para distintos actores armados, tanto por su ubicación fronteriza como por la presencia de recursos naturales y economías ilegales” (p. 21). La migración, entonces, no llega a un territorio vacío. Se superpone a una estructura que ya era vulnerable.

La relevancia social de la investigación radica en visibilizar cómo estos procesos impactan las condiciones de vida tanto de la población migrante como de la población local. En particular, el estudio permite comprender cómo la migración incide en aspectos como el acceso a servicios, la inserción laboral y las relaciones comunitarias, evidenciando que la precariedad no es exclusiva de un grupo, sino una condición compartida que se intensifica en contextos de alta presión territorial.

Desde una perspectiva territorial, el estudio aporta a la comprensión de los procesos de expansión urbana no planificada, ocupación informal del suelo y transformación de las periferias. Estos procesos no solo modifican la estructura física del territorio, sino que generan nuevas formas de organización social y espacial que requieren ser analizadas más allá de categorías tradicionales de lo urbano y lo rural. Esto también tiene que ver con las políticas públicas.

Si no se entiende la dimensión territorial de la migración, cualquier intervención será solo asistencialismo, dar cosas sin cambiar las condiciones estructurales. Una política pública que funcione tendría que mirar el territorio, no solo los datos. Lo global se vive en lo local. En Tibú, la migración venezolana no es solo un dato demográfico. Está reconfigurando el territorio, las casas, los caminos, los trabajos, las relaciones. Entender eso hoy ayuda a pensar qué puede pasar mañana en este municipio.

2.6. Enfoque epistemológico y posicionamiento del investigador

Toda investigación social, especialmente aquella que se inscribe en un paradigma crítico, no puede eludir una pregunta fundamental, ¿desde dónde se produce el conocimiento? No se trata de una cuestión accesorio o meramente formal. Definir el

enfoque epistemológico implica explicitar las premisas desde las cuales se mira la realidad, qué se considera válido como conocimiento y qué relaciones se establecen entre quien investiga y lo investigado. A esto se suma el lugar de enunciación del investigador, es decir, la posición social, política, territorial y afectiva desde la cual se habla. En contextos como Tibú, donde el territorio presenta desigualdades estructurales, conflicto armado y migración, esta reflexión se vuelve ineludible. Por ello, en este apartado se desarrollan dos aspectos articulados, primero, el paradigma crítico-social que orienta la investigación y, segundo, la geografía crítica como marco disciplinar, para finalmente explicitar mi posicionamiento reflexivo frente al campo y los sujetos con quienes trabajé.

2.6.1. Paradigma crítico-social

Esta tesis se ubica en el paradigma geográfico crítico-social con un interés interpretativo y develador de realidades. ¿Qué significa eso? Que la migración y las reconfiguraciones del espacio no se entienden como hechos neutrales. Son procesos mediados por relaciones de poder, desigualdad y conflicto histórico. Esta postura implica asumir que el conocimiento no es una representación objetiva de la realidad, sino una construcción situada que emerge en contextos sociales específicos y que, por tanto, debe ser analizada en relación con las estructuras que la producen.

Desde esta perspectiva, el paradigma crítico-social se distancia de enfoques positivistas, para situarse en una comprensión de la realidad históricamente construida y socialmente conflictiva. Como explican Guba y Lincoln (1994), los enfoques críticos reconocen que la realidad social está mediada por factores políticos, económicos y culturales que producen relaciones de dominación. En este sentido, el análisis de la migración en Tibú no puede reducirse a la medición de flujos poblacionales, sino que exige interrogar las condiciones estructurales que producen movilidad forzada, exclusión territorial y desigualdad, es por ello, que no se puede dejar de lado, que este paradigma también busca la participación y a transformación social, si bien la investigación no genera una transformación inmediata, temporalmente abre la posibilidad de generar cambios en la manera como se perciben las relaciones sociales y el espacio en clave del fenómeno migratorio.

Habermas (1988) aporta una idea clave, la ciencia social crítica tiene un interés emancipatorio. No solo busca comprender la realidad, sino cuestionar las formas de dominación. “La ciencia social crítica se orienta por un interés emancipatorio, que le permite reconocer y cuestionar las formas de dominación que se ocultan en la vida social” (Habermas, 1988, p. 310). Este planteamiento resulta central para la investigación, ya que permite situar el análisis de la migración venezolana en Tibú dentro de un horizonte que no se limita a la descripción, sino que apunta a visibilizar las desigualdades estructurales que configuran el territorio.

En el caso del Catatumbo, la migración ocurre en un territorio marcado por el conflicto armado, economías ilegales y un Estado que apenas aparece. Por eso las reconfiguraciones del espacio no se explican solo por la llegada de migrantes. Son la expresión de dinámicas más amplias donde confluyen muchos actores y diversas formas de poder.

La geografía crítica refuerza esta perspectiva al concebir el espacio como una construcción social mediada por relaciones de poder. Desde la perspectiva de Lefebvre (2013) se puede entender a Tibú como un el espacio que no se puede analizar por fuera de las relaciones de producción y el poder. Así que Tibú no solo está constituido por casas y calles. Es un espacio en producción constante, en disputa, donde la migración juega un papel activo. Desde este enfoque, las categorías analíticas utilizadas en la investigación migración, reconfiguración socioespacial y marginalidad estructural no son entendidas como conceptos abstractos, sino como procesos concretos que se manifiestan en la vida cotidiana de los sujetos. Esto implica reconocer que el conocimiento producido no es neutral, sino que está condicionado por el lugar desde donde se investiga y por las relaciones que se establecen en el campo de estudio.

En este sentido, el paradigma crítico-social se articula con la noción de conocimiento situado. Guba y Lincoln (1994) advierten que, en la investigación cualitativa, el conocimiento se construye en interacción con los sujetos y los contextos. No es neutral, es parcial y situado. Eso me interesa porque yo no investigo desde afuera. He trabajado en el Catatumbo, he estado allí. Esta idea resulta fundamental para esta investigación, en la medida en que el análisis no se realiza desde una posición externa al territorio, sino desde una experiencia situada en el mismo.

El vínculo del investigador con el territorio no se asume como un sesgo que deba eliminarse, sino como un recurso epistemológico que permite una comprensión más profunda del fenómeno. Haber trabajado en Tibú implica reconocer que el conocimiento se produce desde la experiencia, desde la cercanía con las dinámicas locales y desde la interacción con los sujetos que habitan el espacio. Esta posición permite acceder a dimensiones del fenómeno que difícilmente podrían captarse desde una mirada distante o exclusivamente técnica.

En esta línea, el planteamiento de Lefebvre (2013) adquiere un sentido particular, al señalar que no existen espacios neutros, sino espacios vividos y practicados por sujetos que los dotan de significado. El investigador, en tanto sujeto situado, también forma parte de estas prácticas espaciales, lo que implica asumir una postura reflexiva frente al proceso investigativo.

Elegir el paradigma crítico-social, es una decisión epistemológica, ética y política. Epistemológicamente, reconozco que el conocimiento es situado. Analíticamente, me interesa desentrañar las desigualdades que atraviesan la migración en frontera. De este modo, la investigación se ubica en un cruce entre epistemología y geografía críticas, reconociendo que estudiar la migración en Tibú implica necesariamente interrogar las condiciones que producen el territorio, las relaciones que lo configuran y las formas en que los sujetos lo habitan y lo transforman. El paradigma crítico-social no solo orienta el análisis, sino que define la manera en que se construye el conocimiento, como una práctica situada, reflexiva y comprometida con la comprensión y transformación de la realidad social.

2.6.2. Geografía Crítica y análisis de enfoques geográficos

La geografía crítica cuestiona cómo se produce, organiza y apropia el espacio en el marco de relaciones sociales desiguales. No se conforma con descripciones funcionales del territorio. Busca las condiciones históricas y estructurales que configuran las dinámicas espaciales. En este sentido, no se limita a estudiar el espacio, sino que busca explicar cómo este se convierte en un producto social mediado por relaciones de poder, acumulación y conflicto.

Lefebvre (2013) menciona: el espacio no es neutral, es una construcción social que interviene activamente en los procesos sociales. “El espacio (social) es un producto (social)” (p. 59). Esta concepción permite comprender que los cambios observados en Tibú en cuanto a la expansión de asentamientos, el uso del suelo o la reorganización de dinámicas sociales, no son procesos espontáneos, sino el resultado de relaciones sociales históricamente situadas. En esta misma línea, la geografía crítica ha sido profundamente influenciada por los aportes de David Harvey, quien articula el análisis espacial con la crítica a la economía política. Harvey (2007) indica que el espacio es central para el capitalismo, permite reorganizar la producción y absorber crisis. “El capitalismo produce paisajes geográficos adecuados a sus necesidades en un momento dado” (p. 79). Eso me permite pensar sobre Tibú que la migración y la marginalidad no son casos aislados, son parte de procesos más amplios de reorganización territorial.

Desde una mirada regional, Milton Santos (2000) aporta un análisis para el contexto en América Latina. Para él, el espacio es un “conjunto indisoluble de sistemas de objetos y sistemas de acciones” (p. 63). Es decir, no se puede separar lo material (las casas, los caminos) de las prácticas sociales (cómo se usan, cómo se habitan). En Tibú, esta característica es clave, los asentamientos informales son objetos (casas de madera y zinc) pero también son acciones (la gente los construye, los habita, los defiende). En el caso de Tibú, esta perspectiva permite analizar cómo infraestructuras precarias, asentamientos informales y redes de movilidad se articulan con prácticas de sobrevivencia, economías informales y relaciones sociales específicas, dando lugar a configuraciones espaciales particulares.

A partir de estos aportes, articulo dos enfoques. El primero es la geografía de las poblaciones y las migraciones desde un enfoque crítico. ¿Qué significa eso? A diferencia de la geografía de la población tradicional que trata a los migrantes como datos demográficos, este enfoque entiende la movilidad como un proceso de por poder, desigualdad y conflicto territorial. No me interesa solo cuántos migrantes hay en Tibú, sino cómo llegan, dónde se asientan, con quiénes se relacionan y qué cambios producen en el espacio. Esta articulación permite abordar el fenómeno migratorio no solo en términos demográficos, sino también en relación con las dinámicas de poder que configuran el territorio.

Mendoza (2006) define la geografía de la población como el estudio de cómo la movilidad afecta la configuración de los territorios. Pero yo voy más allá. No me quedo en las variables cuantitativas. Me interesa comprender cómo esos procesos de movilidad están mediados por relaciones de poder, por desigualdad, por disputas territoriales. Por eso hablo de una Geografía de las poblaciones y las migraciones desde un enfoque crítico. En este sentido, la migración venezolana en Tibú no se entiende únicamente como un incremento poblacional, sino como un proceso que reconfigura las formas de asentamiento, las dinámicas sociales y la estructura territorial del municipio. Pero con solo la mirada demográfica no alcanza. También necesito la geografía política.

Nogué (2006) señala que este enfoque estudia cómo el poder organiza el espacio, las fronteras, los conflictos, los símbolos de pertenencia. En Tibú, eso es central ya que la frontera no es solo una línea en el mapa. Es un espacio donde se disputan el control, la movilidad, los recursos. Esta perspectiva es fundamental para el caso del municipio, donde la frontera colombo-venezolana no opera únicamente como un límite estatal, sino como un espacio dinámico en el que interactúan múltiples actores con intereses divergentes.

En este contexto, la frontera debe ser entendida desde una perspectiva relacional y no como una línea fija. Más que separar territorios, la frontera configura un espacio donde se producen y negocian relaciones sociales, económicas y políticas. En Tibú, esto implica reconocer la coexistencia y la disputa entre actores estatales, grupos armados, organizaciones humanitarias, población migrante y comunidades locales, cuyas interacciones definen el acceso a recursos, la movilidad y las formas de habitar el territorio.

Esta lectura permite comprender que la migración no ocurre en un vacío, sino en un campo de tensiones donde se redefinen continuamente las relaciones socioespaciales. Los migrantes no solo se desplazan por el territorio, sino que se insertan en estructuras de poder preexistentes, adaptándose a ellas, reproduciéndolas o, en algunos casos, transformándolas. Integrar la geografía de las poblaciones (con enfoque crítico) y la geografía política me permite leer el fenómeno migratorio en Tibú con más profundidad. Veo los cambios demográficos, sí, pero también las relaciones de poder que los

atraviesan. Las reconfiguraciones socioespaciales no son solo números. Son procesos donde intervienen economías, prácticas cotidianas y disputas por el territorio.

En consecuencia, la investigación asume que estudiar la migración venezolana en Tibú implica necesariamente analizar el espacio como una construcción social en disputa, donde convergen dinámicas de población, relaciones de poder y procesos históricos. La geografía crítica, en este sentido, no solo proporciona un marco teórico, sino una forma de problematizar el territorio, permitiendo comprender cómo las reconfiguraciones espaciales están profundamente vinculadas con las condiciones de desigualdad y las luchas por el control y la apropiación del espacio.

2.7. Reflexividad y lugar de enunciación

La migración es el eje de esta tesis. Pero no la entiendo solo como un fenómeno demográfico. La entiendo como un proceso que es a la vez espacial, histórico, social y político. A través de la migración se ven las desigualdades estructurales y las tensiones que giran en torno a las fronteras y al poder. Desde una perspectiva crítica, la migración se entiende como un hecho que interpela los marcos de la nación, las lógicas de inclusión/exclusión y los proyectos de territorialización. Aliaga Sáenz (2012) señala que la migración no es solo un flujo de personas. Es un proceso sociopolítico que reconfigura las relaciones de alteridad y cuestiona las fronteras, generando nuevos espacios de interacción y conflicto. Me interesa esta definición porque pone el foco en lo político y lo espacial, no solo en lo demográfico.

En esta línea, Roa Martínez (2006) añade algo para América Latina, la migración no se explica solo con variables económicas. Hay factores estructurales desigualdad, violencia, dinámicas transnacionales que configuran nuevas formas de asentamiento. En Tibú, esos factores están presentes. Desde esta perspectiva, la migración venezolana hacia Tibú se vincula directamente con la crisis política y económica de Venezuela, pero también con la condición histórica de frontera de la región del Catatumbo, caracterizada por la debilidad estatal y la presencia de economías ilegales.

Asumir la migración como categoría crítica me obliga a mirarla en tres planos. El plano sociopolítico, cómo se transforman las relaciones de alteridad, pertenencia e

identidad en la frontera. El plano estructural, cómo se responde a crisis sistémicas económicas, políticas, violentas que empujan y atraen poblaciones. Y el plano espacial, cómo se reconfiguran territorialidades, asentamientos y usos del suelo en Tibú. En este sentido, la migración se convierte en un lente analítico indispensable para comprender las reconfiguraciones socioespaciales en la frontera colombo-venezolana, pues evidencia las contradicciones del modelo de desarrollo regional y, al mismo tiempo, las estrategias de agencia y resistencia de las comunidades migrantes y locales.

La categoría de **reconfiguración socioespacial** permite analizar cómo los procesos migratorios transforman los territorios, no solo en términos físicos, sino también sociales y políticos. Lefebvre (2013) dice que “cada sociedad produce su propio espacio, y que el espacio se transforma cuando cambian las relaciones sociales” (p. 115). La llegada de migrantes a Tibú no es solo un cambio en los números de población. Implica nuevas formas de habitar, de significar el territorio, de disputarlo. Harvey (2003) habla de cómo “el capital genera nuevas configuraciones espaciales mediante la desposesión y la reorganización territorial” (p. 145). En Tibú, eso se ve en la expansión de asentamientos informales, en la presión sobre los pocos servicios que hay, y en cómo se rearticulan economías legales e ilegales en la frontera. Así, la reconfiguración socioespacial se entiende como el resultado de la interacción entre migración, desigualdades estructurales y disputas de poder territorial, constituyendo un eje analítico clave para comprender los cambios en la periferia de Tibú entre 2015 y 2023.

La **categoría de frontera** resulta central para el análisis del fenómeno migratorio en Tibú, al constituir no solo un límite jurídico-administrativo, sino un espacio social y político en permanente disputa. Mezzadra y Neilson (2013) proponen algo interesante, la frontera no es solo una línea en el mapa. Es un método de investigación para entender cómo se multiplica el trabajo, cómo operan la inclusión y la exclusión, cómo se reorganiza el poder a escala global. La frontera colombo-venezolana, entonces, no solo separa. Regula la movilidad y también es un escenario de tensiones y resistencias.

De forma complementaria, Nogué (2006) señala que “las fronteras son espacios de tensión simbólica y política en los que se construyen identidades, se negocian soberanías y se reafirman imaginarios de pertenencia” (p. 372). Para el caso de Tibú, esto significa que la frontera no solo delimita un territorio estatal, sino que organiza prácticas

cotidianas legales e ilegales y condiciona la manera en que los migrantes y las comunidades locales producen y habitan el espacio. En consecuencia, concebir la frontera como categoría permite comprender que las reconfiguraciones socioespaciales en Tibú no se explican únicamente por la llegada de población migrante, también por la forma en que las fronteras estructuran relaciones de poder, circulación y conflicto en un territorio marcado por la porosidad estatal y la presencia de múltiples actores.

En Tibú, la frontera colombo-venezolana se manifiesta como un espacio poroso en el que coexisten pasos formales e informales. A través de las trochas, la población migrante circula diariamente en busca de alimentos, combustible y oportunidades laborales, en muchos casos bajo el control de actores armados que regulan el tránsito y cobran peajes ilegales. La frontera no es solo un límite estatal. Es un territorio de poder fragmentado donde las relaciones sociales reconfiguran el espacio y generan dependencia y vulnerabilidad. Por eso, las reconfiguraciones socioespaciales en Tibú no se explican solo por la llegada de migrantes. También se explican por cómo opera la frontera, cómo estructura el poder, la circulación, el conflicto, en un territorio con debilidad institucional y múltiples actores. Vale la pena mencionar que, el desarrollo pleno de las categorías se encuentra en capítulos posteriores, el cual permite profundizar en cada una y relacionarlas de forma precisa.

A pesar de lo anterior es importante mencionar que reconozco que mi posición como trabajador humanitario en Tibú, asociado a una ONG que brinda servicios de salud, ha facilitado el acceso al territorio y a los entrevistados. Sin embargo, también puede haber introducido sesgos. Es posible que los migrantes hayan moderado sus críticas a la ayuda humanitaria al saber que hablaban con alguien vinculado a una organización que la provee. Para mitigar esto, contrasté los discursos con observaciones de prácticas cotidianas fuera de los espacios institucionales y con relatos recogidos en contextos no mediados por la ONG.

Mi vínculo afectivo con Tibú y la muerte de mi abuela en el municipio me sitúa en una relación personal con el territorio que, lejos de ser un sesgo por eliminar, es un recurso reflexivo. Me obliga a preguntarme constantemente si mis interpretaciones están teñidas por una afectividad que podría romantizar la precariedad o invisibilizar tensiones. He usado el diario de campo para registrar y problematizar estas resonancias emocionales.

Finalmente, mi experiencia en la frontera en 2015 fue como viajero con recursos económicos, no como migrante. Esta asimetría me exige no hablar en nombre de los migrantes, sino construir un análisis que privilegie sus voces (presentes en las entrevistas) y reconozca los límites de mi propia perspectiva.

3. Diseño metodológico

El diseño metodológico de esta investigación se configura a partir de una estrategia mixta con predominio cualitativo, orientada por un horizonte crítico-interpretativo. Esta decisión responde a la naturaleza del problema de investigación, el cual no se limita a identificar la presencia de población migrante venezolana en el municipio de Tibú, sino que busca comprender cómo este fenómeno ha incidido en las reconfiguraciones socioespaciales entre los años 2015 y 2023. En consecuencia, el enfoque metodológico articula técnicas cualitativas, análisis cuantitativo de datos poblacionales, herramientas de análisis espacial y lectura crítica del territorio.

Desde el punto de vista epistemológico, la investigación se sitúa en el cruce entre distintos paradigmas de la investigación social. Guba y Lincoln (1994) plantean que “los paradigmas constituyen marcos de referencia que orientan las decisiones del investigador en términos ontológicos, epistemológicos y metodológicos” (p. 108). En esta línea, el paradigma positivista privilegia la objetividad, la medición y la generalización; el interpretativo se centra en la comprensión de significados; y el crítico-social busca develar relaciones de poder y contribuir a la transformación de la realidad. A partir de esta clasificación, la presente investigación no se inscribe en un paradigma único de manera excluyente, sino que articula elementos del paradigma interpretativo y del crítico-social, incorporando herramientas de corte cuantitativo sin asumir una postura positivista. Este punto resulta clave para resolver una posible contradicción metodológica, el carácter “mixto” de la investigación no implica una adscripción al positivismo, sino el uso de múltiples fuentes y técnicas para abordar un fenómeno complejo desde una perspectiva crítica.

En este sentido, el enfoque interpretativo constituye el núcleo metodológico de la investigación, en tanto permite comprender las formas en que los sujetos construyen sentido sobre su experiencia espacial. Geertz (1973) plantea que el análisis social debe orientarse hacia una “descripción densa” de los contextos culturales, entendida como la interpretación de las tramas de significación en las que los sujetos están inmersos. Esta

perspectiva resulta fundamental para analizar cómo migrantes, población local y actores territoriales interpretan, habitan y resignifican el espacio en Tibú.

Sin embargo, la investigación no se limita a la interpretación de significados. El fenómeno migratorio en el municipio se presenta con desigualdades estructurales, disputas por el territorio y condiciones de marginalidad que requieren un análisis crítico. En este punto, el paradigma crítico-social permite problematizar las relaciones de poder que configuran el espacio, evitando una lectura puramente cultural o descriptiva del fenómeno. Tal como señalan Denzin y Lincoln (2011) “las perspectivas interpretativas, cuando se articulan con el pensamiento crítico, no solo buscan comprender los significados, sino también evidenciar las estructuras de dominación que los atraviesan” (p. 13).

De esta manera, la investigación adopta un diseño mixto no como una combinación instrumental de técnicas, sino como una estrategia coherente con la complejidad del objeto de estudio. La caracterización de 5016 migrantes permite identificar patrones demográficos, trayectorias y condiciones de vida, mientras que las entrevistas semiestructuradas, el diario de campo y la observación no participante permiten interpretar las prácticas, experiencias y sentidos asociados a la producción del espacio. Así, los datos cuantitativos no se emplean para establecer relaciones causales cerradas, sino como insumos que orientan la interpretación cualitativa. Páramo (2011) advierte que, en investigación social, “la selección de técnicas de recolección de información no solo responde a criterios metodológicos, sino también a la postura epistemológica del investigador y su forma de concebir la realidad” (p. 78). Esta idea resulta clave para justificar el diseño mixto adoptado en esta tesis, no se trata de un eclecticismo técnico, sino de una decisión coherente con un paradigma crítico-interpretativo que reconoce la complejidad del territorio. Los datos cuantitativos no pretenden explicar causas, sino describir patrones estructurales (como la feminización de la migración o la concentración ocupacional en labores de cuidado), que luego son interpretados a la luz de las narrativas de los sujetos y de las observaciones registradas en el diario de campo.

El cuadro de diseño metodológico sintetiza esta articulación al establecer la correspondencia entre objetivos, técnicas, instrumentos, sujetos de investigación y formas de análisis. En él se evidencia cómo la observación no participante, el análisis

documental, las entrevistas, la cartografía SIG y las matrices de análisis se integran para abordar el fenómeno desde distintas dimensiones, permitiendo la triangulación de la información y fortaleciendo la coherencia interna del estudio. A continuación, en las tablas 2, 3 y 4. se presenta el cuadro de diseño construido.

Tabla 2. Cuadro de diseño metodológico. A1

Objetivo específico 1	Técnica de investigación	Instrumentos de Investigación	Población / sujetos	Análisis	Aporte
Caracterizar las reconfiguraciones socioespaciales que se han producido entre los años 2015 y 2023 en la periferia del casco urbano del municipio de Tibú.	Observación no participante	Guía de observación estructurada, Encuestas de caracterización	Investigador Población Migrante presente en asentamientos informales	Codificación de patrones espaciales observados Cruce de datos en matriz propia	Reconocer prácticas cotidianas que generan nuevas reconfiguraciones espaciales Caracterización de actores
	Análisis de documentos y archivos	Matriz de análisis bases de datos	Migrantes atendidos y registrados en servicios humanitarios por primera urgencia internacional en el software DHIS2	Cruce de datos en matriz propia	Caracterización de actores Migrantes, organizaciones de base, organizaciones privadas y de cooperación
		Matriz de análisis documentos	Rutas de migrantes en pendularidad tránsito y asentados	Cruce de datos en matriz propia	Clasificación y mapeo de rutas Comparación espacio-temporal de mapas temáticos
	Técnica cartográfica Gis	Software GIS usos del suelo y localización de asentamientos	Migrantes / Rutas / Reconfiguraciones socio-espaciales Tibú	Cartografía	Visualizar cambios físicos del territorio vinculadas al fenómeno migratorio

Fuente: Elaboración propia, Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional 2024.

Tabla 3. Cuadro de diseño metodológico. A2

Objetivo específico 2	Técnica de investigación	Instrumentos de Investigación	Población / sujetos	Análisis	Aporte
Analizar la incidencia del fenómeno migratorio venezolano en las reconfiguraciones socioespaciales caracterizadas en la periferia del casco urbano del municipio de Tibú.	Entrevistas semi estructuradas Grupos focales	3 Guía de entrevista 2 Guía de Grupo focal	Líderes comunitarios, migrantes residentes de la zona	Codificación de mensajes recurrentes	Reconocimiento de prácticas cotidianas que reflejan apropiación del espacio por parte de la población migrante
	Análisis de documentos y archivos	Matriz de análisis discursivo de documentos institucionales (plan de ordenamiento territorial, informes de organizaciones humanitarias).	Autoridades locales, organizaciones humanitarias, líderes comunitarios Prensa nacional y local Composición familiar	Análisis crítico del discurso	Comprensión del discurso institucional y comunitario sobre los efectos del fenómeno migratorio en la organización espacial
	Técnica cartográfica Gis	Cartografía comparativa 2015-2023	Migrantes y zonas reconfiguradas	Superposición de capas geoespaciales (rutas, asentamientos, servicios)	Identificación de reconfiguraciones espaciales en relación con la movilidad

Fuente: Elaboración propia, Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional 2024.

Tabla 4. Cuadro de diseño metodológico. A3

Objetivo específico 3	Técnica de investigación	Instrumentos de Investigación	Insumos	Análisis	Aporte
Explicar cómo las condiciones de marginalidad estructural atraviesan y consolidan las reconfiguraciones socioespaciales en la periferia de Tibú derivadas del fenómeno migratorio.	Análisis de documentos y archivos	Matriz de análisis comparativo de hallazgos anteriores con literatura teórica sobre migración y reconfiguración	Textos académicos clave resultados del proyecto	Relación entre teoría y datos empíricos (análisis abductivo y argumentativo)	Construcción de una reflexión que articula teoría y contexto territorial
	Técnica cartográfica Gis	Mapas temáticos finales integración visual de datos espaciales (uso del suelo, asentamientos, flujos migratorios)	Representaciones espaciales consolidadas en el estudio	Análisis visual de patrones espaciales en relación con conceptos clave de geografía política	Apoyo visual y territorial a la reflexión crítica sobre la migración y sus efectos en poblaciones fronterizas

Fuente: Elaboración propia, Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional 2024.

El cuadro de diseño metodológico no es un mero requisito formal ni una descripción estática de lo realizado. Su construcción, previa al trabajo de campo, funcionó como una guía que permitió anticipar la articulación entre cada objetivo específico, las técnicas adecuadas para abordarlo, los instrumentos requeridos, los sujetos involucrados y las formas de análisis posteriores. Esta planificación anticipada ofreció varias ventajas prácticas, evitó la tentación de acumular datos sin criterio, ayudó a identificar vacíos o desajustes metodológicos antes de la salida a campo, y facilitó la coherencia interna entre lo que se preguntaba, lo que se observaba y lo que finalmente se analizaba. Durante el proceso de investigación, el cuadro se convirtió en un instrumento de seguimiento que permitió ajustar técnicas sobre la marcha sin perder de vista los objetivos.

Respecto al método, la investigación se desarrolla bajo un enfoque de estudio de caso exploratorio instrumental, centrado en la periferia del casco urbano del municipio de Tibú. Este enfoque permite analizar un fenómeno contemporáneo en profundidad dentro de su contexto territorial específico, reconociendo que los límites entre el fenómeno migratorio y las reconfiguraciones socioespaciales no son claramente separables. Tibú es abordado como un territorio denso, donde convergen dinámicas de frontera, marginalidad estructural, economías informales y procesos de asentamiento migrante.

La integración de técnicas cualitativas y cuantitativas se organiza a partir de una lógica de triangulación analítica. Por un lado, la observación no participante y el diario de campo permiten captar las prácticas espaciales en su contexto cotidiano. Por otro, las

entrevistas semiestructuradas posibilitan acceder a las narrativas de los actores. A su vez, el análisis documental y la base de datos poblacional aportan una dimensión estructural del fenómeno. Finalmente, el análisis espacial mediante herramientas SIG permite visualizar la expansión de asentamientos, las rutas migratorias y los cambios en el uso del suelo.

El uso de herramientas cartográficas no se concibe como un ejercicio neutral de representación del espacio, sino como un dispositivo analítico que permite evidenciar procesos de exclusión y reconfiguración territorial. En este sentido, el geo-visor no pretende ofrecer una representación objetiva del territorio, sino visibilizar dinámicas que emergen de la articulación entre movilidad humana, marginalidad y producción del espacio.

En conjunto, el diseño metodológico se configura como una arquitectura analítica que articula múltiples escalas, fuentes y técnicas, manteniendo coherencia con el horizonte crítico-interpretativo de la investigación. Su propósito no es únicamente describir el fenómeno migratorio en Tibú, sino comprender cómo este se inscribe en procesos más amplios de producción social del espacio, en los cuales se entrelazan prácticas cotidianas, estructuras de poder y dinámicas territoriales.

3.5. Estudio de caso y la etnográfica

Esta investigación se apoya en un estudio de caso de tipo instrumental (Stake, 1995), donde el municipio de Tibú no es el objeto de estudio en sí mismo, sino un caso que permite comprender un fenómeno más amplio, las reconfiguraciones socioespaciales asociadas a la migración en contextos de frontera periférica. El trabajo de campo se desarrolló mediante observación no participante en tres momentos (noviembre 2024, junio 2025 y noviembre 2025), con una permanencia total de 31 días distribuidos en tres visitas. Aunque la permanencia en campo no alcanza la extensión de una etnografía clásica (Guber, 2011), sí para un estudio cualitativo situado que combina observación, entrevistas semiestructuradas y análisis documental.

De acuerdo con Yin (2018), el estudio de caso resulta pertinente cuando “los límites entre el fenómeno y el contexto no están claramente definidos” (p. 15). Esta

condición es especialmente relevante para esta investigación, en la medida en que la migración venezolana no puede separarse de las características históricas, económicas y territoriales del Catatumbo. La elección de Tibú, por tanto, responde a su capacidad analítica para revelar relaciones más amplias entre movilidad humana, periferización¹¹ y producción del espacio.

Sin embargo, el uso del estudio de caso en esta investigación no se limita a una aproximación descriptiva o exploratoria. Se articula con una perspectiva de etnografía crítica que permite comprender las prácticas, experiencias y significados asociados al habitar el territorio. La etnografía, en este contexto, no se entiende únicamente como una técnica de observación prolongada, sino como una forma de aproximación interpretativa que busca dar cuenta de las tramas de sentido que estructuran la vida social. Geertz (1973) plantea que la labor del investigador consiste en interpretar las “estructuras de significación socialmente establecidas” en las que los sujetos están inmersos (p. 9), lo que implica ir más allá de la descripción superficial de los hechos.

No obstante, la investigación no se inscribe en una etnografía clásica centrada exclusivamente en la cultura, sino en una etnografía crítica que incorpora el análisis de relaciones de poder, desigualdad y producción del espacio. Desde esta perspectiva, el trabajo de campo no solo busca comprender las experiencias de los sujetos, sino también situarlas dentro de estructuras más amplias que condicionan dichas experiencias. Tal como señalan Denzin y Lincoln (2011), la etnografía crítica implica “conectar las experiencias individuales con contextos históricos, políticos y económicos más amplios” (p. 16).

¹¹ El concepto de periferización refiere al proceso mediante el cual ciertos territorios son producidos y mantenidos en condiciones de desventaja estructural, no solo por su localización geográfica alejada de los centros urbanos, sino por una relación desigual en el acceso a recursos, servicios, infraestructura y reconocimiento institucional (Wacquant, 2007). En el caso de Tibú, la periferización no es resultado de una planificación que expulsa poblaciones, sino de una expansión progresiva guiada por la necesidad de habitar, donde los asentamientos informales se consolidan sin planificación ni servicios básicos. Este concepto, retomado de los estudios urbanos críticos, permite superar una lectura meramente geográfica de "estar lejos del centro" para comprender la periferia como una condición producida por relaciones sociales y económicas desiguales, atravesada por estigmatización territorial y violencia simbólica (Bourdieu, 1991; Lefebvre, 2013).

Esta articulación resulta fundamental para evitar una lectura fragmentada del fenómeno migratorio en Tibú. Las prácticas observadas como la ocupación del suelo, la construcción de viviendas, las formas de trabajo o las relaciones entre población local y migrante no son analizadas como hechos aislados, sino como expresiones de una configuración socioespacial más amplia. En este sentido, la etnografía permite captar la dimensión vivida del espacio, mientras que el enfoque crítico permite problematizar las condiciones que hacen posible dicha experiencia.

El diario de campo constituye un elemento central dentro de esta estrategia metodológica. A través de él, se registran no solo observaciones sobre el territorio, sino también percepciones, tensiones, recorridos y situaciones cotidianas que permiten comprender cómo se produce y se habita el espacio en Tibú. Esta herramienta no se limita a la recolección de información, sino que funciona como un dispositivo reflexivo que permite al investigador situarse dentro del proceso de investigación, reconociendo su posición y su relación con el campo.

Asimismo, las entrevistas semiestructuradas permiten profundizar en las trayectorias, experiencias y narrativas de los actores involucrados. Estas no son concebidas como fuentes de información “objetiva”, sino como construcciones discursivas que reflejan formas de interpretar el territorio, la migración y las condiciones de vida. En este sentido, la combinación entre observación y entrevista permite contrastar prácticas y discursos, enriqueciendo la comprensión del fenómeno.

La etnografía crítica, en este marco, no busca representar de manera neutral la realidad, sino interpretar las relaciones que la constituyen. Esto implica reconocer que el conocimiento producido es situado y parcial por la interacción entre investigador y campo. Esta condición fortalece su capacidad de comprender procesos complejos desde una perspectiva reflexiva. El estudio de caso en Tibú, articulado con la etnografía crítica, permite entonces abordar la migración venezolana no como un fenómeno abstracto o generalizable, sino como un proceso territorial concreto, en el que se entrelazan experiencias individuales, dinámicas colectivas y estructuras de poder. Esta aproximación hace posible comprender cómo las reconfiguraciones socioespaciales no son únicamente cambios en la forma del territorio, sino procesos que se producen, se disputan y se viven en el espacio.

3.6. Técnicas e instrumentos de recolección de información

El proceso de recolección de información en esta investigación, al estar estructurada a partir de una estrategia metodológica mixta con predominio cualitativo, permite comprender el fenómeno migratorio en Tibú desde sus dimensiones territoriales, sociales y simbólicas. La selección de técnicas no responde a una acumulación instrumental, sino a una lógica de complementariedad que permite articular diferentes niveles de análisis, el estructural, el de las prácticas espaciales y el de las interpretaciones de los sujetos.

Para la investigación, se emplearon cinco técnicas principales, observación no participante, entrevistas semiestructuradas, diario de campo, análisis documental y caracterización de población migrante, complementadas con herramientas de análisis espacial mediante Sistemas de Información Geográfica (SIG). Para Hernández Sampieri, Fernández y Baptista (2006), en los diseños mixtos “la combinación de métodos permite obtener una comprensión más completa del fenómeno estudiado” (p. 755), especialmente cuando se abordan problemas complejos que no pueden ser explicados desde una sola perspectiva.

La observación no participante se constituye como una técnica que permite aproximarse a las dinámicas territoriales en su contexto natural sin intervenir directamente en ellas. Esta se desarrolló en diferentes zonas del municipio, particularmente en asentamientos informales y periferias urbanas, donde se concentra la población migrante. Por medio de esta técnica se registraron prácticas relacionadas con el uso del suelo, formas de ocupación del territorio, condiciones de vivienda y dinámicas de interacción social. En este sentido, Taylor y Bogdan (1987) señalan que la observación en investigación cualitativa permite comprender “los procesos sociales tal como ocurren en la vida cotidiana” (p. 20), evitando su fragmentación en categorías previamente definidas.

El diario de campo se utiliza como instrumento de registro sistemático de las observaciones, pero también como un espacio de reflexión analítica. Este no se limita a describir lo observado, sino que incorpora interpretaciones, tensiones y posicionamientos del investigador frente al campo. De acuerdo con Thomas (1993) la investigación

cualitativa implica una interacción constante entre observación y reflexión, en la cual el investigador construye sentido a partir de su experiencia en el campo. En este sentido, el diario de campo permite articular la dimensión empírica con la construcción analítica del objeto de estudio.

El análisis del diario de campo se organizó a partir de una matriz propia de tres niveles. El primer nivel agrupa las observaciones por dimensiones analíticas generales, reconfiguraciones socioespaciales, uso del suelo y relaciones sociales. El segundo nivel especifica, para cada dimensión, los conceptos operativos observados (por ejemplo, dentro de "reconfiguraciones socioespaciales" se identificaron "expansión de asentamientos" y "nuevas centralidades"). El tercer nivel registra acciones o lugares concretos donde se manifestaron esos conceptos (por ejemplo, "construcción de viviendas en la periferia norte" o "apertura de nuevos caminos hacia la zona de palma"). Cada entrada concluye con una descripción sintética y, cuando el registro lo amerita, una descripción densa que captura el contexto y las tensiones observadas. La Tabla 5 presenta un extracto de esta matriz, a modo de ejemplo del proceso de sistematización y análisis del diario de campo.

Tabla 5. Matriz de análisis diario de campo

Dimensión	Categoría	Aspectos observados	Descripción sintética
Uso del suelo	Actividades económicas	Restaurantes y comercio	Presencia mayoritaria de mujeres migrantes venezolanas en trabajos de atención y servicio en el casco urbano.
Uso del suelo	Espacios habitacionales	Asentamientos informales	Viviendas precarias en madera, metal y poli sombra, ocupadas principalmente por población migrante.
Reconfiguración del espacio	Infraestructura comunitaria	Salón comunal	Única construcción en ladrillo y cemento dentro del asentamiento, evidencia de organización colectiva.
Reconfiguración del espacio	Comercio transfronterizo	Casas de cambio	Uso de banderas venezolanas como símbolo de identificación y confianza para población migrante.
Movilidad y circulación	Desplazamientos diarios	Trayectos asentamiento-centro	Conexión constante entre periferia y casco urbano para trabajo, consumo y servicios.
Relaciones socioespaciales	Género y trabajo	Distribución de roles laborales	Feminización de trabajos de servicio asociados a población migrante venezolana.
Prácticas culturales visibles	Símbolos	Uso de banderas	Elementos visuales que refuerzan identidad y pertenencia en espacios comerciales.
Experiencia del investigador	Posicionalidad	Preguntas emergentes	El rol humanitario permite acceso, pero también interpela éticamente la observación.

Fuente: Elaboración propia, Maestría en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional 2024.

Las entrevistas semiestructuradas están orientadas a reconstruir las trayectorias migratorias, las condiciones de vida y las percepciones de los actores sobre el territorio. Se diseñó un guion flexible que permitió abordar temas como motivos de migración, rutas de desplazamiento, procesos de asentamiento, inserción laboral, acceso a servicios y relaciones con la población local. Esta flexibilidad metodológica facilita el profundizar en las experiencias de los sujetos sin imponer categorías rígidas. Como señalan Taylor y Bogdan (1987), las entrevistas cualitativas permiten acceder a “las perspectivas de los actores sociales en sus propios términos” (p. 101), lo cual resulta fundamental para una investigación de corte interpretativo.

Las entrevistas se realizaron a población migrante venezolana, habitantes locales y actores institucionales o humanitarios, lo que permitió contrastar diferentes perspectivas sobre el fenómeno. Estas fueron codificadas mediante identificadores (por ejemplo, E1-LH, E2-PL, E3-M), garantizando la confidencialidad de los participantes y facilitando su posterior análisis. La selección de entrevistados respondió a una muestra intencionada o por criterio (Patton, 2002), buscando maximizar la diversidad de perspectivas dentro de las limitaciones de acceso al campo. Se establecieron tres criterios de inclusión, a) población migrante venezolana con al menos 6 meses de residencia en Tibú (para capturar procesos de asentamiento, no solo tránsito); b) población local colombiana residente en zonas de alta concentración migrante; y c) actores humanitarios con al menos un año de trabajo en el municipio.

El análisis documental se empleó como técnica complementaria para contextualizar el fenómeno migratorio y comprender sus dimensiones estructurales. Se revisaron informes institucionales, documentos de organismos internacionales, literatura académica y fuentes estadísticas relacionadas con migración, conflicto y dinámicas territoriales en el Catatumbo. Esta técnica permite, como señala Sampieri (2006), “identificar antecedentes, tendencias y marcos interpretativos que orientan el análisis del fenómeno” (p. 66).

Por su parte, **la caracterización de población migrante**, a partir de una base de datos de 5016 personas, introduce una dimensión cuantitativa que permite identificar patrones sociodemográficos, trayectorias migratorias y condiciones de vida. Estos datos no se utilizan para establecer generalizaciones estadísticas, sino como insumos que permiten contextualizar y orientar la interpretación cualitativa. En este sentido, el componente cuantitativo cumple una función analítica complementaria, coherente con el enfoque mixto de la investigación.

Adicionalmente, se utilizó una base de datos secundaria proveniente del Sistema de Información de Primera Urgencia Internacional organización humanitaria en la que el investigador se desempeñaba como Coordinador Meal, La base contiene registros de 5.016 personas migrantes venezolanas atendidas por la organización entre enero de 2020 y diciembre de 2023 en el municipio de Tibú. Las variables incluidas son, edad, sexo, país de origen, fecha de ingreso al programa y ubicación aproximada de residencia (sector). El uso de estos datos fue autorizado por la organización mediante oficio, bajo un acuerdo de confidencialidad que impide la divulgación de identificadores personales. Estos se emplean exclusivamente para contextualizar el análisis cualitativo, no para realizar inferencias estadísticas. Esta es una limitación del estudio, los datos reflejan la población atendida por una sola organización, no necesariamente la totalidad de migrantes en Tibú.

Adicionalmente, se incorporó el uso de **herramientas de análisis espacial** mediante Sistemas de Información Geográfica (SIG), con el fin de representar cartográficamente la expansión de asentamientos, las zonas de concentración de población migrante y los cambios en el uso del suelo. Este componente se operacionaliza a través de un geo-visor que permite visualizar la información territorial de manera integrada, facilitando la lectura espacial del fenómeno.

El análisis de la información recolectada no se limita a la descripción de los datos, sino que incorpora herramientas del análisis documental, particularmente desde los aportes de Van Dijk y Fairclough. Van Dijk (2009) plantea que “el discurso no solo refleja la realidad social, sino que también contribuye a reproducir relaciones de poder y desigualdad” (p. 63). Por su parte, Fairclough (2003) propone analizar el discurso como una práctica social que articula lenguaje, poder y estructura social. En este sentido, las

narrativas recogidas en entrevistas y diario de campo son analizadas no solo por su contenido, sino por las formas en que construyen significados sobre la migración, el territorio y la marginalidad.

En conjunto, las técnicas e instrumentos utilizados permiten construir una lectura compleja del fenómeno migratorio en Tibú, articulando prácticas espaciales, condiciones estructurales y representaciones simbólicas. La combinación de observación, entrevistas, análisis documental, datos cuantitativos y herramientas cartográficas no busca redundancia, sino profundidad analítica, permitiendo abordar el objeto de estudio desde múltiples entradas metodológicas coherentes con el enfoque crítico-interpretativo de la investigación.

3.7. Estrategia de análisis e interpretación

El análisis de la información en esta investigación se concibe como un proceso interpretativo, sistemático y relacional, orientado a comprender cómo la migración venezolana se articula con las reconfiguraciones socioespaciales en el municipio de Tibú. Lejos de limitarse a una etapa posterior a la recolección de datos, el análisis se desarrolla de manera simultánea al trabajo de campo, en un ejercicio continuo de interpretación, contraste y construcción teórica.

En coherencia con el enfoque crítico-interpretativo adoptado, la estrategia de análisis no busca establecer relaciones causales lineales ni generalizaciones estadísticas, sino identificar patrones, tensiones y relaciones entre prácticas, discursos y estructuras territoriales. Tal como señalan Taylor y Bogdan (1987), el análisis cualitativo implica “un proceso de organización, clasificación e interpretación de los datos que permite descubrir temas, categorías y relaciones” (p. 159). En este sentido, el análisis se orienta a la construcción de categorías analíticas que emergen del diálogo entre el marco teórico y la evidencia empírica.

El proceso analítico se desarrolló en tres momentos articulados. El primero corresponde a la organización y sistematización de la información recolectada. En esta etapa se transcribieron las entrevistas, se estructuraron los registros del diario de campo, se depuraron los datos de la caracterización poblacional y se organizaron los documentos

revisados. Esta fase permitió construir una base de datos cualitativa y cuantitativa coherente, facilitando su posterior análisis.

El segundo momento se orienta a la codificación y categorización de la información. En esta fase se identificaron unidades de sentido en las entrevistas, el diario de campo y los documentos, las cuales fueron agrupadas en categorías analíticas relacionadas con el objeto de estudio, tales como trayectorias migratorias, condiciones de vida, producción del espacio, inserción laboral, relaciones socioespaciales y marginalidad estructural. Este proceso no se realizó de manera mecánica, sino interpretativa, permitiendo que las categorías se ajustaran y redefinieran en función de la evidencia empírica. Este enfoque se acerca a lo que Thomas (1993) denomina un análisis inductivo, en el que las categorías emergen a partir de los datos en diálogo con el marco conceptual.

El tercer momento corresponde a la interpretación y articulación de los hallazgos. En esta fase, las categorías construidas fueron analizadas en relación con los marcos teóricos de la investigación, particularmente la geografía crítica, la producción social del espacio y la marginalidad estructural, esta última desarrollada en el capítulo 4. Este proceso permitió identificar no solo patrones recurrentes, sino también contradicciones, tensiones y relaciones entre distintos niveles de análisis. En este sentido, el análisis no se limita a describir la información, sino que busca explicar cómo se producen y se transforman las relaciones socioespaciales en el territorio.

La estrategia de análisis se apoya en un principio de triangulación metodológica, entendido como la articulación de múltiples fuentes, técnicas y tipos de datos para fortalecer la validez interpretativa. Según Hernández Sampieri et al. (2006), la triangulación permite “corroborar los resultados obtenidos a partir de diferentes métodos y fuentes” (p. 623), lo que resulta especialmente relevante en investigaciones de corte mixto. En este caso, la información proveniente de entrevistas, observación, diario de campo, análisis documental y datos cuantitativos fue contrastada de manera sistemática, permitiendo identificar convergencias y divergencias en la interpretación del fenómeno.

Un componente fundamental de la estrategia analítica es el uso de la revisión documental. Este enfoque permite comprender cómo las narrativas de los actores no solo describen la realidad, sino que la construyen y la interpretan desde posiciones específicas.

Van Dijk (2009) plantea que el discurso constituye una práctica social que reproduce y legitima relaciones de poder, mientras que Fairclough (2003) señala que “el análisis documental debe considerar la relación entre lenguaje, práctica social y estructura” (p. 2). En esta investigación, el análisis se aplica a las entrevistas y al diario de campo, permitiendo identificar cómo se construyen significados en torno a la migración, la marginalidad, el territorio y las relaciones sociales.

Este enfoque resulta particularmente relevante para analizar procesos de estigmatización, diferenciación social y construcción de alteridades entre población local y migrante. Las narrativas no son interpretadas únicamente como testimonios individuales, sino como expresiones de relaciones sociales más amplias, en las que se articulan experiencias, discursos y estructuras de poder.

El análisis espacial constituye otro componente clave dentro de la estrategia metodológica. A través del uso de herramientas SIG y del geo-visor, se representaron cartográficamente los cambios en el uso del suelo, la expansión de asentamientos y la distribución territorial de la población migrante. Este análisis no se concibe como una representación objetiva del territorio, sino como un dispositivo interpretativo que permite visualizar procesos de reconfiguración socioespacial que no siempre son evidentes en el trabajo cualitativo.

Finalmente, la integración de los resultados se realiza a través de matrices de análisis que articulan categorías teóricas, evidencia empírica y niveles de interpretación incluidas como anexos. Estas matrices permiten organizar la información de manera sistemática, facilitando la identificación de relaciones entre variables y categorías, así como la construcción de argumentos coherentes.

En conjunto, la estrategia de análisis de la información se configura como un proceso dinámico y reflexivo, en el que los datos no son tratados como elementos aislados, sino como parte de una red de relaciones que permite comprender la complejidad del fenómeno estudiado. Su fortaleza radica en la articulación entre diferentes tipos de datos, enfoques analíticos y niveles de interpretación, manteniendo coherencia con el horizonte crítico-interpretativo de la investigación.

3.8. Criterios éticos y protección de las fuentes

El desarrollo de esta investigación implicó la interacción directa con población en condiciones de vulnerabilidad, particularmente migrantes venezolanos asentados en el municipio de Tibú, así como con población local y actores institucionales. En este contexto, las consideraciones éticas no se abordan como un requisito formal, sino como un principio transversal que orienta tanto la recolección como el análisis de la información.

En primer lugar, se garantizó la confidencialidad y anonimato de las personas participantes. Las entrevistas fueron codificadas mediante identificadores (por ejemplo, E1-LH, E2-PL, E3-M)¹², evitando el uso de nombres propios o cualquier información que permitiera la identificación directa de los sujetos. Esta decisión responde a la necesidad de proteger a los participantes en un territorio caracterizado por dinámicas de conflicto, control territorial y condiciones de inseguridad, donde la exposición de información sensible podría generar riesgos.

Asimismo, se procuró el consentimiento informado de los participantes, explicando el propósito de la investigación, el uso de la información recolectada y el carácter voluntario de su participación. En este sentido, la relación entre investigador y sujeto no se concibe como un vínculo extractivo de información, sino como un proceso de diálogo en el que se reconoce la agencia de los participantes. Como señalan Guba y Lincoln (1994), la investigación cualitativa requiere un compromiso ético basado en el respeto por los sujetos y el reconocimiento de su papel en la construcción del conocimiento.

En coherencia con el enfoque crítico-interpretativo, se asumió una postura reflexiva frente al trabajo de campo. Esto implica reconocer que el investigador no es un observador neutral, sino un actor situado que interpreta la realidad desde una posición

¹² Las siglas utilizadas en la codificación corresponden a las siguientes categorías de participantes: LH (personal humanitario o actor institucional/local), PL (población local colombiana) y M (población migrante venezolana). Esta nomenclatura responde a la necesidad de preservar el anonimato de las fuentes, garantizando al mismo tiempo la trazabilidad de su posición y rol en el territorio. El número que antecede a las siglas (ej. E1, E2, E3) indica el orden secuencial de la entrevista dentro de cada categoría.

específica. El uso del diario de campo permitió registrar no solo observaciones, sino también tensiones, emociones y cuestionamientos que emergieron durante la interacción con el territorio y los sujetos. Esta reflexividad contribuye a transparentar el proceso investigativo y a evitar la naturalización de las relaciones de poder presentes en el campo.

Otro aspecto ético relevante se relaciona con el manejo de la información. Los datos recolectados fueron utilizados exclusivamente con fines académicos, evitando cualquier uso que pudiera afectar a los participantes o al territorio. En el caso de la información sensible particularmente aquella relacionada con rutas migratorias, control territorial o economías ilegales, se optó por un tratamiento cuidadoso que privilegiara el análisis general sin comprometer detalles que pudieran generar riesgos.

En cuanto a las limitaciones de la investigación, es necesario reconocer que el estudio se desarrolló en un contexto territorial complejo, caracterizado por condiciones de acceso restringido, presencia de actores armados y dinámicas cambiantes. Estas condiciones limitaron la posibilidad de realizar un trabajo de campo continuo en todas las zonas del municipio, así como el acceso a ciertos actores o territorios específicos.

De igual forma, la investigación se centra en un estudio de caso, lo que implica que sus resultados no buscan ser generalizables en términos estadísticos a otros contextos. Sin embargo, esta limitación se convierte también en una fortaleza, en la medida en que permite un análisis profundo y situado del fenómeno migratorio en Tibú, ofreciendo elementos analíticos que pueden dialogar con otros contextos similares.

Otra limitación se relaciona con la disponibilidad y calidad de la información secundaria. En contextos como el Catatumbo, los datos oficiales suelen ser incompletos, desactualizados o poco desagregados, lo que dificulta la construcción de series comparativas o análisis longitudinales precisos. En este sentido, la investigación recurre a la triangulación de fuentes para mitigar estas limitaciones.

Finalmente, es importante reconocer que el análisis se construye a partir de una selección de técnicas, fuentes y categorías que responden a decisiones metodológicas específicas. Esto implica que otras aproximaciones podrían generar lecturas distintas del fenómeno. Sin embargo, la coherencia entre el problema de investigación, los objetivos,

el diseño metodológico y la estrategia de análisis permite sostener la validez interpretativa del estudio.

Capítulo II. Hacia una comprensión del espacio geográfico; las configuraciones, las transformaciones y las reconfiguraciones del espacio

El Capítulo II constituye el andamiaje conceptual de la tesis. Su propósito es, reconstruir la genealogía del concepto de espacio en la tradición geográfica, mostrando cómo se ha pasado de una visión absoluta y estática a una concepción relacional, dinámica y críticamente informada; por otro lado, proponer una distinción analítica que atraviesa toda la investigación, la diferencia entre configuración, transformación y reconfiguración socioespacial. Esta distinción no es un ejercicio de precisión terminológica. Es una necesidad metodológica, no todo cambio espacial puede ser nombrado de la misma manera, y confundir estos niveles de análisis lleva a lecturas parciales o directamente erróneas de los procesos territoriales.

El capítulo se organiza en tres grandes apartados. El primero traza una genealogía del concepto de espacio desde la geografía clásica (Ratzel, la tradición descriptiva) hasta los giros críticos y posmodernos. Se detiene especialmente en tres momentos clave, el paso del espacio absoluto al espacio socialmente producido (Lefebvre, 2013), la noción de espacialidad como relación social (Massey, 2005) y la articulación entre espacio, poder y desigualdad (Harvey, 2007). Estos autores no se presentan como "autoridades" intocables, sino como herramientas conceptuales que permiten leer empíricamente el territorio.

El segundo apartado desarrolla la distinción entre configuración, transformación y reconfiguración socioespacial. Se argumenta que la configuración remite a formas heredadas, relativamente estables, resultado de procesos históricos sedimentados; la transformación alude a procesos de cambio que afectan esas configuraciones sin necesariamente alterar su lógica profunda; y la reconfiguración, finalmente, nombra mutaciones cualitativas en las que emergen nuevas lógicas territoriales, nuevas relaciones sociales y nuevos sentidos del habitar. Esta distinción no es jerárquica ni evolutiva, no se

trata de que la reconfiguración sea "mejor" o "más avanzada" que la transformación. Se trata de que cada concepto permite hacer preguntas distintas sobre el territorio.

El tercer apartado aplica estas categorías al caso de Tibú. Se reconstruyen las configuraciones históricas del espacio tibuyano (la economía extractiva petrolera, el conflicto armado, la configuración de periferias precarias), las transformaciones recientes (políticas de sustitución de cultivos, acuerdos de paz, expansión de la palma de aceite) y las reconfiguraciones socioespaciales en curso (llegada de migrantes venezolanos, expansión de asentamientos informales, emergencia de nuevas territorialidades en disputa). Este ejercicio permite mostrar que las categorías no son abstractas, sino que tienen capacidad explicativa para leer procesos territoriales concretos. El capítulo cierra con una reflexión sobre cómo estas herramientas conceptuales serán retomadas y profundizadas en los capítulos siguientes, particularmente en el Capítulo IV, donde la noción de reconfiguración socioespacial se articula con la de marginalidad estructural.

1. Origen del análisis conceptual

En diversos estudios geográficos se usan las palabras 'configuración', 'transformación' y 'reconfiguración' como si fueran semejantes. Yo afirmo que no lo son. Cada una de estas categorías apunta a un tipo distinto de cambio espacial. Por eso vale la pena diferenciarlas. En múltiples investigaciones, estos conceptos aparecen como sinónimos operativos, lo que dificulta la precisión analítica y limita la comprensión de los procesos espaciales que se pretende estudiar.

Esta problemática no es menor si se considera que la geografía, como ciencia social, ha estado históricamente atravesada por debates en torno a la definición de su objeto de estudio. Santos (2000) mencionó: “el espacio geográfico no es un montón de cosas. Es un conjunto de relaciones” (p. 63). Eso significa que, para analizarlo, necesito herramientas que capten tanto lo material (las casas, los caminos) como lo relacional (cómo se conectan, cómo se usan). Lo que implica que su análisis requiere herramientas conceptuales capaces de captar tanto su materialidad como su dimensión relacional.

En este sentido, la necesidad de clarificar categorías no responde únicamente a un interés académico, sino a una exigencia metodológica. Bourdieu (1991) decía que los conceptos no son neutrales. Son herramientas para construir la realidad social. Si las

usamos mal, no solo generamos confusión, sino que terminamos viendo los fenómenos de manera parcial o distorsionada.

Desde la geografía crítica, esta preocupación se intensifica en la medida en que el espacio deja de ser concebido como un contenedor para ser entendido como producto social. lo que implica que las transformaciones sociales necesariamente se expresan en cambios espaciales. Sin embargo, no todo cambio espacial puede ser nombrado de la misma manera, lo que obliga a distinguir entre diferentes niveles y tipos de transformación.

A esto se suma que, en contextos contemporáneos marcados por fenómenos como la migración, la urbanización acelerada y la globalización, los procesos espaciales adquieren una complejidad creciente. Por tanto, el origen de este análisis conceptual se encuentra en la necesidad de dotar de mayor precisión al lenguaje analítico de la geografía y los estudios sociales. No se trata de generar nuevas categorías, sino de problematizar el uso de aquellas ya existentes, identificando sus alcances, límites y condiciones de aplicación. En este marco, utilizar categorías sin diferenciación conceptual limita la capacidad de comprender estas dinámicas.

Este ejercicio resulta fundamental para avanzar en la construcción de marcos analíticos más rigurosos, especialmente en investigaciones que buscan comprender procesos complejos de cambio socioespacial.

1.1. Genealogía del concepto de espacio en la tradición geográfica

La comprensión del espacio en la geografía ha variado significativamente a lo largo del tiempo. Al principio, se veía desde una perspectiva descriptiva, la localización, la extensión, la distribución de cosas sobre la tierra. Era una mirada positivista: observar, medir, representar en mapas. El espacio era un soporte físico donde las sociedades se desarrollaban influidas por el medio natural. Pero en el siglo XX esa idea inicia a tambalear. Algunos geógrafos cuestionaron el determinismo espacial. La geografía dejó de centrarse exclusivamente en la descripción de formas para incorporar el análisis de procesos. En este tránsito, el espacio pasa a ser entendido no solo como una dimensión física, sino como una construcción histórica.

Santos (2000) dio un giro importante. estableció que el espacio es un “conjunto indisoluble de sistemas de objetos y sistemas de acciones” (p. 63). Con eso rompía con la visión anterior, unía lo material con la acción humana. El espacio no es solo cosas; es cosas en uso. De manera complementaria, Lefebvre (2013), amplía esta perspectiva al incorporar una dimensión crítica, señalando que el espacio no solo es producido, sino que forma parte de las relaciones de poder. En su análisis, el espacio deja de ser un escenario para convertirse en un elemento activo en la reproducción social. Esta perspectiva permite comprender el espacio como un campo de disputa, donde se materializan conflictos sociales, económicos y políticos.

La historia del concepto de espacio no es una línea recta. Es un proceso de transformación teórica, de una visión más estática y descriptiva a otra más dinámica y relacional. Ese cambio es importante porque hoy necesitamos categorías que capten no solo las formas del espacio, sino los procesos que lo producen y lo cambian.

1.2. Del espacio absoluto al espacio socialmente producido

Un cambio fundamental en la geografía radica en alejarse de un análisis el espacio como algo absoluto para empezar a verlo como un producto social. No es un detalle menor, cambia completamente cómo entendemos la relación entre sociedad y espacio.

La visión newtoniana del espacio absoluto lo trata como algo fijo, que existe por sí mismo. Es como un contenedor, las cosas pasan dentro de él, pero él no cambia. Harvey (2007) lo resume bien, “el espacio absoluto es fijo y existe independientemente de los objetos que contiene” (p. 13). Esa fue durante mucho tiempo la tarea central de la geografía, localizar, distribuir, medir. Hoy esas prácticas siguen siendo necesarias, pero ya no son suficientes. La geografía crítica añade otras preguntas, cómo se produce el espacio, quién lo controla, cómo se disputa. Así, aparecieron enfoques que veían el espacio como relacional. Desde la geografía crítica se estableció un elemento de análisis clave, el espacio no se entiende sin las relaciones sociales que lo producen.

El paso del espacio absoluto al espacio socialmente producido no implica simplemente un cambio conceptual, sino una transformación en la manera de hacer geografía. Mientras que la primera perspectiva se centraba en la descripción, la segunda

exige analizar los procesos que producen el espacio. Esto implica considerar factores como el poder, la desigualdad y la historia, que antes quedaban fuera del análisis.

1.3. La espacialidad como relación social

Si el espacio es un producto social, entonces tiene que ser relacional. No se entiende como aislado. Es el resultado de interacciones entre actores, prácticas y estructuras. Para Massey (2005) el espacio es “la dimensión de la multiplicidad, en la que distintas trayectorias coexisten” (p. 9). Eso significa que el espacio no es homogéneo, no es estático; es un entramado de relaciones que cambian continuamente. Por lo tanto, cada espacio es el cruce de múltiples historias y procesos en distintas escalas. Con esta forma de estudiar el espacio, se deja atrás la idea de que este es fijo, al contrario, está en permanente construcción y se transforma. Para Lefebvre (2013) “el espacio no solo refleja las relaciones sociales, también las produce y las reproduce” (p. 129).

Desde esta perspectiva, la espacialidad es entendida como relación social permite relacionar las dimensiones económicas, políticas y culturales. Harvey (2007) indica que las relaciones sociales “se materializan en configuraciones espaciales específicas” (p. 24). Es decir, el espacio es la expresión concreta de esas relaciones. Por eso la espacialidad no es solo una característica más del espacio, es una manera de entender cómo se organizan las relaciones sociales en el territorio. Esto resulta relevante para el análisis de procesos contemporáneos, donde las dinámicas globales se articulan con realidades locales, generando configuraciones espaciales complejas.

Asumir la espacialidad como relación social es aceptar que el espacio es dinámico, conflictivo y está atado a las estructuras sociales. Esto no solo amplía la mirada de la geografía, ayuda a entender mejor los procesos de transformación y reconfiguración de los territorios.

2. ¿De dónde provienen, históricamente, las nociones de configuración, transformación y reconfiguración?

Las categorías configuración, transformación y reconfiguración dentro del análisis espacial vienen de tradiciones teóricas distintas que, aunque hoy dialogan entre sí, surgieron con intereses y preocupaciones diferentes. La **configuración** viene de las

corrientes morfológicas de la geografía. Esas posturas buscaban describir la forma de los territorios, las tramas urbanas, los paisajes en su versión más estable. Desde ellas, la configuración era la sedimentación histórica de prácticas que dejan huella. No solo importaba la forma; importaba ver la estabilidad como producto de procesos acumulados.

La **transformación**, en cambio, fue estudiada desde tradiciones que privilegian el análisis histórico y procesual. El foco no está en la forma estable, sino en los cambios que afectan las configuraciones previas. Cambios abruptos o graduales. Autores como Harvey (2007) situaron la transformación como expresión de dinámicas estructurales más amplias, acumulación de capital, ciclos económicos, reestructuraciones productivas, impacto de políticas estatales. En este enfoque, el espacio se comprende como sometido a tensiones que desestabilizan lo previamente establecido.

Por su parte, la **reconfiguración socioespacial** es una categoría más reciente. Nombra un tipo de cambio que no solo modifica la apariencia física del espacio o sus condiciones materiales. Su énfasis está en cómo se recomponen las relaciones sociales, los significados, las jerarquías que ordenan el territorio. Apunta a cambios cualitativos que afectan cómo los sujetos producen, habitan y representan el espacio. Aquí los aportes de Lefebvre (2013) y Santos (1997), son claves, ambos muestran que el espacio es una producción social en permanente disputa. Hablar de reconfiguración implica, entonces, reconocer que ciertas coyunturas conflictos, migraciones, innovaciones tecnológicas, crisis económicas alteran no solo las formas, sino las relaciones que las sostienen.

En resumen, las tres categorías, con acentos distintos, están relacionadas. Cada una viene de tradiciones distintas. Diferenciarlas permite hacer mejores preguntas, identificar escalas y mecanismos de cambio y construir interpretaciones más precisas de los procesos socioespaciales.

2.1. Por qué la distinción importa para la investigación

Existen al menos tres efectos prácticos de clarificar estas categorías:

1. Diferenciación metodológica: las técnicas y escalas de análisis varían según la categoría. Analizar configuraciones exigirá medidas descriptivas, mapeos y análisis de patrones; estudiar transformaciones requiere incorporar series temporales, variables estructurales y, con frecuencia, fuentes históricas o

económicas; mientras que abordar reconfiguraciones demanda métodos cualitativos que capten significados, subjetividades y procesos de reasignación de valor en el espacio.

2. Precisión explicativa: distinguir los tipos de cambio evita lecturas reduccionistas, por ejemplo, confundir una transformación temporal con una reconfiguración estructural que implica nuevas formas de exclusión.
3. Ética e implicaciones políticas: tiene implicaciones éticas y políticas. Definir conceptos es un acto que orienta intervenciones en políticas públicas, programas humanitarios, planificación. Como señalan Santos (2000) y Bourdieu (1991), exige transparencia sobre las posiciones teóricas y normativas de la investigación.

2.2. Las configuraciones espaciales

En geografía, el concepto de configuración ha servido para nombrar aquellas formas espaciales que, tras acumular capas de historia, adquieren una apariencia relativamente estable. No se trata simplemente de la disposición física de objetos en un territorio, aunque esa dimensión morfológica estuvo muy presente en la tradición clásica, sino de una estructura espacial que resulta de la interacción entre prácticas sociales, condiciones materiales y representaciones simbólicas. Con el giro crítico en la disciplina, este término dejó de remitir únicamente a la forma para abrirse a lo social y a lo político e incorpora la manera en que las relaciones de poder y los usos del espacio van sedimentando huellas duraderas.

Lefebvre (2013) es quizá uno de los autores que mejor explica por qué una configuración no puede reducirse a un patrón físico. Para él, el espacio es una producción social que participa activamente en su propio devenir, “El espacio social no es una cosa entre otras cosas, ni un producto cualquiera, es un producto que interviene en su propia producción. La sociedad produce el espacio, pero el espacio también condiciona la sociedad” (p. 129). esta idea permite comprender que toda configuración es, al mismo tiempo, resultado y condición. Resultado, porque expresa la sedimentación histórica de relaciones sociales; condición, porque esas formas heredadas establecen límites y posibilidades para las prácticas futuras. En otras palabras, una configuración funciona como un marco de sentido que orienta cómo se habita, se controla y se disputa un territorio.

Por su parte Santos (2000) amplía esta lectura al insistir en que el espacio es un “conjunto indisoluble de sistemas de objetos y sistemas de acciones” (p. 63). Esta relación es central, no hay configuración sin la articulación entre lo material infraestructuras, redes, relieves, tecnologías y lo inmaterial usos, apropiaciones, imaginarios sociales. Así, una configuración no es solo lo que se ve; es, sobre todo, la forma en que objetos y acciones se entrelazan para sostener relaciones de producción, de circulación y de poder.

Las configuraciones espaciales son específicas a cada modo de producción, ya que expresan sus tensiones internas, sus desigualdades y sus formas de dominación, “Cada modo de producción genera, en su devenir histórico, configuraciones espaciales particulares, que expresan sus relaciones de poder, sus desigualdades y sus contradicciones internas” (Harvey, 2007, p. 45). Esta lectura permite entender que las configuraciones no son estáticas ni universales; responden a condiciones históricas concretas y se transforman cuando cambian los marcos políticos, económicos o tecnológicos que las sostienen.

Desde una perspectiva metodológica, analizar una configuración supone observar tanto la materialidad del territorio como los usos que la animan. Santos (2000) lo resume de manera precisa al señalar que “los objetos sólo tienen sentido cuando son considerados con las acciones que los animan” (p. 64). Esto implica combinar herramientas diversas, análisis cartográfico, trabajo de campo, estudio de las prácticas cotidianas, lectura de documentos históricos y de discursos locales que dan forma al espacio vivido.

En conjunto, la configuración espacial puede entenderse como la “estructura heredada” de un territorio, una suerte de equilibrio provisional entre fuerzas sociales, políticas y económicas que, en un momento determinado, cristalizan en una forma espacial. No es un estado definitivo, pero sí un punto de relativa estabilidad desde el cual es posible reconocer y explicar los procesos posteriores de transformación y reconfiguración socioespacial.

2.3. Las transformaciones espaciales

Cuando hablo de transformación en geografía, parto de una idea básica, el espacio no es estático. Ni el más urbano ni el más rural. Siempre hay dinámicas que lo modifican,

a veces de manera desigual, a veces inesperada. Esas dinámicas mezclan procesos sociales, económicos, tecnológicos, naturales y políticos. Se manifiestan como tensiones entre lo que persiste y lo que irrumpe. La transformación es el momento en que una configuración que parecía estable empieza a abrirse a nuevas fuerzas que la reordenan, la desplazan o la fracturan.

Para Harvey (2007) la lógica del capitalismo, en su afán de expansión, “reconfigura las geografías de la producción, el consumo y la vida cotidiana” (p. 122). Eso significa que los cambios espaciales están cargados de poder. Hay inversiones que se concentran en algunos territorios y abandono de otros. Hay desplazamientos de población, nuevas formas de explotación, reorganización de infraestructuras. No son simples cambios en la forma del territorio. Responden a proyectos económicos y políticos que modelan el espacio de manera desigual.

Massey (2005) propone otra mirada, la transformación es una alteración de las *trayectorias* que conforman un lugar. El espacio es el resultado de diversas interrelaciones en movimiento. Si alguna de esas trayectorias cambia por migración, conflicto, crisis, todo el entramado se ajusta. A veces sutil, a veces radical. La transformación no solo cambia el territorio, cambia las relaciones que lo hacían posible. Pero estas ideas cobran sentido si aceptamos que el espacio no es un escenario pasivo, participa activamente en los procesos sociales. Lefebvre (2013) establece que el espacio está “en constante producción y reproducción” (p. 58). Cada cambio social deja marcas materiales, simbólicas, institucionales que ajustan las condiciones de acción. Por eso, cualquier transformación social debe verse también como transformación espacial y viceversa, se constituyen mutuamente.

Metodológicamente, estudiar transformaciones obliga a involucrar la dimensión temporal. Reconstruir el paso de un cambio a otro significa atender a ritmos desiguales, momentos de ruptura, continuidades ocultas, procesos estructurales que no siempre se ven en la superficie. Harvey (2007) lo enuncia, “toda forma espacial está cargada de historia y toda historia se materializa geográficamente” (p. 123). Por eso, analizar transformaciones implica revisar documentos, mapas, relatos locales, políticas públicas y procesos económicos. Todo eso, en conjunto, da cuenta de la transición espacial. En resumen, el concepto de transformación ayuda a entender cómo las fuerzas sociales

producen cambios en la estructura, el funcionamiento y el significado del espacio. No se trata solo de registrar modificaciones físicas o administrativas. Hay que desentrañar cómo el poder, la cultura y la economía intervienen en la construcción continua de la geografía humana. Las transformaciones son ese punto en que las configuraciones pierden estabilidad y se abren a nuevas formas de organización territorial y social.

2.4. Las reconfiguraciones socioespaciales

La reconfiguración socioespacial alude a momentos de reorganización tan profunda que emergen nuevas lógicas territoriales, nuevas formas de convivencia, y a veces sentidos inéditos del habitar. No es un simple ajuste ni un cambio funcional. Es una mutación en la arquitectura relacional del espacio. Santos (2000) ayuda a pensar esto; para él, cada nueva técnica o práctica social introduce un reordenamiento que modifica la lógica del espacio y altera su sentido. La reconfiguración es siempre multiescalar. Una innovación tecnológica, un desplazamiento poblacional o una crisis política pueden desencadenar reordenamientos profundos en territorios concretos. Y estos cambios no solo afectan las materialidades vías, edificaciones, redes, sino también las prácticas que las sostienen.

Por eso entiendo la reconfiguración como parte del carácter abierto y múltiple del espacio. Si el espacio se compone de trayectorias diversas que interactúan y se tensionan, cualquier alteración significativa en una de ellas puede desencadenar nuevas conexiones, fricciones o modos de coexistencia. La reconfiguración no es un estado final. Es un proceso en disputa, donde distintos actores reinterpretan el territorio que comparten.

No se entienden los cambios profundos si no se reconoce el papel activo del espacio en la vida social. Desde Lefebvre (2013) se insiste, “el espacio produce y es producido simultáneamente. Transforma las relaciones que lo originaron” (p. 412). Esto significa que las reconfiguraciones vienen de agentes externos, crisis políticas y tecnologías, pero también de tensiones internas inscritas en el propio espacio, que orientan, posibilitan y limitan las prácticas. La reconfiguración es una dialéctica entre estructura heredada y acción emergente. Harvey (2012) añade un sentido de complejidad al señalar que el capitalismo global funciona mediante reordenamientos espaciales recurrentes, “La reorganización geográfica es una estrategia para absorber

contradicciones y resolver crisis del sistema, aunque sea temporalmente” (Harvey, 2012, p. 96). Así, las reconfiguraciones no son neutrales. Son escenarios de lucha donde distintos actores intentan imponer sus proyectos de territorialización. Algunas comunidades son desplazadas, otras reinventan sus espacios de vida y otras disputan significados simbólicos o derechos sobre el territorio.

Las reconfiguraciones expresan rupturas y continuidades al mismo tiempo. Por un lado, se desarticulan los órdenes espaciales previos. Por otro, se crean nuevas centralidades, nuevas periferias, nuevas relaciones de poder. Estas mutaciones se ven en la movilidad de poblaciones, en los cambios de uso del suelo, en la aparición de nuevos límites simbólicos, en discursos que reescriben la identidad de un lugar. No es solo un cambio visible en el paisaje. La reconfiguración es un reensamblaje complejo de prácticas, representaciones y materialidades.

Metodológicamente, estudiar reconfiguraciones obliga a sumar la lectura de procesos estructurales con el análisis de prácticas cotidianas. No basta con identificar un nuevo asentamiento, una infraestructura o una política que cambia la distribución espacial. Hay que comprender cómo los sujetos reorganizan su vida diaria, cómo reinterpretan los espacios previos y cómo negocian o resisten los nuevos ordenamientos. Por eso el estudio de caso es útil, permite ver cómo los efectos globales se materializan de forma específica en contextos locales.

En resumen, la reconfiguración socioespacial es una de las expresiones más densas del cambio geográfico. No solo muestra que el espacio cambia. Revela cómo esos cambios afectan el orden social, reordenan los vínculos entre actores, abren posibilidades (o las cierran) para otros modos de vida. Comprender las reconfiguraciones es aceptar que los territorios no son escenarios pasivos. Son construcciones vivas donde se entrelazan tensiones, permanencias y rupturas, control y resistencia, lo global y lo local.

3. Tibú, Norte de Santander: su configuración, sus transformaciones y sus reconfiguraciones

Tibú, como espacio geográfico, se convierte en un estudio de caso para comprender la configuración, transformación y reconfiguración socioespacial. Su posición fronteriza con Venezuela le ha dado dinámicas históricas particulares: economías extractivas, conflicto armado, movilidad de población, control territorial. Adicional, como ya se ha mencionado, desde 2015, Tibú se ha convertido en uno de los principales puntos de llegada de migrantes venezolanos, lo que ha ido configurando nuevas tramas sociales, económicas y culturales.

3.1. Configuraciones históricas del espacio tibuyano

La configuración de Tibú se consolidó a mediados del siglo XX, cuando llegó la petrolera Colpet (de la Tropical Oil Company) y después Ecopetrol. Eso organizó el territorio en torno a la explotación de hidrocarburos. El modelo extractivo definió jerarquías claras: un centro urbano vinculado al petróleo, y zonas rurales para agricultura de subsistencia y coca. Desde la perspectiva de Santos (2000), el espacio tibuyano se configuró como un “conjunto de objetos y acciones” (p. 63). Los oleoductos, los campamentos, las vías toda esa infraestructura extractiva condicionó las prácticas y los imaginarios de la población local. El Catatumbo también se configuró con violencia estructural y control armado. El conflicto interno colombiano convirtió a Tibú en un escenario estratégico de disputa entre el Estado, las guerrillas y los paramilitares. Esas fuerzas consolidaron una configuración socioespacial fragmentada, donde la movilidad, la seguridad y el acceso a los recursos dependían de la presencia de actores armados. Lefebvre (2013) llamaría a esto un espacio “producido bajo coerción” (p. 372), el territorio se organizaba por relaciones de poder, no por planificación democrática.

3.2. Transformaciones recientes del espacio social

Tibú empezó a cambiar desde mediados de los 2000, y más después del Acuerdo de Paz de 2016. Algunos grupos armados se replegaron, lo que abrió temporalmente posibilidades de movilidad social y económica. También hubo políticas de sustitución de

cultivos ilícitos y se expandió el comercio transfronterizo. Todo eso transformó las dinámicas productivas y urbanas del municipio.

Pero la transformación más visible vino con la crisis migratoria venezolana. Desde 2015, Tibú se convirtió en punto de llegada, tránsito y asentamiento de miles de venezolanos. Eso cambió la composición demográfica, los patrones de ocupación del suelo y las relaciones sociales locales. Como dice Harvey (2012), los movimientos de población no solo son desplazamientos humanos; también son “reconfiguración de los espacios de reproducción social” (p. 97). En Tibú aparecieron nuevos asentamientos espontáneos, se ampliaron los cinturones periféricos y se diversificaron las prácticas económicas comercio informal, trabajo agrícola, actividades transfronterizas. Todo eso transformó el paisaje urbano y rural del municipio.

Estas transformaciones trajeron consigo tensiones en el acceso a los servicios públicos, la vivienda y el empleo, revelando desigualdades históricas del territorio. No obstante, también generaron formas emergentes de cooperación, intercambio y solidaridad entre migrantes y población local, configurando nuevas prácticas espaciales y redes comunitarias.

3.3. Reconfiguraciones socioespaciales: nuevas territorialidades en disputa

Pero no se trata solo de cambios visibles. Lo que ha pasado en Tibú en la última década es una reconfiguración socioespacial profunda. La llegada de migrantes modificó la distribución territorial, los significados del espacio, las identidades colectivas, las relaciones de poder. Desde la perspectiva de Massey (2005), el espacio tibuyano se transformó en una “multiplicidad en interacción constante” (p. 12), donde coexisten trayectorias locales e internacionales. La frontera, que antes se veía solo como un límite, se reconfiguró en zona de encuentro y fricción. Un espacio híbrido donde se mezclan prácticas legales e informales, redes transnacionales, territorialidades superpuestas. La movilidad humana introdujo nuevas lógicas espaciales: circulación, transitoriedad, interdependencia. Santos (2000) llamaría a esto procesos de re-territorialización: los sujetos reconstruyen lugares desde la experiencia del desplazamiento.

Los migrantes se asientan en las periferias sin planificación, sin servicios y generan micro territorios que desafían las jerarquías espaciales establecidas. Estos espacios no son solo “barrios informales”. Son escenarios de producción social donde se reconfiguran las relaciones de vecindad, las economías domésticas, las prácticas de cuidado. Como dice Lefebvre (2013), en cada espacio de marginalidad también hay una 'invención del habitar', una creación de sentido frente a la exclusión.

Por otro lado, las políticas estatales y humanitarias que buscan gestionar la crisis migratoria contribuyen también a esta reconfiguración. La instalación de albergues, centros de atención, programas de ayuda y estrategias de formalización territorial implica la intervención de nuevos actores ONG, agencias internacionales, iglesias, empresas privadas que compiten por la gestión del espacio y por el control simbólico del territorio. Siguiendo a Harvey (2012), esta multiplicidad de agentes revela cómo “la urbanización contemporánea se convierte en el terreno principal de las luchas sociales” (p. 101).

En síntesis, Tibú se presenta hoy como un laboratorio empírico donde pueden observarse las tres categorías en interacción:

- Configuraciones históricas marcadas por la extracción y el conflicto.
- Transformaciones recientes impulsadas por la migración y las políticas postconflicto.
- Reconfiguraciones socioespaciales que producen nuevas territorialidades, subjetividades y relaciones sociales.

Leer esto desde la geografía crítica permite ir más allá de la descripción de cambios físicos. Permite ver el sentido político y social de las mutaciones espaciales. En Tibú, el espacio no solo cambia, se reconfigura como campo de disputa, resistencia e invención colectiva. Un lugar donde lo local dialoga con lo global en una geografía del movimiento, la precariedad y la esperanza.

Esta investigación asume que la marginalidad estructural define el campo de posibilidades, las condiciones objetivas dentro de las cuales los sujetos actúan pero no anula su capacidad de producir espacio, ni de tejer trayectorias múltiples. La reconfiguración socioespacial se observa precisamente en la tensión entre estas constricciones estructurales y las prácticas cotidianas de los migrantes. No se trata de

elegir entre estructura o agencia, sino de analizar cómo se coproducen mutuamente en el territorio.

Capítulo III. La migración: fenómeno histórico y contemporáneo

El Capítulo III aborda la migración no como un dato demográfico ni como una emergencia humanitaria, sino como un fenómeno histórico, estructural y espacialmente situado. El argumento que lo relaciona es el siguiente, para comprender la migración venezolana en Tibú no basta con describir sus causas inmediatas (crisis económica, hiperinflación, violencia) ni con cuantificar sus efectos (número de personas, presión sobre servicios). Es necesario situarla en una genealogía más amplia de movilidad humana, en el marco de las transformaciones del capitalismo global y en relación con la producción social del espacio. En otras palabras, la migración no es un hecho aislado que ocurre "en" el territorio. Es una práctica que produce territorio.

El capítulo se organiza en cuatro apartados. El primero traza una genealogía de la migración como fenómeno histórico, mostrando que la movilidad humana no es nueva, pero que la migración como categoría analítica sí lo es, aparece con la consolidación de los Estados-nación, las fronteras y el capitalismo. Se argumenta que no todo desplazamiento histórico puede ser equiparado a la migración contemporánea, y que esta distinción es crucial para evitar anacronismos y falsas continuidades. Se revisan los vínculos entre migración, capitalismo global y frontera, entendiendo esta última no como una línea fija que separa Estados, sino como un espacio dinámico donde se producen y negocian relaciones de poder, movilidad y pertenencia.

El segundo apartado revisa las epistemologías de la migración, desde los enfoques clásicos (push-pull, economía neoclásica) hasta los enfoques estructurales (sistema-mundo) y las perspectivas críticas y decoloniales. No se trata de una revisión bibliográfica acumulativa, sino de una toma de posición, se argumenta que los enfoques clásicos son insuficientes porque individualizan la migración y deshistorizan sus causas; los enfoques estructurales son potentes para entender las condiciones de posibilidad, pero pueden sobre determinar la agencia de los sujetos; y las perspectivas críticas particularmente aquellas que entienden la migración como práctica espacial permiten articular estructura y agencia, espacio y movimiento. Esta última perspectiva es la que orienta el capítulo y la tesis en su conjunto.

El tercer apartado se centra en la migración venezolana en Colombia, su contexto histórico y político, las oleadas migratorias y los procesos de territorialización desigual en el territorio colombiano. Se argumenta que Tibú no es un destino central en las estadísticas migratorias, pero que precisamente por eso es relevante, es un destino periférico, donde la migración adquiere formas particulares porque se inserta en un territorio ya precarizado, con economías informales, debilidad institucional y conflictos territoriales activos. Esta condición periférica no solo define limitaciones, sino también el tipo de procesos socioespaciales que allí se desarrollan.

El cuarto apartado presenta el estudio de la migración en Tibú a partir del trabajo de campo, con un énfasis en la producción narrativa del testimonio migrante y las categorías analíticas que emergen del análisis empírico. No se trata de ilustrar la teoría con ejemplos, sino de mostrar cómo las categorías teóricas se tensionan, se enriquecen y, en ocasiones, se desbordan frente a la evidencia empírica.

1. Genealogía de la migración como fenómeno histórico

La población humana se ha movilizado desde sus inicios como especie. Pero no siempre hemos llamado **migración** a ese movimiento. La migración como categoría analítica es más reciente. Aparece al consolidarse los Estados Nacionales y se empiezan a delimitar fronteras. No es lo mismo desplazarse en el siglo XV que hacerlo hoy, con pasaportes, visas y controles.

Al principio, los estudios veían la migración como un asunto demográfico y económico, personas que se mueve de un lugar a otro. Buscaban causas como el empleo o la presión sobre los recursos, pero no se preguntaban por las condiciones históricas y políticas que producían esos movimientos. Más tarde, los enfoques críticos empezaron a ver la migración como parte de procesos más amplios de reorganización social y territorial.

Con estas premisas, resulta fundamental comprender que la migración no ocurre en el vacío, sino en territorios históricamente configurados por relaciones de poder. Harvey (2007) lo menciona de la siguiente manera, “la acumulación de capital produce y reorganiza continuamente las geografías humanas” (p. 101). Eso significa que la

migración no es solo una decisión personal. Responde a cambios estructurales que cambian las condiciones de vida.

La frontera es clave para entender la migración. Antes se veía solo como un límite entre Estados, ahora, desde enfoques críticos, se entiende como un espacio dinámico donde se materializan relaciones sociales, económicas y políticas. Pensar la frontera como una línea fija no alcanza para entender las migraciones de hoy.

Cuando se plantea que la frontera no funciona únicamente como un límite, se está reconociendo su carácter relacional. Es decir, la frontera no solo separa, también conecta, regula y produce formas específicas de interacción. Las fronteras también son construcciones históricas que reflejan y reproducen poder. Se puede añadir que el espacio es la coexistencia de múltiples trayectorias. En la frontera se ve muy claro, ahí convergen actores muy diversos.

En Tibú la frontera no es solo la línea que separa Colombia de Venezuela. Es un espacio donde interactúan el Estado, los grupos armados, las ONG, los migrantes, la población local. Esas interacciones no solo crean dinámicas de movilidad. También afectan el uso del suelo, el acceso a recursos y cómo se habita el territorio. De este modo, la migración puede ser entendida no solo como desplazamiento, sino como un proceso que participa activamente en la producción del espacio. Ramírez Gallegos y Álvarez Velasco (2009) afirman que “los tránsitos migratorios no son solo movimientos. Implican prácticas, redes, estrategias que reconfiguran los territorios” (p. 92). Así que la migración no solo reacciona al espacio. También lo transforma.

En resumen, la migración no es un hecho aislado. Está atada a cómo se organiza el espacio social; es parte fundamental de los procesos históricos de cambio, donde se mezclan dinámicas económicas, políticas y territoriales. Entenderla así es clave para analizar qué pasa hoy, cuando las fronteras ya no son límites fijos sino escenarios complejos de interacción y disputa.

1.1. Movilidad humana en la historia social

Asumir que toda movilidad es equivalente a migración implica un riesgo analítico, pues borra las diferencias entre formas históricas de desplazamiento profundamente

diversas. Ramírez Gallegos y Álvarez Velasco (2009) advierten que no se puede comparar cualquier desplazamiento histórico con la migración de hoy. “La migración contemporánea tiene estructuras específicas de poder, control y desigualdad” (p. 91). De ahí que resulte más pertinente hablar de una historicidad de la movilidad, antes que de una continuidad homogénea de la migración.

Desde una perspectiva geográfica, esta distinción permite reconocer que los desplazamientos humanos no solo implican movimiento en el espacio, sino que contribuyen a su producción. En otras palabras, las trayectorias de movilidad dejan huellas materiales y simbólicas que configuran territorios, redes y relaciones sociales. Con Soja (1997) y su definición del *tercer espacio* se entiende el espacio no como una estructura física: “Es una construcción compleja donde se mezclan experiencias vividas, representaciones y prácticas” (pp. 3-4). Desde esta perspectiva, la movilidad humana puede entenderse como una práctica espacial que participa activamente en la producción de nuevas espacialidades.

Ahora bien, si se observan los procesos históricos de movilidad, es posible identificar momentos de intensificación asociados a cambios estructurales más amplios. La expansión colonial, por ejemplo, implicó desplazamientos forzados y voluntarios que reorganizaron territorios enteros, mientras que la consolidación del capitalismo industrial generó flujos migratorios hacia centros urbanos en busca de trabajo. En estos contextos, la movilidad deja de ser un fenómeno disperso para convertirse en un proceso estructurado por relaciones económicas y políticas.

Sin embargo, más que asumir una lógica determinista, es importante reconocer que los sujetos migrantes no son meros receptores de estas dinámicas. Por el contrario, sus trayectorias expresan decisiones, estrategias y formas de agencia que reconfiguran los espacios que atraviesan. Las entrevistas que hice en Tibú muestran algo que la teoría no capta del todo: la movilidad no es solo estructura, también es red, expectativa, sentido. Un entrevistado me dijo: “pero la llegada de población migrante marcó un antes y un después. Al principio fue muy silenciosa...” (E1-LH). Otro añadió: “La llegada fue fuerte. No fue algo gradual, fue como una oleada. Empezaron a llegar familias completas...” (E1-LH). Estas voces me dicen que la movilidad no se explica en frío. También se narra. Se siente. Se reinterpreta.

En suma, la movilidad humana en la historia social puede entenderse como un proceso diverso y situado, cuya forma contemporánea está profundamente vinculada a la emergencia de nuevas formas de organización del espacio, del poder y de la economía. Reconocer esta distinción no solo fortalece el análisis teórico, sino que permite comprender con mayor precisión cómo los desplazamientos actuales participan en la producción de territorios específicos, como se evidenciará en los apartados posteriores.

1.2.Migración y capitalismo global

Para entender la migración hoy, hay que mirar el capitalismo global. No es que todo se reduzca a la economía. Pero las condiciones que intensifican regulan y jerarquizan la migración están atravesadas por acumulación, desigualdad y reorganización territorial a escala global. Nancy Fraser (2023) aporta una idea potente, el capitalismo no es solo economía, es un orden social que articula explotación, expropiación y crisis múltiples. La autora afirma que el capitalismo contemporáneo devora sus propias condiciones de posibilidad naturales, sociales y políticas, lo que genera inestabilidad y desplazamiento poblacional. La migración no es un fenómeno aislado, es una expresión de estas crisis entrelazadas.

Sin embargo, no se puede reducir la migración a un solo efecto directo del capitalismo. Las causas son más complejas, múltiples y articuladas, leerlo de esta manera permite entender al fenómeno migratorio de manera estructural. Migrar no es solo “buscar oportunidades”. No obstante, si se tienen solo en cuenta las estructuras, perdemos de vista lo subjetivo, lo afectivo, lo relacional. Las trayectorias migratorias no son todas iguales ni completamente predecibles.

Para el contexto colombiano, específicamente, en Tibú, las dinámicas globales se vuelven concretas. La migración venezolana no se explica solo por la crisis de Venezuela, también se relaciona con los cambios regionales, políticas fronterizas y las condiciones laborales en territorios específicos. En Tibú, la llegada de migrantes se articula con economías locales, conflictos territoriales y una marginalidad preexistente. Las entrevistas practicadas en el marco de la presente investigación muestran cómo las estructuras globales se conjugan con la experiencia de los sujetos. Un migrante indicó, "El dinero no alcanzaba, la comida se acababa... eso a uno lo va rompiendo por dentro"

(E3-M). En otro relato se afirma, "Uno aguanta hasta que ya no puede más... no era solo hambre, era no ver futuro" (E3-M).

Lo que estos relatos evidencian no es solo escasez material. La frase "no ver futuro" condensa un fenómeno más profundo: la crisis venezolana no se experimenta únicamente como inflación o desabastecimiento, sino como la clausura de cualquier horizonte de vida digna. Esa desesperanza no es un sentimiento individual, sino el correlato subjetivo de procesos estructurales globales, la crisis fiscal del Estado venezolano, la caída de los precios del petróleo que durante décadas sostuvieron el modelo rentístico, el giro restrictivo de las políticas migratorias regionales y la inserción precaria de Colombia en economías de frontera. En Tibú, esa desesperanza se enfrenta a diario con la búsqueda de trabajo en la palma de aceite, con el rebusque en las calles, con la ocupación de tierras periféricas. El migrante no solo huye de una crisis; se inserta en una estructura económica que necesita mano de obra barata y flexible. La experiencia subjetiva el desgaste, la nostalgia, el miedo no es un añadido emocional a la migración, sino una dimensión constitutiva de cómo se vive la desigualdad estructural en el territorio.

Del mismo modo estos relatos indican que las condiciones estructurales crean el escenario, pero las decisiones migratorias dependen de redes, expectativas y de cómo se lee el territorio. La migración conecta escalas, desde las crisis globales del capitalismo hasta las prácticas cotidianas de quienes cruzan y reconfiguran espacios concretos. Ver la migración desde el capitalismo global no es reducirla a una variable económica, es entenderla como un proceso complejo donde se entrelazan desigualdades estructurales, dinámicas territoriales y experiencias subjetivas. Esto ayuda a explicar por qué se intensifican los flujos migratorios y también cómo estos flujos contribuyen en la producción y transformación de los espacios.

1.3. Frontera, Estado y movilidad

La relación entre las categorías migración, frontera y Estado es clave para entender la movilidad actual. Antes, las personas se podían mover por territorios menos delimitados, pero la modernidad cambió eso al consolidar las fronteras como dispositivos de control, clasificación y regulación de poblaciones. Migrar ya no es solo desplazarse, es una práctica mediada por regímenes normativos, jurídicos y territoriales. La frontera

no es solo una línea en el mapa. Es un espacio social y político donde se negocian pertenencias, derechos y exclusiones. Balibar (2005) señala que las fronteras hoy son móviles, difusas y múltiples, no están solo en el borde del Estado y operan en distintos niveles de la vida. El control migratorio no se ejerce solo en la frontera física, también en instituciones, prácticas cotidianas y dispositivos administrativos.

Esta lectura permite cuestionar una idea común pero problemática, las fronteras simplemente separan territorios; también producen jerarquías, clasifican cuerpos y definen quién puede moverse y bajo qué condiciones. Así, la movilidad no es una capacidad distribuida de manera equitativa, sino una posibilidad diferenciada según criterios políticos, económicos y sociales.

Los Estados contemporáneos gestionan la circulación combinando inclusión selectiva y exclusión sistemática. Algunos se pueden mover capitales y trabajadores calificados, otros enfrentan restricciones, precarización o criminalización. La regulación estatal nunca es total, las fronteras tienen fisuras, pasos informales, prácticas que desbordan el control oficial. En la práctica, los espacios fronterizos son territorios de ambigüedad donde las normas se negocian, se eluden, se reinterpretan, siendo el caso de la frontera colombo-venezolana. La movilidad cotidiana se sale de los marcos formales y la frontera se convierte en un espacio vivido conformado por economías informales, redes sociales, prácticas de supervivencia. Las entrevistas en Tibú muestran esto claramente, “Principalmente la gente llegaba por tres zonas de la frontera... deben pasar el río en canoa” (E1-LH). Y añadió: “hay otro paso irregular, cobra por pasar y puede ser algo riesgoso” (E1-LH). Estos relatos demuestran que, más allá del discurso estatal, la movilidad se sostiene en relaciones sociales concretas. La frontera no solo restringe, también produce formas específicas de organización espacial y social.

El espacio estatal no es homogéneo ni está totalmente controlado, al contrario, hay diversas territorialidades en disputa, que coexisten y se superponen. La movilidad migrante no es marginal, participa activamente en esa producción de espacialidades, desbordando y a veces reconfigurando los marcos del Estado. Las relaciones entre frontera, Estado y movilidad muestran que la migración no es solo un flujo de personas, es un proceso atravesado por el poder desde el cual se define quién se mueve, cómo y en

qué condiciones. El espacio no es un escenario, es un campo de disputa donde se negocian derechos, identidades y formas de habitar.

2. Epistemologías de la migración

2.1. Enfoques clásicos: *push-pull* y economía neoclásica

Los primeros enfoques que buscaron explicar la migración de manera sistemática fueron los clásicos. El modelo *push-pull* y la economía neoclásica son los más conocidos. Han influido en la producción académica, en las políticas públicas y en lo que las personas imaginan sobre la migración. El *push-pull* es sencillo, la gente migra porque hay situaciones que la expulsan de su lugar de origen (push) y elementos que la atraen hacia otro lugar (pull). Por un lado, el desempleo, la violencia, la crisis y por otro, mejores trabajos, estabilidad, servicios. Esta es una forma clara e intuitiva de ver la migración. Pero tiene problemas, reduce la migración a una reacción mecánica a estímulos externos, subestima las relaciones estructurales, es decir, identifica causas, pero no explica por qué existen estas causas ni cómo se articulan en sistemas más amplios de desigualdad.

La economía neoclásica va por el mismo enfoque; parte del supuesto que los individuos toman decisiones racionales para maximizar beneficios. Migrar sería un cálculo al comparar costos y oportunidades entre territorios, lo que permite medir y comparar. Sin embargo, este enfoque individualiza la migración, deja de lado las estructuras sociales, políticas y espaciales que condicionan las decisiones. Ramírez Gallegos y Álvarez Velasco (2009) señalan, la migración no es solo elección individual, es una práctica situada en contextos de desigualdad y control, que definen lo que se puede hacer y lo que no. Desde esta perspectiva, la decisión de migrar no es completamente libre ni plenamente racional, sino que está mediada por condiciones estructurales y redes sociales que orientan las trayectorias.

Ambos enfoques asumen una concepción neutral del espacio, como si los territorios fueran meros escenarios donde se distribuyen oportunidades. Desde la geografía crítica, esta premisa resulta insuficiente. El espacio no es un contenedor pasivo, se produce socialmente. Por lo tanto, no todos los lugares ofrecen las mismas condiciones ni todos los sujetos tienen el mismo acceso a ellos. Desde los enfoques clásicos se pensó

el fenómeno migratorio de manera analítica e introdujeron variables y relaciones que después otras perspectivas complejizaron.

Pero cuando los aplicamos a un caso concreto, la migración venezolana a Colombia, se ven sus límites. La gente no migra solo por factores de expulsión o atracción. En Tibú, la movilidad está mediada por redes familiares, dinámicas territoriales, economías locales y por las percepciones sobre la seguridad y las oportunidades que se esperan encontrar. La migración no es lineal ni predecible. Es una práctica compleja que mezcla condiciones estructurales con experiencias situadas. Los enfoques clásicos dan una base, pero hay que complementarlos y a veces superarlos con perspectivas que incorporen lo espacial, lo relacional y lo político.

Desde enfoques como el *push-pull* es posible explicar la migración venezolana a Tibú como respuesta a factores de expulsión, hiperinflación, desabastecimiento, violencia política. Esta lectura no es falsa, pero es incompleta. Deja fuera la pregunta del por qué Venezuela entró en crisis y por qué Colombia, y específicamente Tibú, funciona como espacio receptor. Desde de Fraser (2023), la crisis venezolana no es un accidente, sino la manifestación localizada de contradicciones globales del capitalismo, dependencia del petróleo, extractivismo, desmantelamiento del Estado social. La migración, entonces, no es solo respuesta a una crisis; es la expresión de cómo el sistema expulsa poblaciones de unos territorios y las inserta precariamente en otros. Esta diferencia no es menor. Si la migración es solo respuesta a crisis, la solución es asistencialismo (ayudar hasta que pase la crisis). Si es expresión estructural, se requieren políticas de reordenamiento territorial y derechos, no solo ayudas.

2.2. Enfoques estructurales y sistema-mundo

Pasemos ahora a los enfoques estructurales. Estos cambian la forma de ver la migración, ya no es la suma de decisiones individuales, es parte de dinámicas históricas más amplias que configuran el sistema social y espacial global. Los movimientos de población no son hechos aislados, son expresiones de relaciones estructurales que articulan territorios, economías y formas de poder. Wallerstein (2005) y el análisis del sistema-mundo son clave aquí. Él dice que el capitalismo creó un sistema global jerarquizado, centros, semiperiferias y periferias. Esta estructura no solo distribuye la riqueza de manera desigual. También condiciona quién puede moverse. La migración

conecta territorios en posiciones desiguales dentro de ese sistema. Muestra las asimetrías, pero también las estrategias de la gente para insertarse.

Desde esta perspectiva, los flujos migratorios no ocurren al azar ni responden únicamente a crisis coyunturales, sino que están vinculados a procesos históricos como la expansión del capital, la reorganización de mercados laborales y la inserción desigual de los territorios en la economía global. Esto permite explicar, por ejemplo, por qué ciertos países se convierten de manera recurrente en emisores de población, mientras otros funcionan como polos de atracción. Sin embargo, si bien el enfoque estructural es potente para ver las condiciones que producen la migración, también puede sobre determinarla al reducir la capacidad de agencia de los sujetos. Si solo vemos estructuras, perdemos de vista las estrategias, las decisiones y las resistencias. La migración no es solo consecuencia del sistema, también es una práctica con la que la gente negocia, se adapta y a veces desafía esas condiciones.

Desde esta perspectiva, Fraser (2023) señala que el capitalismo actual no solo produce desigualdades económicas, sino también múltiples crisis sociales, ecológicas y políticas que intensifican los desplazamientos. Esto amplía el análisis estructural: la migración no responde solo a lógicas laborales o productivas, sino también a la degradación de las condiciones de vida en distintos territorios. En América Latina, estas discusiones se vuelven más densas. Como señalan Zaragocín, Moreano y Álvarez Velasco (2018), un enfoque de geografía crítica permite leer los procesos migratorios desde sus especificidades históricas y territoriales, sin aplicar marcos globales de manera acrítica. La migración en América Latina no solo refleja dinámicas del sistema-mundo, sino también historias locales de desigualdad, conflicto y reorganización territorial.

La migración venezolana a Colombia muestra estas tensiones. Por un lado, es resultado de una crisis económica y política profunda. Por otro, es parte de una reconfiguración regional donde distintos territorios se articulan de manera desigual. Tibú no es solo un “destino receptor”, es un espacio donde las dinámicas globales se materializan, interactuando con economías locales, conflictos armados y formas históricas de marginalidad. Las condiciones estructurales delimitan el campo de posibilidades, pero las trayectorias no están completamente predefinidas. Los sujetos

interpretan, negocian, y actúan; sus propias lecturas del contexto introducen variabilidad en los procesos de movilidad.

2.3. Perspectivas críticas y decoloniales

Los enfoques críticos surgen para complementar el análisis sobre el fenómeno migratorio. Desde estos se intenta situar la migración en un campo más amplio de relaciones sociales, espaciales, políticas sin reducirla a una sola dimensión. Desde la geografía crítica se entiende que la migración no se puede analizar fuera de la producción social del espacio. Los desplazamientos no ocurren en el vacío, se desarrollan en territorios contruidos históricamente con poder, desigualdad y conflicto. Dicho de otro modo, la migración no solo reacciona a estructuras existentes, también permite transformarlas activamente. Aquí la noción de espacialidad es clave. Soja (1997) propone ir más allá del espacio físico para incorporar las experiencias vividas y las representaciones. Su concepto de 'tercer espacio' ayuda a pensar la migración como una práctica que articula lo material, lo simbólico y lo vivido. ¿Qué implica esto para el análisis de la migración en Tibú?

El tercer espacio permite superar la dicotomía entre las visiones que entienden el espacio como un contenedor físico (donde los migrantes simplemente se ubican) y aquellas que lo reducen a una construcción mental o discursiva. La migración no solo ocupa un lugar ni solo se representa, lo produce activamente mediante prácticas cotidianas. En Tibú, por ejemplo, el "tercer espacio" se manifiesta cuando un camino de tierra se vuelve calle por el uso constante de los transeúntes, o cuando una vivienda de madera y zinc se convierte en hogar por las prácticas de apropiación de quienes la habitan. No es solo materialidad ni solo significado, es la articulación entre ambos.

El tercer espacio da cuenta de las tensiones y ambivalencias propias de los contextos migratorios. No se trata de un espacio armónico ni puramente conflictivo, sino de un terreno en disputa donde coexisten la precariedad material y la producción simbólica de pertenencia. Las periferias de Tibú no son solo carencia; son también espacios de invención cotidiana, donde los migrantes producen sentido a pesar de las condiciones adversas. Así, el tercer espacio permite captar esa paradoja, exclusión y agencia, materialidad y simbolismo, se coproducen mutuamente.

Esta categoría profundiza el fenómeno migratorio porque desplaza el foco del origen o el destino hacia las prácticas espaciales del tránsito y el asentamiento. La migración no es solo un movimiento entre dos puntos, sino una producción continua de espacio en el trayecto y en la llegada. En Tibú, esto se evidencia en la expansión difusa de los asentamientos, en la apertura de caminos no planificados, en la resignificación de la frontera como zona de encuentro y fricción. El tercer espacio, entonces, no es un concepto decorativo, es una herramienta analítica que permite ver la migración como un proceso territorial activo, no como un simple desplazamiento.

Este giro resulta significativo porque desplaza el análisis desde una visión estática del territorio hacia una comprensión relacional y dinámica. En lugar de entender los espacios como contenedores donde ocurren los fenómenos, se les reconoce como productos en constante construcción, atravesados por múltiples trayectorias. En este sentido, la migración no es simplemente un flujo que se mueve en territorios, sino una práctica que los resignifica y los reconfigura. En América Latina, estas ideas se han reformulado. Zaragocín, Moreano y Álvarez Velasco (2018) afirman que, desde la geografía crítica latinoamericana, se ha buscado superar lecturas abstractas, insertándose en las experiencias situadas y las condiciones históricas de los territorios. Eso significa que la migración no solo refleja dinámicas globales. Se inscribe en contextos locales marcados por desigualdades persistentes, economías informales y configuraciones territoriales complejas.

No obstante, la perspectiva crítica también presenta riesgos. Uno es caer en explicaciones tan generales que pierden su capacidad analítica. Otro es exagerar el papel de las estructuras o de las resistencias, sin mirar la diversidad de experiencias migratorias. El desafío no es solo criticar los enfoques previos. Es construir herramientas que permitan entender la migración en su complejidad. Las perspectivas críticas sitúan la migración en un escenario donde se relacionan el espacio, el poder y la experiencia; por lo tanto no ofrecen una sola explicación, abren un campo de análisis donde se articulan diferentes dimensiones, las estructuras que condicionan y las prácticas que transforman. Esto es clave para entender la migración como un proceso socioespacial, como veremos a continuación.

2.4. La migración como práctica espacial

Ver la migración como práctica espacial es cambiar la mirada. No se trata solo de explicar causas o describir efectos, se busca reconocer que los desplazamientos humanos participan activamente en la producción del espacio. Dichos movimientos ocurren en el espacio transformándolo, resignificándolo y, en ciertas condiciones, reconfigurándolo. Esta idea viene de Lefebvre (2013), quien señala que el espacio no es un contenedor pasivo, es un producto social que se produce desde las prácticas, las representaciones y las experiencias. Eso significa que toda acción social, incluida la movilidad, tiene una dimensión espacial. La migración no es un fenómeno externo al espacio, es una de las prácticas que lo producen continuamente. Para Cresswell (2010) la movilidad no es solo movimiento, es una práctica cargada de significado, atravesada por poder, normas y contextos. Así es posible diferenciar desplazamientos que parecen similares, pero tienen implicaciones distintas. Migrar no es solo cambiar de lugar, es inscribirse en un conjunto de relaciones que dan sentido a ese movimiento.

Así, la migración se entiende como una práctica espacial situada que opera en múltiples niveles. Desde la perspectiva de Soja (1997) la migración incide en la dimensión material del espacio, en sus representaciones y en cómo es vivido. La llegada de migrantes no solo cambia la ocupación del territorio, también transforma los imaginarios sobre ciertos lugares y cómo se habitan cada día, lo que indica que no toda movilidad produce los mismos efectos. Algunas migraciones se integran en configuraciones existentes sin cambiarlas del todo, otras introducen cambios que afectan la organización del territorio. En ciertos contextos, incluso, pueden desencadenar reconfiguraciones más complejas donde se transforman no solo las formas, sino también las relaciones y los significados del espacio.

En este punto, la propuesta conceptual cobra sentido. Pensar la migración como práctica espacial permite relacionarla con las nociones de configuración, transformación y reconfiguración recordando que no son categorías abstractas si no herramientas conceptuales que permiten diferenciar niveles de incidencia espacial. La migración contribuye a la configuración cuando consolida estructuras existentes. Favorece a la transformación cuando modifica funciones o dinámicas. Y refuerza a la reconfiguración cuando altera más profundamente las relaciones sociales y simbólicas que organizan el

territorio. En América Latina, Aliaga Sáenz (2018) ha desarrollado esta línea e insiste en entender la migración más allá de enfoques reduccionistas incorporando, para ello, lo territorial y lo relacional. Sus aportes muestran que los procesos migratorios en la región están atados a condiciones históricas de desigualdad, pero también a formas de agencia que se expresan en la producción cotidiana del espacio.

En Tibú esto se ve claro. La migración no es solo un fenómeno demográfico. La llegada de migrantes abre nuevos espacios de vivienda, reorganiza la economía, redefine relaciones. Pero estos procesos no son lineales, están mediados por tensiones, negociaciones, desigualdades. Las entrevistas realizadas evidencian esta dimensión desde la experiencia concreta, “donde hay un pedazo de tierra disponible, ahí se construye una casa” (E1-LH) del mismo modo “Los caminos se hicieron con los pies de la gente” (E3-M) estas narraciones indican que los migrantes no solo se insertan en un espacio, participan activamente en su producción por medio de prácticas cotidianas que configuran nuevas formas de habitar. La migración articula condiciones estructurales, decisiones individuales y relaciones sociales, además produce espacialidades que no se entienden desde una sola escala.

Pensar la migración como práctica espacial supera los enfoques que se centran solo en causas o estructuras. Permite analizar cómo los sujetos, en movimiento, participan en la producción del espacio. Esta perspectiva articula los distintos niveles que hemos visto en este capítulo y sienta las bases para entender los procesos de territorialización que analizaré en el caso colombiano.

3. La migración venezolana en Colombia

3.1. Contexto histórico y político

La migración venezolana a Colombia no es un hecho aislado. No es solo consecuencia de la crisis reciente. Es parte de una relación histórica compleja entre los dos países, marcada por movilidad, intercambio económico y lazos socio culturales que han hecho de la frontera un espacio profundamente interdependiente. Durante gran parte del siglo XX, Venezuela, con su bonanza petrolera, atraía a colombianos, sobre todo en tiempos de crisis económica y conflicto armado. Esto es clave, la movilidad entre los dos países no es nueva, es una práctica histórica que ha respondido a cambios estructurales en la región. El cambio de dirección se hizo evidente en la segunda década del siglo XXI,

cuando Venezuela entró en un deterioro progresivo a nivel económico, político, institucional materializado en la hiperinflación, la contracción productiva, y las tensiones políticas lo que llevó a la población empezó a buscar salidas. Páez y Vivas (2017) llaman a momento como la 'tercera ola' migratoria, que arranca en 2015 y se distingue por su magnitud, rapidez y complejidad.

Pero no basta con decir que es una crisis interna. Como se ha enunciado, los flujos migratorios también dependen de dinámicas regionales y globales. Colombia es un destino relevante tanto por su cercanía como por la porosidad histórica de la frontera, las redes sociales que ya existían, y ciertas condiciones de inserción económica.

El Estado colombiano ha sido ambivalente. Por un lado, ha implementado políticas de regularización y atención, reconociendo la magnitud del fenómeno. Por otro, enfrenta limitaciones estructurales para garantizar una integración sostenible, sobre todo en territorios periféricos. Esa tensión entre abrir y restringir refleja las contradicciones de cómo se gestiona la movilidad hoy.

Desde el análisis espacial, la migración no se distribuye de manera homogénea en Colombia. Hay zonas de alta concentración, así como lugares donde la presencia migrante es más dispersa y menos visible. Las regiones de frontera no solo son puntos de entrada, sino como espacios donde la movilidad se vuelve cotidiana. En el Catatumbo y sobre todo Tibú se evidencian estas dinámicas. Tibú no es un destino principal en las estadísticas, pero es un territorio donde confluyen la economía informal, los actores armados, la debilidad institucional y las redes sociales que facilitan la llegada y permanencia de migrantes. La migración no solo responde a condiciones externas, se inserta en configuraciones territoriales ya presentes y que condicionan su desarrollo.

Las entrevistas realizadas permiten acercarse a esta realidad desde la experiencia de los sujetos: “Ya después del 2016 el flujo fue más constante y visible” (E1-LH). Lo anterior permite comprender que la decisión de migrar a Tibú no se explica solo por factores macroestructurales, esta también mediada por la información que circula, las redes de apoyo y la manera como se perciben las posibilidades de inserción. El contexto no opera en abstracto, se traduce en condiciones concretas que orientan las trayectorias migratorias. La migración venezolana a Colombia es un proceso histórico y político que

articula crisis internas, dinámicas regionales y condiciones territoriales específicas. Esta mirada no solo contextualiza el fenómeno, sienta las bases para analizar cómo estos flujos se territorializan y producen espacialidades concretas.

3.2. Oleadas migratorias y territorialización

Para analizar la migración venezolana a Colombia no basta con mirar los números. Hay que entender sus ritmos, sus fases y cómo se asienta la gente en el territorio. No es un flujo homogéneo, ha ido cambiando a través de distintas oleadas, cada una con su propia composición social, motivos y formas de insertarse en el espacio. Páez y Vivas (2017) señalan que desde 2015 se consolida una fase masiva y sostenida, un punto de inflexión respecto a lo que había antes. Esta *tercera ola* no es solo más población. También hay más diversidad, familias enteras, población vulnerable, trayectorias migratorias más complejas. Pero no basta con ver las oleadas solo desde su dimensión temporal, se debe analizar y anclaje en el espacio. Ahí entra la noción de territorialización. La migración no es solo desplazarse. También es procesos de asentamiento temporales o permanentes que producen configuraciones espaciales concretas.

En Colombia, la territorialización ha sido desigual. Según Migración Colombia (2025), a diciembre de 2024 residían en el país 2.815.611 migrantes venezolanos, con una alta concentración en Bogotá (21,01%), Antioquia (13,88%) y Norte de Santander (11,76%). El departamento de Norte de Santander, donde se ubica Tibú, es el tercer territorio con mayor población migrante del país. Sin embargo, más allá de las grandes ciudades, las regiones de frontera han sido espacios de tránsito, permanencia y reconfiguración. No son solo puntos de paso. Son territorios donde la movilidad es parte de la vida cotidiana, articulando economías formales e informales, redes sociales y dinámicas de control. Desde una mirada crítica, esto expresa la desigual distribución espacial de oportunidades. Los migrantes no se ubican al azar. Sus trayectorias están mediadas por la accesibilidad, las redes previas y las posibilidades, aunque sean limitadas, de inserción económica. La territorialización no es neutral. Es una forma en que las desigualdades estructurales se materializan en el espacio.

Pero hay que evitar una lectura pasiva. Los migrantes no solo 'llegan' a los territorios, también participan en producirlos. Ocultan viviendas, se insertan en los

mercados laborales, construyen redes comunitarias y así contribuyen a configurar nuevas espacialidades. Esto puede generar tensiones, pero también formas de coexistencia que transforman lo precedente. En el Catatumbo esta condición es compleja. Economías informales, debilidad institucional, conflictos territoriales, todo ello configura un escenario donde la migración se inserta de manera diferencial. Tibú no es solo un 'destino migratorio', es un espacio donde las oleadas migratorias interactúan con estructuras que ya existentes produciendo formas específicas de territorialización. El día a día de quienes se sitúan en Tibú permite identificarlo con mayor intensidad, “La mayoría se asentó en zonas periféricas, sin planificación” (E1-LH).

La territorialización no es lineal ni uniforme. Es una práctica que se construye en el cruce entre condiciones estructurales y decisiones situadas. Los migrantes no solo ocupan espacios disponibles, los interpretan, los adaptan y, en muchos casos, los transforman. Las oleadas migratorias no solo ayudan a periodizar el fenómeno, dan claves para comprender cómo la migración se inscribe en el territorio. La territorialización es un proceso central, los flujos migratorios se traducen en configuraciones espaciales concretas que para el caso específico de Tibú se traduce en dinámicas particulares.

3.3. Tibú como destino periférico

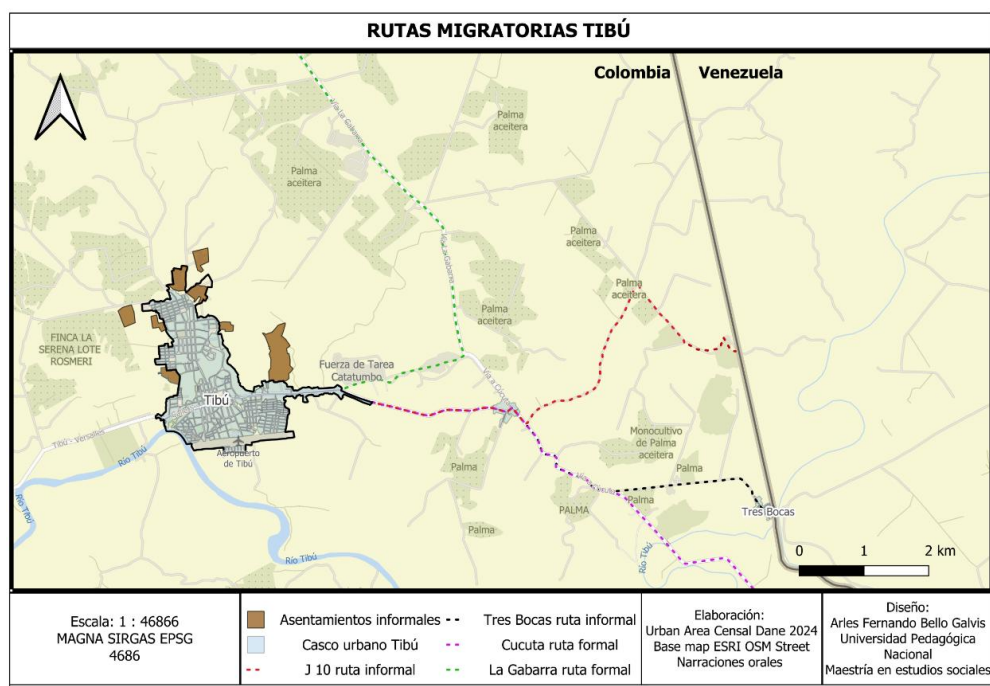
Tibú, además de ser un destino central de los grandes flujos migratorios, es un territorio periférico donde la migración adquiere formas particulares. Periférico no solo en términos geográficos, también por las relaciones más amplias de desigualdad territorial, debilidad institucional y economías locales específicas. A diferencia de Bogotá o Cúcuta, donde la migración venezolana está muy documentada, Tibú aparece menos en las estadísticas. Su importancia está en que permite ver cómo se despliega la migración en contextos con condiciones de recepción limitadas, donde la inserción de los migrantes depende mucho de las dinámicas locales.

Denominar a Tibú como un destino periférico significa que la migración que se desarrolla no responde a lógicas de atracción estructuradas. Responde a combinaciones más complejas, redes informales, información que circula, oportunidades precarias y, a en ocasiones, a la imposibilidad de desplazarse a otros lugares. Tibú no es un destino elegido en condiciones ideales, es un espacio posible dentro de trayectorias migratorias

condicionadas. Su condición de periferia hace visible cómo la migración interactúa con configuraciones espaciales propias del municipio, economías informales, actores diversos, fragilidad institucional; todo esto perfila un escenario donde la llegada de migrantes no solo se adapta, sino que incide en la organización del espacio.

Vale la pena recordar que la migración es una práctica espacial. En Tibú, se materializa en el acceso a la vivienda, la inserción a la economía y el establecimiento de las relaciones sociales. Estos procesos no ocurren aislados, interactúan con dinámicas locales que, en muchos casos, ya estaban marcadas por la marginalidad. Las entrevistas ayudan a profundizar: “Tibú siempre ha sido pobre, pero era más tranquilo” (E2-PL) “Tibú ya no termina donde dice el mapa. Termina donde llega la última casa” (E1-LH), con lo anterior se muestra que Tibú no es solo un lugar de llegada, es también espacio de tránsito, de permanencia temporal, de reorientación de trayectorias. La movilidad no se detiene al llegar, continúa, se redefine y se adapta a nuevas condiciones.

Mapa 2. Mapa rutas migratorias Tibú



Fuente: Mapa rutas migratorias Tibú. Elaboración: Urban Área censal Dane 2024, Quick map server, Geo visor Déficit Habitacional CNPV 2018 urbana Tibú, Google satelital imatime. Diseño: Arles Fernando Bello Galvis, Línea Construcción social del espacio, Universidad Pedagógica Nacional, Maestría en estudios sociales.

El mapa 2¹³ revela una dualidad relevante: mientras los pasos formales (Cúcuta, La Gabarra) son los únicos reconocidos por el Estado, los migrantes utilizan mayoritariamente rutas informales como Tres Bocas y J10, donde el control estatal es mínimo o nulo, sustituido por actores armados que regulan el tránsito. En una de las entrevistas se describió, “hay otro paso irregular, cobra por pasar y puede ser algo riesgoso” (E1-LH). Esta cartografía evidencia que la frontera no es una línea, sino un espacio heterogéneo donde coexisten múltiples formas de regulación de la movilidad.

En una lectura más amplia, esto desafía la idea de que los destinos migratorios se pueden clasificar de manera rígida. Tibú no es solo tránsito ni solo asentamiento definitivo, es un espacio donde coexisten distintas temporalidades. Algunos se quedan, otros siguen viaje, otros cambian sus planes según lo que encuentran. Esta diversidad de trayectorias incide directamente en la forma cómo se organiza el espacio. La ocupación de ciertos sectores, la aparición de nuevas dinámicas económicas, la transformación de las relaciones sociales, todo eso evidencia cómo la migración participa en la producción del territorio. Pero estos procesos no están libres de tensiones, sobre todo cuando los recursos son escasos y la vida es precaria.

La condición periférica de Tibú no solo define sus limitaciones. También define el tipo de procesos socioespaciales que allí se desarrollan. La migración no es un fenómeno externo, se inserta en estas dinámicas contribuyendo a la continuidad de ciertas configuraciones y a la transformación de otras. Mirar Tibú como destino periférico desplaza la atención de los grandes centros urbanos hacia territorios donde la migración es menos visible pero profundamente significativa. Esto amplía la comprensión del fenómeno migratorio en Colombia y cómo estas dinámicas se expresan en las narrativas y experiencias de los propios migrantes.

¹³ El mapa distingue entre pasos formales (Cúcuta, La Gabarra) e informales (Tres Bocas, J10). Estos últimos operan al margen del control estatal, muchas veces bajo regulación de actores armados que cobran peajes. Las rutas informales no aparecen en la cartografía oficial, pero concentran la mayor parte del flujo migratorio debido a la porosidad de la frontera en esta zona. También se identifican las zonas de palma aceitera, que funcionan como polos de atracción laboral.

4. Estudio de la migración en Tibú

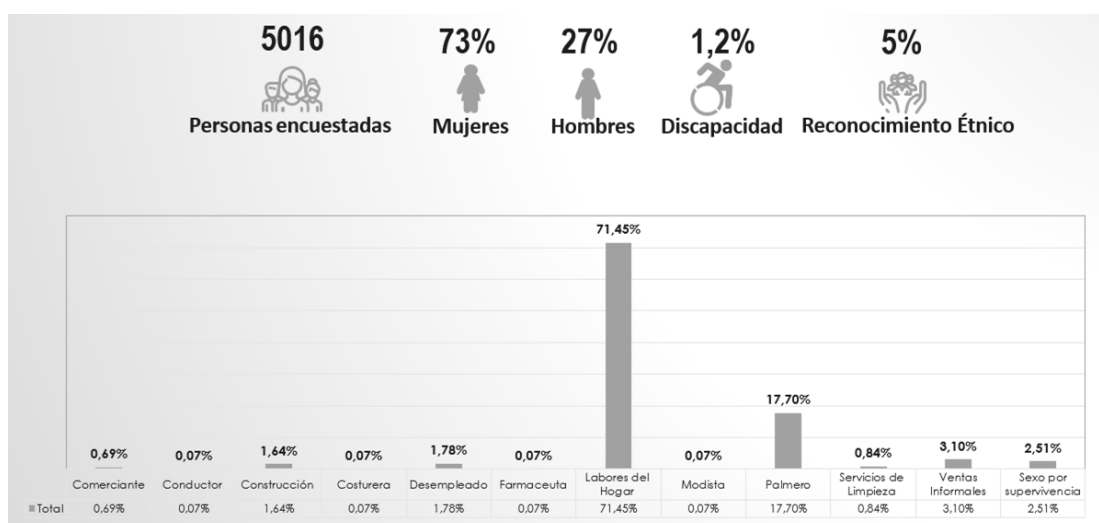
El gráfico 4¹⁴ muestra dos hallazgos centrales. El primero es la feminización de la migración: 73% de las personas encuestadas son mujeres. Esto desafía la imagen del migrante varón soltero que predomina en los enfoques clásicos (Ravenstein, 1885). En Tibú, las mujeres migrantes constituyen la mayoría y, como se evidencia en los testimonios, muchas de ellas sostienen económicamente a sus familias.

El segundo hallazgo es la concentración ocupacional en labores del hogar (71,45%). Este dato no debe leerse como “las migrantes son amas de casa”. En el contexto de la migración, el 'hogar' puede incluir trabajo doméstico remunerado (en casas de familias locales), cuidado de niños o adultos mayores y otras formas de trabajo reproductivo no siempre reconocido como empleo formal. La alta incidencia de esta categoría sugiere que la inserción laboral femenina se da mayoritariamente en el sector de cuidados, históricamente feminizado, mal remunerado y con baja protección social.

¹⁴ Los datos provienen de una base de datos administrativa de Primera urgencia Internacional correspondiente a migrantes atendidos entre 2020 y 2023. La muestra está compuesta mayoritariamente por mujeres (73%), lo que sugiere que la migración venezolana en Tibú tiene un rostro feminizado, posiblemente asociado a dinámicas de reunificación familiar o a la mayor vulnerabilidad de mujeres jefas de hogar. En cuanto a la ocupación, predominan las labores del hogar (71,45%), seguidas por ventas informales (3,10%), trabajo en palma (1,78%), y servicios de limpieza (1,64%). Destaca la presencia de un 0,07% de mujeres que reportan "sexo por supervivencia", una categoría que da cuenta de formas extremas de precarización laboral asociadas a la migración.

Fuente: Base de datos de caracterización de población migrante, elaboración propia a partir de registros de Primera Urgencia Internacional. Cálculos del autor.

Gráfico 4. Caracterización demográfica y ocupacional de población migrante venezolana



Fuente: Base de datos caracterización migrantes, elaboración propia. Arles Fernando Bello Galvis, Universidad Pedagógica Nacional, Maestría en estudios sociales.

Finalmente, la presencia de 'sexo por supervivencia' (0,07%), aunque porcentualmente pequeña, es cualitativamente significativa e indica que, para algunas mujeres, las opciones laborales se reducen a la monetización del propio cuerpo en condiciones de alta vulnerabilidad. Este hallazgo debe ser tratado con sensibilidad ética, como se discute en el apartado de criterios éticos.

4.1. Producción narrativa del testimonio migrante

Para estudiar la migración en Tibú no basta con describir condiciones objetivas, es necesario considerar la manera cómo la población narra, interpreta y da sentido a su experiencia. El testimonio no es solo una fuente de información, es una forma de producir conocimiento situado desde el cual se articulan memoria, experiencia y espacialidad. Las entrevistas muestran que la experiencia migratoria no es lineal ni homogénea, por lo contrario, es fragmentada, está cargada de emociones y está relacionada con las condiciones del territorio. Los relatos no solo describen trayectorias, reconstruyen el proceso migratorio como una vivencia permeada por el miedo, la incertidumbre y la necesidad, “Migrar no es querer irse, es no poder quedarse” (E3-M) El testimonio muestra que los sujetos no solo transitan el espacio, lo interpretan constantemente. La migración no se narra solo como un desplazamiento geográfico sino como una ruptura biográfica

que reconfigura el habitar y la proyección de futuro. Frases como “migrar no es querer irse, es no poder quedarse” lo resumen bien, la movilidad se siente más como imposición que como elección.

Los relatos también muestran que llegar al territorio no cierra el proceso migratorio. El asentamiento en Tibú es una fase más dentro de trayectorias abiertas, donde la estabilidad es siempre relativa. Habitar se construye desde la precariedad, pero también desde prácticas cotidianas que buscan producir sentido de lugar; “Sentí alivio... pero también tristeza... no era una casa” (E3-M). Algo que me llamó la atención es cómo narran la configuración del espacio: levantar una vivienda con materiales precarios, delimitar un terreno o barrer el frente de la casa no son acciones menores, son prácticas que expresan formas de apropiación territorial. Habitar no es solo ocupar un espacio, es producirlo, simbólicamente y materialmente.

Pero estas narrativas también evidencian las tensiones del territorio. La convivencia entre locales y migrantes no es homogénea, por el contrario, es una relación ambivalente donde se mezclan la solidaridad con la competencia y el conflicto. Como se ha enunciado en apartados anteriores, esta ambivalencia no es solo cuestión de diferencias culturales, también es expresión de condiciones estructurales compartidas. La precariedad no discrimina, y es en ese terreno donde se configuran tanto los apoyos como las disputas por los recursos. Analíticamente, los testimonios muestran que la migración en Tibú produce cambios materiales en el territorio y transforma su significado. El municipio deja de verse como un espacio cerrado y conocido para convertirse en un territorio en expansión, influenciado por nuevas relaciones, prácticas y tensiones. El testimonio migrante da información empírica y se convierte en una vía para comprender cómo los sujetos participan activamente en la producción del espacio. Por medio de los relatos se puede establecer lo que ocurre en el territorio, la manera como se vive, se interpreta y se transforma desde la experiencia cotidiana.

4.2. Categorías analíticas emergentes

Desde el análisis del fenómeno migratorio en Tibú me percate que las dinámicas del municipio no solo se pueden explicar desde las categorías teóricas ya elaboradas. La producción del espacio y la reconfiguración socioespacial son un buen punto de partida, pero la evidencia empírica me obligó a complejizar la lectura y a proponer categorías que

emergen a partir de las dinámicas territoriales. No se trataba de clasificar la información, sino de reconocer patrones recurrentes en las experiencias narradas, entendiendo que describen condiciones y también revelan formas específicas de relación con el espacio. Un asunto que aparece una y otra vez en los relatos se refiere que el territorio se expande por urgencia y no de manera planificada. No es un crecimiento regulado, es una ocupación progresiva empujada por la necesidad de habitar. Lo que prevalece es la disponibilidad de tierra, no si es adecuada, lo que lleva a que se construya donde “se puede”, aunque desde la lógica institucional sea inviable: “*Las periferias* crecieron sin planificación, empujadas por la necesidad” (E1-LH). El territorio no crece ordenadamente. Se *estira* siguiendo trayectorias de necesidad. No hay periferias claramente delimitadas. Lo que emerge es una espacialidad difusa, donde los bordes del municipio se redefinen todo el tiempo según cómo lo habitan.

Las condiciones materiales de la vivienda significan más que precariedad. Las casas de madera, plástico o zinc no son solo carencia, hacen parte de un proceso de territorialización. Habitar así implica prácticas con las que los sujetos no solo ocupan el espacio, sino que lo producen y le dan sentido: “Las mujeres barren el frente de sus casas como diciendo “aquí vivimos” (E1-LH), delimitar un terreno, levantar una estructura, mantener limpio el frente de la casa: en los relatos, todo eso es afirmación territorial, no es ocupación pasiva. Es producción cotidiana del espacio que ocurre en condiciones de alta vulnerabilidad, pero construye arraigo; como lo afirma Lefebvre (2013), el espacio no es un soporte, es una construcción social que se materializa en prácticas concretas.

Pero estas formas de habitar no ocurren en el vacío. La llegada de migrantes se inscribe en un territorio que ya era precario. Eso genera relaciones complejas. Los testimonios no hablan de integración homogénea ni de conflicto permanente. Hablan de coexistencia marcada por tensiones y solidaridades que se activan según la situación, “casas hechas con plástico y madera, niños jugando en el barro” (E1-LH), la disputa por agua, empleo o atención médica coexiste con el apoyo cotidiano en situaciones donde es necesario compartir la comida o cuidar hijos ajenos. Esta ambivalencia no se reduce a diferencias culturales, responde a condiciones materiales compartidas. Cuando los recursos escasean, la cercanía espacial intensifica la cooperación y la competencia a la vez. Las relaciones son frágiles y necesarias al mismo tiempo. Las tensiones no son

anomalías sino expresiones de cómo se organiza la vida en territorios con desigualdades estructurales (Fraser, 2023).

También se evidencia como se genera una territorialización a partir de las dinámicas económicas. La inserción laboral no ocurre en mercados formales estables, se produce en circuitos de subsistencia atados a las características del territorio. El trabajo con la palma de aceite, el comercio informal, las estrategias más precarias: todo esto no solo permite vivir, también incide en la organización del espacio. Las actividades económicas no pueden entenderse únicamente como respuestas individuales, sino como parte de un sistema más amplio en el que la precariedad se reproduce. El acceso al trabajo, lejos de garantizar estabilidad, suele implicar la inserción en condiciones laborales desiguales, donde la vulnerabilidad se mantiene como una constante. En este sentido, el territorio no solo recibe población, sino que articula formas específicas de incorporación económica que refuerzan ciertas dinámicas de desigualdad.

Más allá de lo material, los relatos demuestran un cambio en las percepciones y en los significados sobre el territorio. Tibú ya no se narra como un espacio delimitado y conocido sino como un lugar en transformación constante, donde la extensión y las características ya no coinciden con lo que se conocía. La frase “Tibú ya no termina donde dice el mapa” no solo describe una expansión física, habla de una reconfiguración en la compresión del espacio. Los límites ya no son administrativos, se definen desde la experiencia cotidiana. El territorio se resignifica con nuevas prácticas, nuevas relaciones, nuevas formas de habitar. Esto es clave: la reconfiguración socioespacial no es solo cambios visibles en infraestructura o uso del suelo. Es una transformación en los marcos de sentido desde los cuales los sujetos interpretan su entorno. Como diría Soja (1997), el espacio tiene múltiples dimensiones.

En conjunto, estas dinámicas muestran que la migración venezolana en Tibú no es solo un fenómeno demográfico, es un proceso más profundo: el territorio se expande por necesidad, se habita desde la precariedad, se disputa en la vida cotidiana, se resignifica constantemente. Las categorías que emergen del análisis no son independientes, se articulan en un entramado complejo que da cuenta de una reconfiguración socioespacial en curso. El aporte no está solo en describir estos cambios, está en interpretar cómo se

producen, se viven y se significan desde las experiencias concretas de quienes habitan el territorio.

Capítulo IV. La marginalidad estructural y producción del espacio migrante en Tibú

El Capítulo IV constituye el núcleo empírico-analítico de la tesis. Su propósito es analizar la relación entre marginalidad estructural, migración y producción del espacio en el municipio de Tibú, mostrando cómo las reconfiguraciones socioespaciales asociadas a la migración venezolana no pueden comprenderse únicamente como resultado del incremento poblacional, sino como expresión de estructuras históricas de exclusión, precarización y desigualdad territorial que anteceden la llegada de la población migrante y que se intensifican con ella.

El capítulo parte de una premisa teórica fundamental: la marginalidad no es una condición accidental, individual o culturalmente atribuible a ciertos grupos. Es una producción social ligada a procesos económicos, políticos y espaciales que operan a múltiples escalas. Desde esta perspectiva, la periferia urbana y los asentamientos informales aparecen no como espacios vacíos de sentido, sino como expresiones concretas de relaciones estructurales de desigualdad que, al mismo tiempo, son escenarios de producción social, apropiación y resistencia.

Teóricamente, el capítulo se apoya en cuatro pilares, Loïc Wacquant (marginalidad avanzada y estigmatización territorial), Henri Lefebvre (producción social del espacio), David Harvey (reorganización espacial del capital) y Nancy Fraser (capitalismo caníbal y crisis de reproducción social). A estos se suma la categoría de **migración** (Guerrero Torrenegra, Visconti Stopello y Clavijo García, 2023), que permite articular migración y marginación como procesos interrelacionados en la producción del espacio.

El capítulo se organiza en cuatro momentos. El primero reconstruye la genealogía del concepto de marginalidad estructural, desde los enfoques clásicos latinoamericanos hasta la marginalidad avanzada de Wacquant (2007b). El segundo desarrolla las categorías analíticas que guían la lectura del territorio: marginalidad como categoría relacional, estigmatización territorial y periferización como violencia simbólica. El tercero conecta el andamiaje teórico con el trabajo empírico en Tibú, analizando los asentamientos informales como espacialización de la exclusión y el trabajo precario como estrategia de sobrevivencia que, paradójicamente, reproduce las condiciones de

marginalidad. Finalmente, el cuarto momento aborda la producción del espacio migrante desde una perspectiva dinámica: nuevas centralidades y periferias, reconfiguración del mercado laboral local, reconfiguración cultural y simbólica del espacio, y tensiones entre población local y migrante.

El capítulo cierra mostrando que la marginalidad estructural en Tibú no es un estado de cosas, sino un proceso dinámico, contradictorio y territorialmente situado, donde la migración no es ni la causa única ni un factor externo, sino un agente de reconfiguración espacial que opera sobre una base ya precarizada.

1. Genealogía de la marginalidad estructural

El concepto de marginalidad surge de las transformaciones del capitalismo y con los intentos por entender las formas de exclusión que produce. En sus primeras versiones, sobre todo en América Latina a mediados del siglo XX, se entendía como falta de integración al desarrollo económico. Lo *marginal* era lo que quedaba fuera de los circuitos formales de producción, en los bordes del crecimiento urbano e industrial. Pero esta lectura fue cuestionada. Los enfoques críticos señalaron que la marginalidad no es una falla del sistema, es una consecuencia directa de su funcionamiento. Así, la marginalidad deja de verse como rezago y se entiende como producción social. Wacquant (2007) introduce la idea de 'marginalidad avanzada' para dar cuenta de formas contemporáneas de exclusión vinculadas a la reestructuración neoliberal. La marginalidad no es ausencia de integración, es inserción subordinada y precaria dentro de un orden económico que produce desigualdad sistemática.

De esta manera, la marginalidad no solo se relaciona con las poblaciones 'al margen', sino con los sujetos cuya existencia está condicionada por desposesión, precarización laboral y debilitamiento del Estado. Safa Barraza (2009) indica que “la marginalidad avanzada combina segregación territorial, estigmatización social y retraimiento del Estado social” (p. 25). La pobreza no solo se concentra, se reproduce, Fraser (2023) amplía la discusión, al señalar que el 'capitalismo caníbal' no solo genera desigualdad, también erosiona las bases mismas de la vida social. De esta forma, la marginalidad no se entiende de manera aislada, se concibe como parte de una lógica

estructural que articula explotación económica, desposesión social y deterioro institucional.

En esta línea de análisis, se hace presente la dimensión espacial que participa activamente en la reproducción de la exclusión. La marginalidad no solo se ve en indicadores socioeconómicos, se materializa en configuraciones espaciales concretas: periferias, asentamientos informales, territorios fragmentados. El espacio no es un contenedor, es parte constitutiva de la exclusión.

Esta relación entre marginalidad y espacialidad es clave para comprender contextos como Tibú. Allí, lo que en principio podría leerse como precariedad, viviendas informales, acceso limitado a servicios, empleo inestable se revela más bien como la expresión localizada de procesos estructurales más amplios. La evidencia empírica refuerza esta lectura: “Recuerdo ver mujeres con niños en brazos, hombres cansados, gente empapada por la lluvia. Llegaban con miedo, con hambre... y mientras tanto, el territorio seguía siendo el mismo: caminos de tierra, poca oferta, pocas respuestas” (E1-LH). Este testimonio no solo describe dificultades, muestra la coexistencia entre movilidad humana y un territorio que ya era precario. La marginalidad no empieza con la migración, se reconfigura con ella.

La genealogía de la marginalidad estructural muestra un tránsito de interpretaciones descriptivas a enfoques que la entienden como resultado de procesos históricos concretos. De esta manera, la marginalidad no se lee como una anomalía, sino como parte constitutiva del orden socioespacial contemporáneo. En Tibú, esta perspectiva es clave, las condiciones actuales no son excepcionales, son parte de una lógica más amplia de producción desigual del espacio.

1.1. De la marginalidad clásica a la marginalidad avanzada

En gran parte de las ciencias sociales latinoamericanas de las décadas de 1960 y 1970, la marginalidad clásica se entendía como falta de integración a los procesos de modernización, industrialización y urbanización (Singer, 1976). Lo marginal era lo que quedaba por fuera del desarrollo: periferias urbanas, trabajadores informales, asentamientos precarios, excluidos del crecimiento económico. Pero esta visión resultó insuficiente ya que presentaba la marginalidad como rezago, como una anomalía temporal

que se resolvería incorporando a las sociedades al mercado, al Estado o a la ciudad formal. La marginalidad avanzada cuestiona esa idea. Wacquant (2007a), menciona que la marginalidad no es residual ni transitoria, sino una forma contemporánea de relegación producida por transformaciones estructurales del capitalismo urbano que genera “formas de pobreza que no son residuales, cíclicas ni de transición” (Wacquant, 2007a, p. 194) que están inscritas en las sociedades por la desintegración del trabajo asalariado, la desconexión de barrios relegados y la reconfiguración del Estado benefactor.

La precariedad no es solo carencia local, sino una forma de organización desigual del territorio. La marginalidad implica producir vida en condiciones de abandono institucional, informalidad laboral y fragilidad material. El testimonio de un entrevistado lo resume: “Yo crecí viendo cómo la gente se las arreglaba con poco” (E1-LH). Esta frase no describe una situación excepcional, sino una forma histórica de sobrevivencia donde la precariedad se ha vuelto cotidiana.

La marginalidad avanzada tiene una dimensión territorial clave. Siguiendo a Wacquant (2007a), la marginalidad no se dispersa en las zonas obreras, tiende a concentrarse en “territorios aislados y delimitados”, vistos como espacios degradados o penalizados. Es periferización material y simbólica, asentamientos informales, caminos de tierra, casas de plástico y madera, agua irregular, servicios precarios, lejos de la ciudad formal. Lutz (2013) retoma a Wacquant (2007a), para hablar del gobierno neoliberal de la pobreza. El Estado contemporáneo combate la pobreza penalizando las conductas de los sectores con menos recursos son normalizadas, vigiladas o castigadas. La marginalidad no solo se produce por ausencia estatal, también por formas selectivas de presencia. El Estado puede estar ausente en servicios, pero presente en regulación y control.

En Tibú, esta contradicción aparece cuando las personas narran la falta de servicios básicos y la sensación de estar por fuera de la ciudad formal estas expresiones muestran que la marginalidad no es únicamente económica, sino también institucional y espacial. No se trata solo de bajos ingresos, sino de vivir en territorios donde los derechos llegan de manera incompleta, intermitente o desigual.

La diferencia entre marginalidad clásica y marginalidad avanzada, entonces, no es solo conceptual. Mientras la primera podía entenderse como exclusión parcial de los procesos de modernización, la segunda permite ver cómo la exclusión se produce dentro del propio funcionamiento contemporáneo del Estado, el mercado y el territorio. La pobreza no está simplemente “afuera”; está integrada de manera subordinada a economías precarias, mercados laborales inestables y espacios urbanos fragmentados. Aquí hay inserción laboral, pero no superación de la marginalidad; hay trabajo, pero bajo condiciones que reproducen precariedad.

Para la presente investigación, la marginalidad avanzada se toma como una categoría que permite leer procesos situados. En Tibú, la marginalidad se expresa en la relación entre pobreza histórica, frontera, informalidad laboral, migración venezolana y producción desigual del espacio. No todos los sujetos viven la marginalidad de la misma manera, pero muchos comparten un territorio donde la supervivencia cotidiana reemplaza a la garantía plena de derechos: “Es que aquí la vida es dura pa’ todos. Cuando llueve y se va la luz, uno escucha a los niños llorar, las casas goteando, y ahí no hay nacionalidad que valga, todos estamos igual” (E2-PL).

Abordar la marginalidad avanzada permite ampliar el análisis sobre Tibú. La pregunta ya no es solo quién está excluido, sino cómo se produce esa exclusión, dónde se localiza, qué instituciones la sostienen, qué economías la reproducen, qué formas de habitar emergen. La marginalidad no es una condición individual de los migrantes, es una estructura territorial que articula pobreza, precariedad, frontera y producción desigual del espacio.

1.2. Wacquant y la producción territorial de la exclusión

Wacquant (2007a), es clave para entender que la marginalidad contemporánea no es solo social, también es territorial. Su propuesta no se queda en describir pobreza, permite analizar cómo la pobreza se produce, se concentra y se estabiliza en espacios concretos. La exclusión no es difusa ni homogénea. Se materializa en territorios que adquieren significados sociales particulares. Wacquant (2007a), señala que en el capitalismo avanzado emerge una relegación que combina segregación espacial, precarización laboral y estigmatización simbólica. Estos territorios no son solo pobres, son construidos socialmente como espacios 'problemáticos', asociados a criminalidad,

informalidad o desorden. Esa construcción no es neutral: limita oportunidades, refuerza desigualdades, legitima intervenciones selectivas del Estado.

Desde esta perspectiva, se puede entender que la estigmatización territorial no se trata solo de vivir en condiciones precarias, también de ser identificado socialmente por el lugar que se habita. El territorio se vuelve una marca, un signo de clasificación. Wacquant (2007a), argumenta que estos espacios se perciben como “zonas de relegación” que concentran poblaciones consideradas indeseables o sobrantes. La exclusión opera tanto por la economía como por procesos simbólicos que inciden en el reconocimiento de los sujetos.

En Tibú, los asentamientos informales, la expansión sin planificación y la precariedad de servicios configuran lo que podríamos llamar “periferias internas”: territorios que, aunque están dentro del municipio, son percibidos por el Estado, las instituciones y otros sectores de la población como espacios marginales, asociados a la informalidad, el desorden o el peligro. Estas condiciones no solo afectan la vida material de sus habitantes (acceso precario a agua, luz, salud, educación), sino también su posición social, quedan relegados a una categoría de “ciudadanos de segunda”, fuera de los circuitos de reconocimiento institucional y de las oportunidades que ofrece la ciudad formal. Un testimonio lo expresa con claridad, “Eso genera aún más vulnerabilidad que no es solo material, sino también simbólica, porque esas personas quedan por fuera de la ciudad formal” (E1-LH). Aquí se revela la doble dimensión de la exclusión, por un lado, la falta objetiva de servicios; por otro, la exclusión simbólica, es decir, no ser reconocido como parte legítima del espacio urbano. No se trata solo de vivir en la periferia, sino de estar fuera de los marcos de reconocimiento del Estado y de la sociedad.

Safa Barraza (2009) ayuda a profundizar cómo Wacquant (2007b), articula territorio y desigualdad. La marginalidad avanzada implica “concentración espacial de la pobreza acompañada de estigmatización social” (p. 25), lo que genera una reproducción territorial de la exclusión. Para el caso de Tibú, la expansión del territorio no es integración, sino fragmentación.

La producción territorial de la exclusión no se entiende sin el Estado. El Estado no desaparece; interviene de manera diferencial: ausente en la garantía de derechos

básicos (salud, educación, vivienda, servicios públicos), pero presente en mecanismos de control y regulación de la pobreza. Lutz (2013), retomando a Wacquant (2007a), señala que el neoliberalismo no elimina la acción estatal, sino que la reorienta hacia la regulación de la pobreza, mediante vigilancia, disciplina y penalización. La exclusión no es solo abandono: es una forma específica de gestionar poblaciones.

En Tibú, esa selectividad se encuentra en territorios con baja presencia institucional en servicios, pero con dinámicas de control ejercidas por distintos actores lo cual genera regulación de la movilidad, acceso desigual a recursos e informalidad en la ocupación del suelo, situaciones que evidencian que el territorio no es homogéneo, por lo contrario, es segmentado.

“Caminos que antes eran trochas ahora son calles llenas de casas. El barro ya no es solo del campo, es parte de la vida urbana. Tibú se expandió sin orden, siguiendo la lógica de la supervivencia” (E1-LH). Este testimonio permite observar cómo la producción territorial de la exclusión no solo implica concentración de pobreza, sino también transformación del espacio. La expansión urbana no responde a planificación, sino a necesidades inmediatas, lo que refuerza la fragmentación territorial.

La producción territorial de la exclusión muestra que la marginalidad, además de ser una condición social, es una forma de organización del espacio que, para el caso de Tibú, se expresa en territorios donde la precariedad, la estigmatización y la desigualdad no solo coexisten, sino que se refuerzan entre sí.

1.3.Estado, mercado y penalización de la pobreza

El análisis de la marginalidad estructural no se reduce a la descripción de las condiciones sociales o territoriales. Involucra las relaciones entre el Estado, el mercado y los mecanismos con que se gestiona y regula a las poblaciones vulnerables hoy. Lutz (2013) menciona que el Estado neoliberal “no desaparece, sino que se reorienta hacia el castigo y la vigilancia de los sectores excluidos” (p. 180). La marginalidad se produce tanto por precarización económica como por formas específicas de intervención institucional que regulan la vida en condiciones de vulnerabilidad.

Desde este enfoque se comprende que la relación entre Estado y pobreza no es pasiva ni neutral. La ausencia de servicios, la informalidad en el acceso a derechos y la debilidad institucional no son únicamente fallas del sistema, sino parte de una configuración más amplia en la que ciertos territorios quedan estructuralmente relegados. En este sentido, la marginalidad no es simplemente el resultado de lo que el Estado no hace, sino también de lo que hace de manera selectiva. En Tibú esa selectividad se ve claramente. La falta de servicios básicos es constante, como muestra este relato, “Es que aquí la vida es dura pa’ todos. Cuando llueve y se va la luz... ahí no hay nacionalidad que valga, todos estamos igual” (E2-PL). Esta frase no solo refleja precariedad, habla de una organización territorial donde el acceso a derechos no es equitativo.

La precarización no es un efecto colateral sino un componente estructural. Esto se evidencia en la relación entre mercado laboral y marginalidad. En Tibú, poseer trabajo no implica una integración social sino la participación en economías precarias que reproducen vulnerabilidad, “Muchos migrantes aceptan esas condiciones porque no hay más” (E1-LH). La disponibilidad de trabajo no garantiza condiciones dignas, sino que muchas veces consolida formas de explotación que se sostienen precisamente en la vulnerabilidad de la población.

También están las economías informales y las estrategias de sobrevivencia. La necesidad de generar ingresos en contextos de escasez lleva a diversificar actividades, algunas muy precarizadas o estigmatizadas, “por otro lado muchas mujeres también deben ejercer sexo por supervivencia...” (E1-LH). Este tipo de prácticas no puede entenderse únicamente como decisiones individuales, sino como respuestas a un entorno estructural donde las opciones son limitadas. La marginalidad, en este sentido, no se expresa solo en la falta de ingresos, sino en la restricción de posibilidades.

La articulación entre Estado, mercado y territorio produce una marginalidad donde la pobreza no solo se relaciona con lo monetario, adquiere una dimensión estructural al estar relacionada con el acceso desigual a servicios, el trabajo precario, la estigmatización y la fragmentación territorial. Estas dimensiones no operan aisladas, se refuerzan mutuamente, haciendo que la exclusión se reproduzca. En Tibú, esto adquiere características particulares por ser frontera y al materializarse el control, la movilidad, y la regulación. La coexistencia de actores diversos, la informalidad en la ocupación, la

presión sobre recursos; todo esto hace que la marginalidad no solo se mantenga, sino que se transforme. Lo que emerge no es solo una descripción de la pobreza es una forma de organización social y territorial donde Estado, mercado y población interactúan en condiciones profundamente desiguales. La marginalidad estructural es el resultado de esas interacciones, no una condición aislada o excepcional.

2. Marginalidad estructural

Hablar de marginalidad estructural en Tibú exige identificar tanto las carencias, la falta de servicios, el trabajo precario y la informalidad, como las condiciones se las producen, las articulan y las estabilizan en el tiempo como parte de una forma específica de organización del territorio, análisis que permite comprender la marginalidad como una condición que estructura la vida cotidiana. En Tibú, las estrategias de sobrevivencia no son respuestas ocasionales sino prácticas históricamente sedimentadas, así por ejemplo la escasez no es un evento, es un marco constante y la marginalidad no está en los límites del sistema sino en su funcionamiento cotidiano.

Desde la perspectiva Wacquant (2007a), estos procesos se entienden como relegación estructural donde amplios sectores quedan insertos en circuitos que no garantizan estabilidad ni integración plena. No es exclusión absoluta sino inclusión subordinada, marcada por precariedad e incertidumbre, Esta distinción es clave para no reducir la marginalidad a simple ausencia de participación. En Tibú, esa inclusión subordinada se materializa en las múltiples formas de trabajo, las cuales permiten sobrevivir, pero no cambian las condiciones estructurales.

Actividades como el trabajo en los cultivos de palma, el jornal o el comercio informal comparten rasgos comunes, inestabilidad, bajos ingresos y ausencia de protección social. No garantizan un ingreso fijo ni permiten acumular recursos para salir de la precariedad. Como dice una entrevistada, “Mi marido se va de jornalero... he vendido empanadas, jugo, lo que sea” (E2-PL). La frase “lo que sea” revela la necesidad de combinar múltiples actividades para llegar a fin de mes, sin que ninguna de ellas ofrezca estabilidad. Aquí, el trabajo no aparece como mecanismo de movilidad social, sino como una estrategia de sostenimiento dentro de un entorno limitado. La marginalidad no se rompe con el empleo; en muchos casos, se reproduce a través de él.

Esta misma inclusión subordinada se intensifica con la escasez de servicios básicos. El agua, la luz y la salud no se perciben como derechos garantizados, sino como recursos intermitentes, mal distribuidos o improvisados. Como lo relata un entrevistado: “El agua a veces llega por mangueras... la luz se va mucho” (E3-M). Esta experiencia no solo refleja precariedad material. También revela una forma de organización territorial donde la provisión de servicios no sigue una lógica de cobertura universal, sino que opera de manera fragmentada. La marginalidad, en este sentido, no es solo económica; es también infraestructural e institucional.

Es importante precisar que, aunque retomo conceptualmente a Wacquant, (2007a), el contexto de Tibú no es el de una metrópoli neoliberal del Norte Global. Por eso, en esta investigación utilizo la categoría de marginalidad estructural como un paraguas analítico que incluye la noción wacquantiana de marginalidad avanzada, pero la adapta a un escenario rural-fronterizo latinoamericano. Cuando hablo de marginalidad avanzada, me refiero a las herramientas específicas de Wacquant (2007a): segregación, estigmatización, retraimiento del Estado social; cuando hablo de marginalidad estructural, aludo a un fenómeno más amplio de producción desigual del espacio en contextos de capitalismo periférico, conflicto armado y frontera.

Hay una dimensión que suele pasarse por alto, la naturalización de estas condiciones. Resolver con lo que hay, adaptarse, improvisar, la repetición normaliza la precariedad. No es que la gente acepte sin cuestionar, sino que la escasez se vuelve parte de lo esperable. Como dice otro entrevistado: “Uno aprende a vivir con eso, pero no es vida fácil” (E3-M). Esta frase condensa una tensión importante: adaptación sin resignación plena. La marginalidad no elimina la capacidad de agencia, pero sí delimita el horizonte de posibilidades.

La llegada de migrantes venezolanos añade una capa más, por lo tanto, el fenómeno migratorio no se concibe como una ruptura sino como una superposición de vulnerabilidades. La marginalidad estructural no la produce la migración, pero la migración la hace más visible, densa y conflictiva. Es decir, existe una base estructural previa sobre la que se insertan nuevos actores, generando reconfiguraciones.

La marginalidad estructural es entonces un entramado de condiciones entre las que se encuentran la precariedad económica, el acceso desigual a servicios, el trabajo inestable y las formas específicas de habitar. Estas condiciones no operan aisladas. Se entrelazan en la vida cotidiana, haciendo de la supervivencia el principio organizador. Desde la geografía crítica, estas dinámicas no solo corresponden a un componente de relaciones sociales, la dimensión espacial es fundamental para comprenderlas. La marginalidad no solo se experimenta, se materializa en el territorio, en las viviendas, en el acceso a los servicios, en la expansión de los asentamientos. En Tibú, el territorio crece y se organiza sin orden, siguiendo la lógica de la supervivencia. La expansión no responde a planificación, sino a necesidad. Así, el municipio no se proyecta, se improvisa y gracias a esta condición la marginalidad se reproduce.

Con lo anterior se logra evidenciar que la marginalidad estructural, más que una condición estática, es un proceso en constante movimiento desde el cual no solo se describe unas circunstancias, sino que se comprende cómo se producen ciertas condiciones, cómo se mantienen y cómo se transforman en interacción con nuevos actores, como la población migrante.

2.1. Marginalidad como categoría relacional

Lo marginal no se define por características de quienes lo habitan, sino por las relaciones sociales, económicas y espaciales que producen y sostienen esa condición. Dicho de otro modo, la marginalidad no está en los sujetos ni en los lugares, sino en la posición que ocupan dentro de una estructura más amplia.

Esta forma de entender la marginalidad ayuda a evitar lecturas que naturalizan la pobreza, es decir, que la presentan como un rasgo inherente a ciertos territorios o poblaciones. Naturalizar la pobreza tiene consecuencias políticas: desvía la atención de las relaciones de poder que la producen y legitima intervenciones asistencialistas que no transforman las causas estructurales. En Tibú, esta advertencia es clave. No basta con describir la informalidad, la escasa cobertura de servicios o las formas precarias de empleo. Hay que analizar las relaciones sociales, económicas y políticas que producen esas condiciones. La marginalidad no es un atributo del territorio; es el resultado de procesos históricos y estructurales. La evidencia empírica problematiza las lecturas que atribuyen la marginalidad a los migrantes o al lugar. Algunas entrevistas señalan

precisamente esta dimensión relacional, la migración no llega a un territorio vacío, sino a uno que ya era precario.

Desde la perspectiva de Wacquant (2007a), la marginalidad avanzada no se entiende de manera aislada. Es fundamental relacionarla con procesos más amplios de reorganización del capitalismo y del Estado lo que en esta investigación denominamos *marginalidad estructural*. La relegación territorial no es accidental, es el resultado de transformaciones estructurales que producen desigualdades espaciales. La marginalidad se define en relación con otras formas de organización: centros y periferias, inclusión y exclusión, formalidad e informalidad.

Esta dimensión relacional también se materializa en la interacción de distintos grupos que comparten y se disputan el territorio. En Tibú, la coexistencia entre locales y migrantes no separa claramente a incluidos y a excluidos, superpone vulnerabilidades. Bajo esta perspectiva, se logra cuestionar la idea de que la marginalidad puede ser atribuida a un grupo específico, en su lugar, se observa es una estructura territorial en la que distintos actores se encuentran posicionados de manera desigual, pero dentro de un mismo entramado de precariedad.

En este sentido Fraser (2023) indica que las formas contemporáneas de desigualdad no se explican solo por la economía, implican una articulación entre explotación, desposesión y exclusión social. La marginalidad no es solo cuestión de ingresos, es acceso desigual a recursos, reconocimiento y participación en la vida social. Esta articulación se ve en las tensiones del territorio. La competencia por recursos limitado, por el empleo o por cierto tipo de ayudas, es expresión de una estructura donde las condiciones de vida están mediadas por relaciones desiguales, “Es una relación atravesada por la necesidad” (E1-LH). La necesidad, en este caso, no es una experiencia individual, sino una condición compartida que estructura las relaciones sociales. La marginalidad, entonces, no separa completamente a unos de otros, sino que los vincula en un contexto de recursos escasos y oportunidades limitadas.

Las relaciones de marginalidad se materializan territorialmente en asentamientos, infraestructuras precarias, distribución desigual de servicios. En Tibú, estas configuraciones no son homogéneas, existen diferencias internas, grados de precariedad

y zonas con más o menos acceso a recursos. La marginalidad no es uniforme, es más bien una posición relativa dentro de un campo más amplio de relaciones sociales y espaciales. Con lo anterior se refuerza la tesis de que, entender la marginalidad estructural como categoría relacional, permite captar su complejidad. No se trata de identificar quiénes son marginales sino de analizar cómo se producen esas posiciones, qué relaciones las sostienen, cómo se transforman en contextos específicos. En Tibú, la marginalidad no es un atributo fijo del territorio, es una dinámica que se reconfigura constantemente en la interacción entre actores, prácticas y estructuras.

2.2. Estigmatización territorial

La marginalidad no es solo material, también se inscribe en la manera como se percibe, clasifica y valora socialmente el territorio. La estigmatización territorial ayuda a entender cómo ciertos espacios no solo concentran precariedad, sino que son vistos, nombrados y vividos como lugares *otros*, marcados por la diferencia, el abandono o el riesgo. Wacquant (2007a) señala que en contextos de marginalidad avanzada el territorio se convierte en un “vector de deshonra”. Los lugares adquieren una carga simbólica negativa que recae sobre quienes los habitan. Esta marca no es solo es un atributo externo impuesta por instituciones o medios, también se reproduce en prácticas cotidianas, en interacciones sociales, en formas de autorrepresentación.

Desde que se entra al municipio, el espacio se lee a través de señales que crean una atmósfera particular. Las pintas en los muros, los controles informales, la necesidad de llevar identificación, los monocultivos que se repiten: todo produce una sensación de orden impuesto y vigilancia difusa. Según las observaciones registradas en los diarios de campo, “Estas inscripciones funcionan como mensajes silenciosos de control territorial. No anuncian violencia de forma directa, pero recuerdan constantemente quién regula el paso” (10 de noviembre, 2025) El territorio no necesita explicitar su condición, la sugiere, la deja devela en fragmentos.

La estigmatización no es solo discurso, es experiencia que se intensifica en los asentamientos, en la materialidad de las viviendas, en la falta de infraestructura, en la localización periférica, todo esto configura lugares que quedan fuera de lo demarcado administrativamente, No es solo pobreza material. Es una forma de distancia simbólica, los habitantes de estos territorios no solo viven lejos de los servicios, sino que son

percibidos y tratados como si estuvieran por fuera de la ciudad legítima. No pertenecen del todo. Su lugar de residencia los marca, los clasifica, los excluye incluso antes de que hablen.

Sin embargo, la estigmatización territorial no es unidireccional, no solo se impone desde fuera, también se negocia, se resiste, se resignifica. En el diario de campo queda consignado que, incluso en la precariedad, hay formas de apropiación que tensionan esa lectura. La consolidación de los asentamientos, la construcción de espacios comunitarios, la organización cotidiana, todo introduce otros significados: “Las casas muestran signos de consolidación... no son mejoras estéticas, son estrategias de permanencia” (24 de noviembre 2025). Estos procesos no eliminan la estigmatización, pero la complejizan.

La estigmatización también se articula con prácticas institucionales y económicas. En el centro de salud de Tibú, por ejemplo, la convivencia entre locales y migrantes ocurre en un marco donde las diferencias no siempre se ven, pero operan en el acceso, la percepción, la legitimidad. La saturación del sistema no es exclusión explícita, pero genera tensiones que refuerzan representaciones diferenciadas sobre quién 'carga' el sistema y quién 'pertenece'. En paralelo, la economía cotidiana introduce otras formas de clasificación más sutiles. La concentración de población migrante en ciertos trabajos, la localización de sus actividades en zonas específicas y la visibilidad de sus prácticas económicas contribuyen a asociar ciertos espacios con determinados grupos. Estas asociaciones no siempre son verbalizadas, pero operan en la práctica, delimitando fronteras simbólicas dentro del mismo territorio.

Pero reducir estas dinámicas solo a la estigmatización sería simplificar. Las relaciones están mediadas por ambivalencias. La convivencia no es solo conflictiva ni solo solidaria, fluctúa según las condiciones concretas. Esta coexistencia introduce matices importantes, por lo tanto, la estigmatización no elimina la interacción, pero sí la condiciona; las relaciones se construyen en un terreno donde la cercanía espacial no implica igualdad, y donde la necesidad puede generar tantos vínculos como tensiones.

Desde la perspectiva de la geografía crítica, Lefebvre (2013) indica que “el espacio no solo refleja relaciones sociales, sino que participa en su configuración” (p. 129). La estigmatización territorial no es un añadido a la marginalidad. Es parte

constitutiva de ella En Tibú, ciertos lugares concentran condiciones materiales precarias y significados sociales que los posicionan en una jerarquía territorial. Me refiero, por ejemplo, a los asentamientos informales que surgieron o se expandieron entre 2015 y 2023 en la periferia del casco urbano (ver mapa 3), sectores que no aparecen delimitados en la cartografía oficial (ver mapa 1) y que, carecen de servicios públicos garantizados (ver mapa 4). La ocupación progresiva de estos territorios es visible en las imágenes satelitales (mapas 5, 6 y 7), donde se aprecia cómo áreas que en 2015 eran suelo no urbanizado se fueron densificando hacia 2023. Estos lugares no solo concentran pobreza material; también son percibidos socialmente como espacios marginales: “por fuera de la ciudad formal”, como señaló un entrevistado (E1-LH). Pero esos significados no son estáticos. Se transforman con el tiempo a partir de la llegada de nuevos actores y de las prácticas cotidianas que allí se desarrollan.

El diario de campo muestra que incluso en espacios de precariedad emergen sentidos de pertenencia que desafían la mirada externa. En uno de los últimos registros aparece una afirmación que marca un giro: “Aquí estamos, aquí seguimos” (28 de noviembre). No es una frase grandilocuente, por lo contrario, es breve y cotidiana, pero en ella se condensa un desplazamiento, el territorio deja de ser solo tránsito o necesidad y empieza a ser también permanencia.

2.3. Periferización y violencia simbólica

La periferización no es solo estar lejos del centro. Es un proceso mediante el cual ciertos territorios se producen y se mantienen en desventaja estructural. No se trata solo de distancia física, es una relación desigual respecto al acceso a los recursos, los servicios, la infraestructura y el reconocimiento institucional. En Tibú, la periferia no es producto de una planificación que expulsa a la población, es una expansión progresiva guiada por la necesidad. Los asentamientos no nacen como extensión ordenada, nacen como respuesta inmediata a la urgencia de habitar. La periferia no se diseña, se improvisa, se ocupa, se adapta.

El diario de campo registra esta lógica en la materialidad del territorio. Los asentamientos crecen en zonas que no estaban destinadas a vivienda, sin delimitaciones claras ni infraestructura básica, “Las viviendas están construidas con madera, tejas de metal y poli sombra. Las calles no están pavimentadas ni delimitadas; son trazos de tierra

marcados por el uso” (12 de noviembre). El espacio no sigue un orden urbano sino prácticas cotidianas de ocupación. La periferia se construye en el uso, en el tránsito repetido, en la necesidad de permanecer.

La periferización está atada a la marginalidad estructural, pero añade una dimensión espacial más precisa, no todos los territorios de Tibú viven las mismas condiciones. La desigualdad se distribuye territorialmente, creando zonas donde la precariedad se concentra y se hace más visible. Pero reducir la periferización a un problema de infraestructura no es suficiente, se relaciona también con la violencia simbólica, menos evidente pero igualmente estructurante. Bourdieu (1991) plantea que “la violencia simbólica no se impone por la fuerza directa, opera a través de esquemas de percepción que hacen que ciertas desigualdades se vean como naturales o inevitables (p. 170)”. En Tibú, esa violencia se expresa en cómo la precariedad se integra a la vida cotidiana hasta volverse parte de lo esperable. La falta de servicios, la inestabilidad de las viviendas o las dificultades de movilidad, no son anomalías, son parte del entorno habitual.

La periferización también se hace evidente en el cuerpo. No es solo una categoría analítica, es una experiencia física. En el diario de campo se registra cómo el moverse entre la periferia y el centro implica esfuerzo constante y desgastante al estar expuesto a las condiciones atmosféricas o al depender de medios de transporte informales. El 26 de noviembre del 2025 escribí: “Caminar por la periferia implica esfuerzo físico constante... la falta de infraestructura obliga a que la movilidad dependa del cuerpo”. La distancia no se mide solo en kilómetros, también en los niveles de cansancio, en los tiempos de desplazamiento y en las dificultades de movilidad. Acceder al servicio de salud, a un trabajo o a zonas comerciales exige inversión corporal, convirtiéndose en otra capa de desigualdad.

Sin embargo, es importante considerar una dimensión menos visible pero igual de importante, la manera cómo estas condiciones estructuran las expectativas de vida. La periferia no solo limita el acceso a recursos, también condiciona la posibilidad de proyectarse en el tiempo, la incertidumbre económica, el trabajo informal o la vivienda inestable, son circunstancias que hacen que el futuro sea difícil de planificar. Las entrevistas muestran cómo las estrategias de sobrevivencia están ancladas en el presente

inmediato, “vamos viendo qué sale hoy” (E2-PL). El futuro no se puede planificar cuando todo es incierto. Estas expresiones no son simples formas de hablar; condensan una temporalidad marcada por la inmediatez, donde la planificación a largo plazo pierde viabilidad.

Pero la periferización no es aislamiento total, se evidencian conexiones constantes entre el centro y la periferia como por ejemplo los desplazamientos diarios, las relaciones económicas o el acceso a servicios. No obstante, esta conexión es asimétrica, la periferia depende del centro, pero su población no accede a las mismas condiciones. Esta diferenciación se hace visible en espacios como el centro de salud, donde confluyen poblaciones de distintos sectores bajo condiciones de saturación. La periferia llega al centro, pero no se integra completamente en él, por lo que las desigualdades no desaparecen; se reorganizan en el encuentro.

A pesar de estas condiciones, la periferia no puede ser leída únicamente como espacio de carencia. En los registros del diario de campo se muestra que, incluso en estos contextos, emergen formas de organización, apropiación y sentido de comunidad: “El asentamiento funciona como una pequeña comunidad, aunque sin reconocimiento formal” (24 de noviembre, 2025) esto introduce una tensión, la periferia es, al mismo tiempo, espacio de exclusión y de construcción social. No es un vacío sino un territorio en disputa, donde se producen formas de vida que no encajan en las categorías formales del Estado o del mercado. La periferia no se asume como espacio pasivo, sino como una producción de condiciones desiguales, mediada por prácticas de sobrevivencia, adaptación y apropiación. Y es aquí donde la violencia simbólica no elimina esas prácticas, las enmarca dentro de un orden donde ciertas formas de vida quedan sistemáticamente desvalorizadas.

3. Migración y marginalidad estructural en Tibú

Hay que evitar una lectura sencilla que haga de la migración el origen de la precariedad en Tibú. El análisis muestra algo más complejo: la migración se inserta en un territorio ya configurado por desigualdades históricas, limitaciones estructurales y formas específicas de organización socioespacial. La marginalidad no es consecuencia de la migración. Es una condición preexistente que se tensiona, se intensifica y se reconfigura con la llegada de nuevos actores. Esta distinción es clave, desplaza la mirada de

explicaciones que culpan al migrante hacia una comprensión más amplia de las dinámicas estructurales que producen y sostienen la precariedad. Wacquant (2007a), ayuda a entender esto como “territorios de relegación” (p. 194), en los cuales la marginalidad no es un hecho aislado sino una forma de organización social donde distintos grupos comparten vulnerabilidad, aunque no de la misma manera. La llegada de migrantes no introduce una lógica nueva, se inserta en circuitos de precariedad que ya existían.

Pero esa inserción no es neutra, la migración no genera marginalidad de la nada, pero redistribuye presiones sobre recursos, servicios y oportunidades. Aquí aparece una relación importante, la marginalidad estructural no se explica únicamente por la escasez, sino por la manera en que esa escasez es gestionada y distribuida. La llegada de nuevos actores hace más evidente la fragilidad de las infraestructuras existentes, pero no es su causa originaria.

En el territorio de Tibú, uno de los efectos más visibles es la expansión de asentamientos informales. La necesidad de habitar se resuelve ocupando espacios no planificados. En el diario de campo se registra: “Donde antes había monte, ahora hay casas... los caminos se hicieron con los pies de la gente” (12 de noviembre, 2025). Esta transformación no sigue una planificación urbana sino la urgencia de permanecer. La migración no es solo desplazamiento, es producción de espacio. Los asentamientos no son solo resultado de la marginalidad, son formas activas de reorganización territorial.

En lo económico, la relación entre migración y marginalidad se ve en la inserción laboral. Los migrantes no crean nuevos sectores económicos, se integran en los ya existentes, principalmente en los que se consideran como precarios. El cultivo de la palma de aceite es un ejemplo: “La palma de aceite es clave. Muchos migrantes encuentran trabajo allí” (E1-LH). Pero tener trabajo no significa mejorar la vida, por el contrario, refuerza la explotación laboral. Como dice el mismo entrevistado: “Eso mantiene la economía, pero también reproduce precariedad laboral” (E1-LH). La migración no solo es vulnerabilidad; también es trabajo, circulación, dinamización económica. Pero esta dinamización ocurre bajo condiciones desiguales, donde la necesidad limita la capacidad de negociación de quienes ingresan al mercado laboral. Más complejo aún, en contextos de escasez emergen prácticas de sobrevivencia altamente precarizadas. Algunas mujeres, por ejemplo, recurren al trabajo sexual por necesidad.

En lo social, la relación entre locales y migrantes no es una oposición simple. Es una interacción compleja atravesada por solidaridad, competencia y necesidad. No se trata solo de cambios visibles, sino de cómo se viven, el territorio cambió desde la urgencia. No fue un crecimiento ordenado. Es así como la transformación del territorio no sigue una lógica de desarrollo sino de sobrevivencia. Como ya se ha mencionado, la marginalidad estructural no se interrumpe con la migración, se reorganiza. No hay una relación lineal entre migración y marginalidad, existe un entramado de relaciones donde ambas se articulan dinámicamente. La migración intensifica tensiones, redistribuye recursos, modifica el espacio, transforma relaciones, pero todo eso ocurre sobre una base estructural que ya condicionaba la vida en el territorio.

3.1. Asentamientos informales como especialización de la exclusión

Los asentamientos informales en Tibú no son solo viviendas precarias ni crecimiento espontáneo. Su existencia y expansión responden a una articulación más compleja entre necesidad, ausencia del Estado y producción desigual del espacio. Son una de las formas más visibles de cómo la marginalidad estructural se materializa en el territorio. En este sentido, establecer una especialización de la exclusión es reconocer que la desigualdad no solo está en los sujetos, se inscribe en el territorio creando espacios diferenciados en acceso, condiciones de vida y reconocimiento. En Tibú, esa diferenciación viene de procesos acumulativos de precarización que producen territorios específicos donde la vida se organiza de otra manera.

El diario de campo muestra este proceso en concreto, los asentamientos no siguen una planificación, se reconfiguran de manera progresiva como espacios disponibles, muchas veces no aptos para vivienda: “Los caminos no están delimitados... son trazos de tierra marcados por el paso constante de las personas” (12 de noviembre, 2025). Esta descripción no es solo física, habla de un territorio que se construye en el uso: la infraestructura no antecede a la vida, emerge de ella; la calle no se diseña, se vuelve calle cuando se transita; la vivienda no se entrega, se construye con lo disponible. En el caso de Tibú, los asentamientos informales son precisamente eso, el resultado de prácticas sociales que, ante la ausencia de alternativas, producen formas concretas de habitar el territorio. Pero esta producción del espacio no ocurre en igualdad de condiciones. La informalidad no es una elección libre sino una respuesta a la falta de acceso a suelo

formal, servicios y vivienda digna. Los asentamientos no son “otra forma de ciudad”, son expresión de la exclusión estructural.

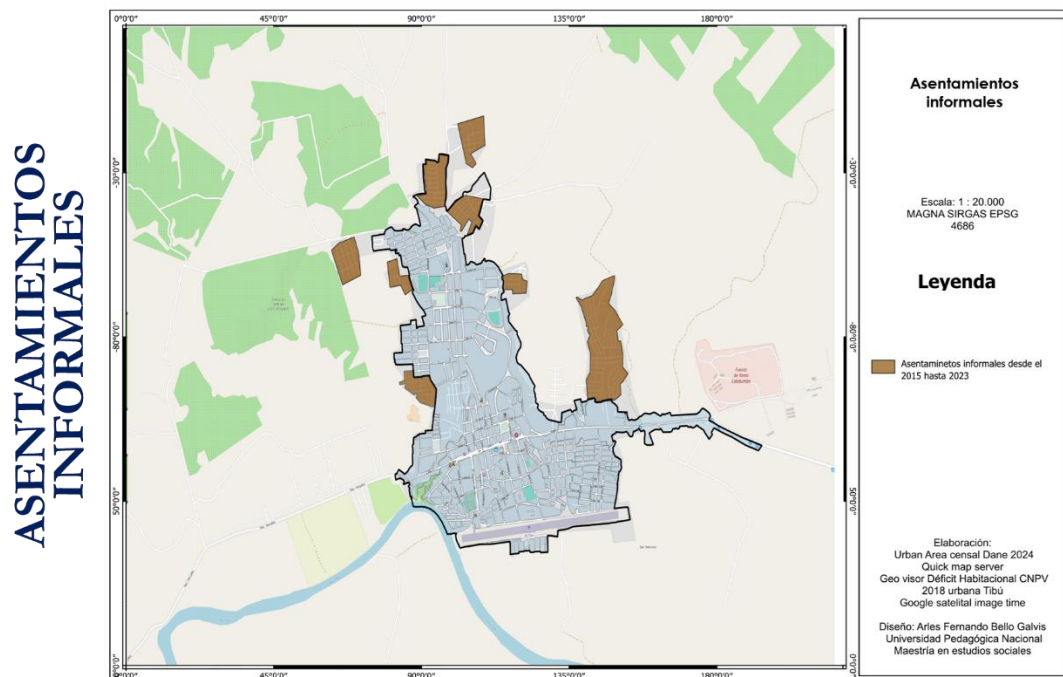
Con el tiempo, esos asentamientos se consolidan. Esto es importante porque rompe con la idea de que lo informal es siempre temporal. Lo que empieza como ocupación provisional se vuelve permanencia: “Con el tiempo, esos lugares cambiaron... ahora hay casas de madera, techos de zinc, caminos marcados por el paso diario de la gente” (E1-LH). Esta consolidación genera una tensión, por un lado, los asentamientos siguen siendo espacios de exclusión sin títulos, sin servicios, en la periferia. Por otro, se vuelven lugares habitados, apropiados, organizados, donde se construye comunidad.

En el diario de campo se muestra que esta transición no es abrupta sino gradual, por lo tanto, la materialidad del espacio se transforma con las prácticas sociales: “Las casas muestran signos de permanencia... no es algo pasajero, es un lugar donde la gente se queda” (12 de noviembre, 2025). Esto cuestiona que la informalidad como desorden, es otra forma de orden construida desde abajo, con reglas implícitas, acuerdos comunitarios, prácticas compartidas.

Como se vio en el apartado anterior, los asentamientos informales de la periferia se consolidan con el tiempo, transformando la ocupación provisional en permanencia. Sin embargo, esa consolidación no implica la desaparición de la exclusión. La exclusión no desaparece, se reorganiza. La falta de servicios sigue siendo una constante. Un entrevistado relata: “El agua muchas veces llega por mangueras... cuando llueve fuerte se rompen” (E1-LH). Otro añade: “No hay servicios fijos... la luz se va mucho” (E3-M). Estas condiciones no solo afectan la calidad de vida de los habitantes de estos territorios. También refuerzan la distancia material y simbólica entre las periferias informales y la

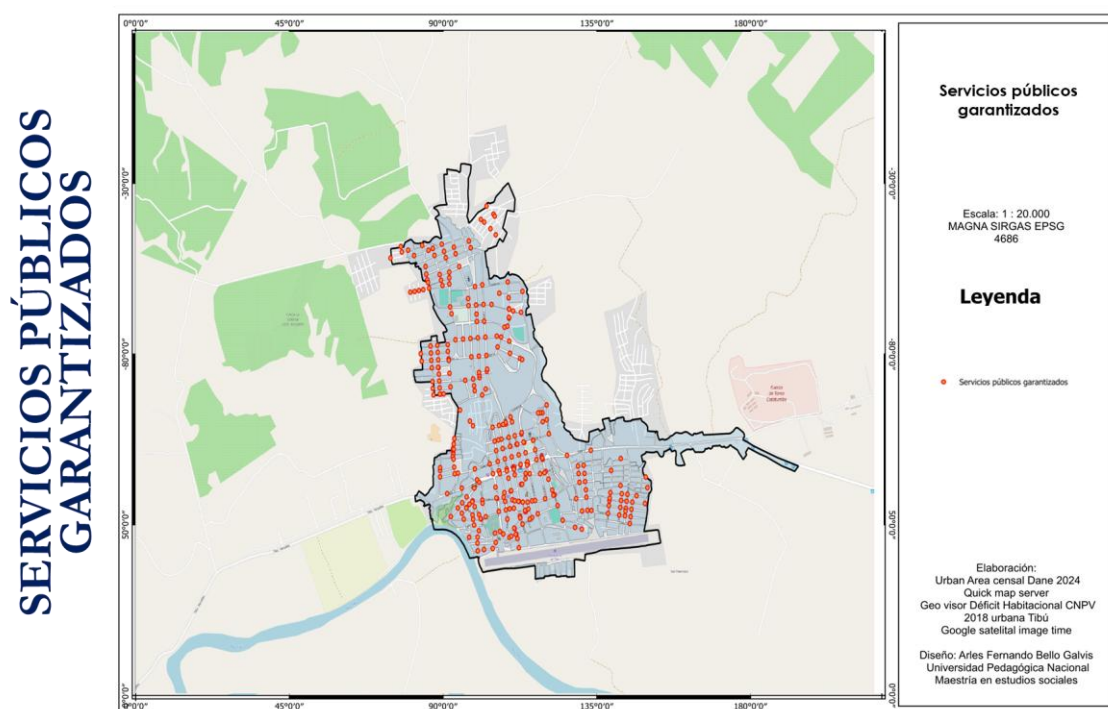
ciudad formal. La exclusión se vuelve visible en la infraestructura precaria, en la inestabilidad de los servicios y en la necesidad constante de adaptación.

Mapa 3. Asentamientos informales (2015-2023)



Fuente: Urban Area censal Dane 2024, Quick map server, Geo visor Déficit Habitacional CNPV 2018 urbana Tibú, Google satelital imagedtime. Diseño: Arles Fernando Bello Galvis, Universidad Pedagógica de Colombia, maestría en estudios sociales.

Mapa 4. Servicios públicos garantizados Tibú



Fuente: Urban Area censal Dane 2024, Quick map server, Geo visor Déficit Habitacional CNPV 2018 urbana Tibú, Google satelital imager time. Diseño: Arles Fernando Bello Galvis, Universidad Pedagógica de Colombia, maestría en estudios sociales

El mapa 3 y 4 permite realizar algunas lecturas analíticas. La primera, la expansión de asentamientos informales (en café) no sigue ningún patrón de planificación urbana, sino que ocupa tierras periféricas de baja calidad o alto riesgo. En consecuencia, estos asentamientos se localizan mayoritariamente en zonas sin servicios públicos garantizados como se observa al contrastar esta cartografía con el mapa 4, lo que evidencia la producción territorial de la exclusión: el Estado no impide que se construya, pero tampoco provee infraestructura básica. La tercera, la disposición dispersa y fragmentada de los asentamientos en el borde del casco urbano da cuenta de un crecimiento por necesidad, no por diseño, donde la urgencia de habitar prevalece sobre cualquier forma de planificación formal.

La ubicación de estos asentamientos no es neutra, están en zonas periféricas, lejos de servicios y oportunidades lo que demuestra otra capa de desigualdad. Los asentamientos informales quedan fuera de los marcos institucionales sin títulos de propiedad, lo que no solo constituye un problema legal, también una forma de exclusión

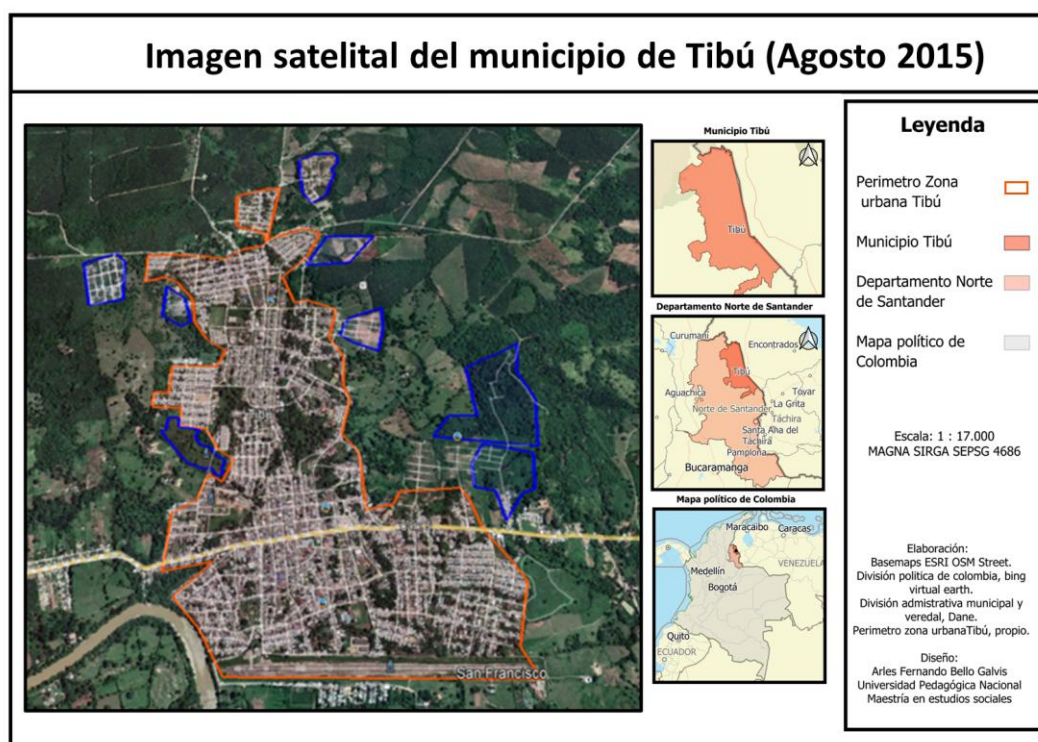
que afecta la estabilidad de quienes viven en el territorio. Pero no hay que reducir estos territorios solo a carencia. Existen formas de organización y apropiación simbólica, como el hecho que las mujeres barran el frente de sus casas expresando de manera implícita que “aquí vivimos”.

Los asentamientos informales son espacios donde la exclusión y la producción social del territorio coexisten. No son solo resultado de la marginalidad, son escenarios donde se desarrollan prácticas que sostienen la vida en condiciones adversas. En Tibú, la especialización de la exclusión no es estática, los asentamientos crecen, se transforman, se densifican. La llegada de migrantes acelera estos procesos, pero no los crea, los intensifica, amplía su escala, los hace más visibles. Analizar los asentamientos informales permite comprender cómo la marginalidad estructural se inscribe en el espacio, lo que ayuda a demostrar que esta no es una categoría abstracta, es una realidad que se puede recorrer, observar y experimentar.

3.1.1. Evolución temporal de la expansión urbana

La expansión urbana de Tibú entre 2015 y 2023 no fue planificada ni homogénea. Para documentar este proceso, se analizaron imágenes satelitales de tres momentos clave: agosto de 2015 (antes del pico migratorio), mayo de 2020 (en pleno incremento de flujos) y agosto de 2023 (cuando la migración ya se había consolidado como un fenómeno estructural en el municipio). Estas imágenes permiten visualizar la transformación del territorio desde la línea de base previa a la llegada masiva de migrantes hasta la consolidación de una periferia extensa y precaria. El Mapa 5 corresponde al primer momento de esta serie.

Mapa 5. Satelital del municipio de Tibú (agosto 2015)

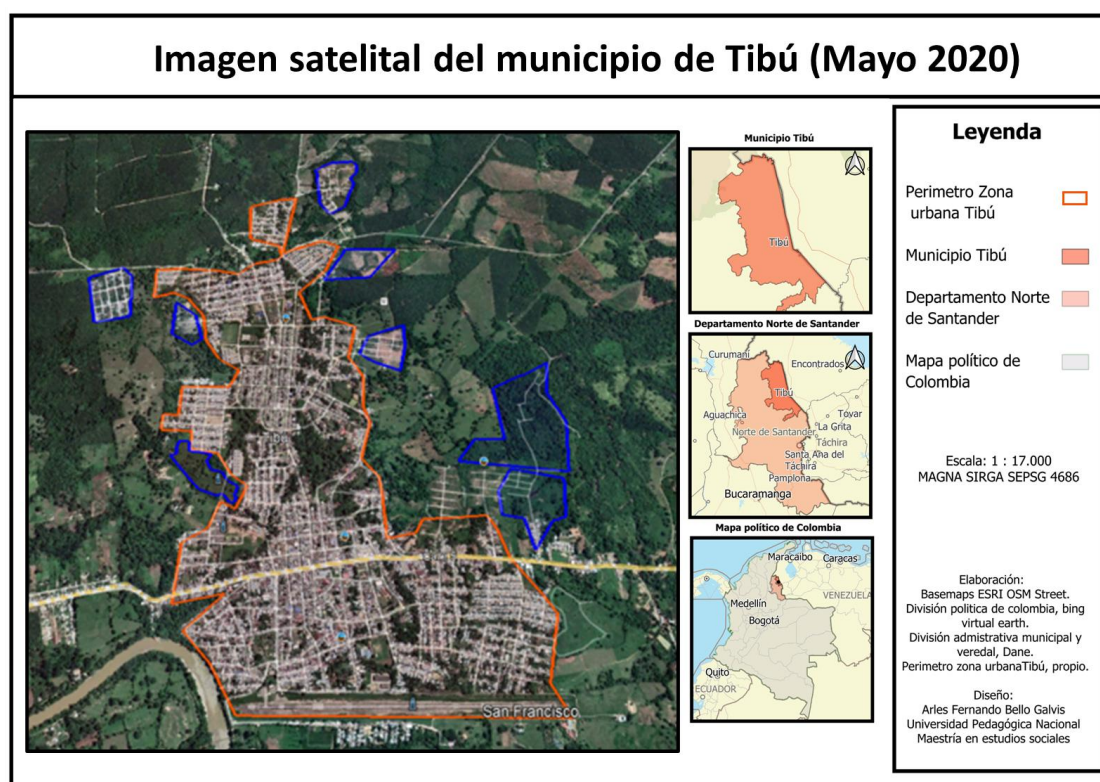


Fuente: Fotografía satelital tomada de Google Earth Pro, Historias de imágenes Tibú 08/2015, extraída agosto 2025.

El mapa 5¹⁵ muestra el estado del territorio en 2015, justo antes de que la migración venezolana se intensificara en Tibú (Páez & Vivas, 2017). La mancha urbana es continua y sus bordes están relativamente definidos. Las áreas verdes, que se encuentran en las periferias aún no han sido ocupadas por viviendas informales. Esta imagen sirve como línea de base para medir los cambios posteriores.

¹⁵ Esta imagen corresponde al período anterior al pico migratorio venezolano. Se observa un perímetro urbano relativamente contenido, con límites claros entre el casco urbano (manchas grises/blancas al centro) y las áreas rurales o no urbanizadas (tonos verdes y marrones). Los cultivos de palma ya son visibles al sur y oriente, pero la mancha urbana no se ha extendido significativamente hacia la periferia.

Mapa 6. Satelital del municipio de Tibú (mayo 2020)

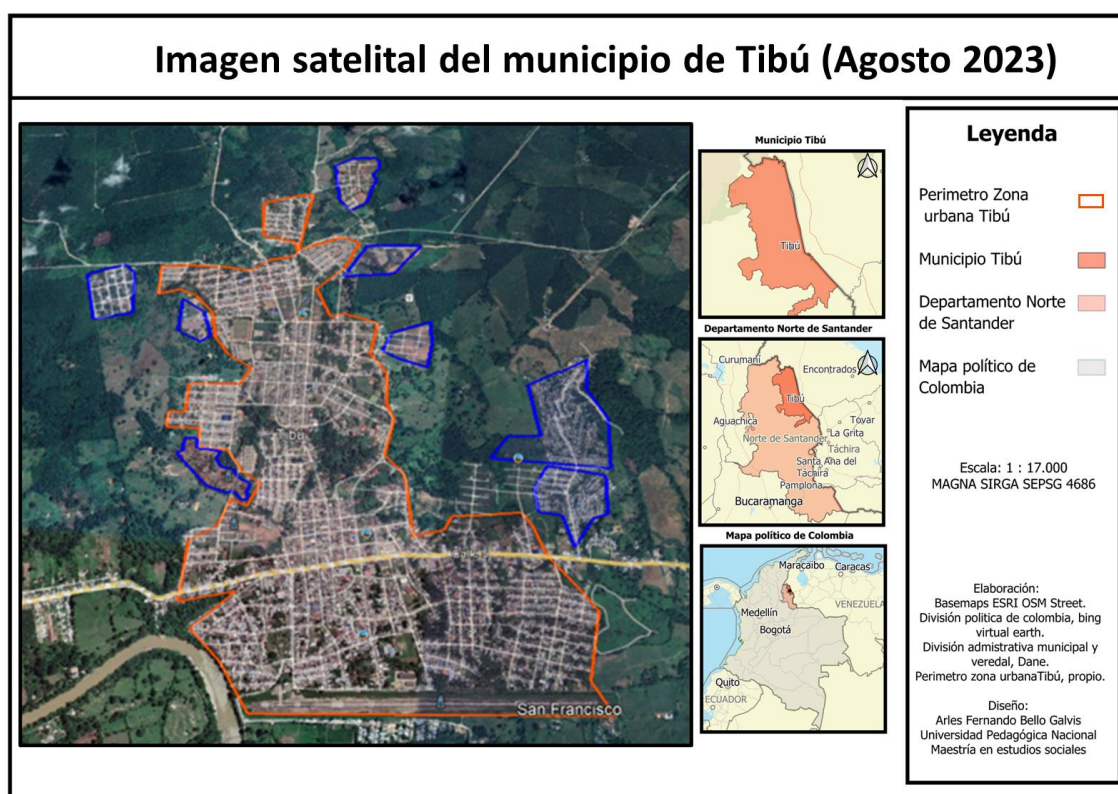


Fuente: Fotografía satelital tomada de Google Earth Pro, Historias de imágenes Tibú 08/2015 /extraída agosto 2025.

Para el año 2020 (Mapa 6¹⁶), la expansión es innegable. Aparecen viviendas en sectores que cinco años antes eran suelo no urbanizado. Esta expansión tiene dos características analíticamente relevantes, la primera, es difusa, no sigue un loteo planificado; la segunda, se localiza cerca de las vías de acceso a las plantaciones de palma (ver mapa 9), lo que sugiere que el empleo agrícola funciona como anclaje territorial para los migrantes.

¹⁶ Cinco años después, se observa una expansión visible de la mancha urbana hacia la periferia norte y sur. Nuevas viviendas (puntos blancos/grises dispersos) aparecen en zonas que en 2015 eran áreas verdes o sin uso aparente. La forma de ocupación no sigue una trama ortogonal planificada, sino que se extiende de manera difusa, siguiendo vías informales y cursos de agua.

Mapa 7. Satelital del municipio de Tibú (agosto 2023)



Fuente: Fotografía satelital tomada de Google Earth Pro, Historias de imágenes Tibú 08/2015 /extraída agosto 2025.

El mapa 717 (2023) muestra un territorio reconfigurado. La periferia ya no es “borde” sino una extensión funcional del espacio urbano, aunque sin los servicios que caracterizan al casco original (vías pavimentadas, alumbrado público, alcantarillado). Esta consolidación plantea una pregunta crítica para la política pública, ¿hasta cuándo estos territorios permanecerán como 'informales' antes de que el Estado reconozca su existencia y garantice servicios?

En conjunto, los mapas 5, 6 y 7 permiten dos lecturas analíticas complementarias. La primera es una comparación visual aproximada que sugiere que el área urbana de Tibú creció entre un 15% y un 25% entre 2015 y 2023. Este cálculo es indicativo, no preciso, debido a las limitaciones de las imágenes satelitales. Sin embargo, incluso como

¹⁷ Para 2023, la expansión se ha consolidado. Las zonas que en 2015 eran bordes difusos ahora muestran una densidad de viviendas que en algunos sectores iguala o supera a la del casco urbano original. También se observa la aparición de nuevas vías (líneas de tierra marcadas por el tránsito) que conectan estos asentamientos periféricos con el centro.

estimación, da cuenta de un proceso de expansión acelerada. Este crecimiento coincide temporalmente con el período de mayor flujo migratorio venezolano hacia el municipio (Páez & Vivas, 2017; GIFMM, 2023). Si bien no es posible establecer una relación causal exclusiva (otros factores, como la consolidación de economías ilícitas o la expansión de la palma, también inciden), la coincidencia temporal es robusta.

Otra lectura, se relaciona con el modo de expansión. El crecimiento no es planificado, no sigue la trama reticular que caracteriza al casco fundacional (ver mapa 3). Es una ocupación progresiva, rizomática, que avanza por necesidad, no por diseño. Esta forma de producir espacio desde abajo, sin planificación, con materiales precarios es consistente con lo que Lefebvre (2013) llamaría *espacio diferencial*, una producción espacial que no responde a la lógica del capital inmobiliario ni del Estado, sino a la urgencia de habitar. No obstante, esta producción *diferencial* ocurre dentro de márgenes estrechos. Los asentamientos se ubican en tierras periféricas de baja calidad, sin servicios, y su consolidación no garantiza integración urbana.

3.2.Trabajo precario, economía informal y sobrevivencia

El trabajo en Tibú no se puede entender por la división clásica entre formal e informal. Lo que hay es un entramado de actividades que se superponen, se combinan, se adaptan al territorio. El trabajo no da estabilidad ni movilidad social. Es una estrategia de sobrevivencia en un entorno estructuralmente limitado. Para los enfoques tradicionales, tener trabajo es integrarse. Pero en Tibú, tener trabajo no rompe la marginalidad estructural. Al contrario, jornalearía, palma, ventas informales, todo eso reproduce precariedad, inestabilidad, incertidumbre. Hay trabajo, pero no cambia la vida de manera significativa. Una entrevistada lo resume: su marido se va de jornalero y ella vende empanadas. No es un trabajo fijo. Es una combinación de lo que salga.

La palma de aceite es clave para la inserción laboral, tanto de locales como de migrantes. Pero no es un motor de desarrollo. Genera empleo, sí, pero en condiciones duras y poco reguladas, jornadas largas, sol fuerte, pagos bajos. Aquí el trabajo cumple una función ambivalente. Permite la reproducción de la vida, pero no garantiza condiciones dignas. La relación entre trabajo y bienestar se rompe, o al menos se debilita significativamente.

Wacquant (2007) llama a esto “*inclusión subordinada*” (p. 194). la gente participa en la economía, pero en condiciones que refuerzan su vulnerabilidad. No es exclusión total del mercado. Es una participación que no da estabilidad ni protección. Fraser (2023) complementa: el capitalismo no solo explota trabajo. Se sostiene en la precarización de amplios sectores. Las condiciones para reproducir la vida trabajo, cuidados, recursos son erosionadas por la acumulación (p. 41). La precariedad no es una anomalía. Es un componente estructural. En Tibú, el trabajo se organiza por la necesidad inmediata. No hay continuidad garantizada ni contratos estables ni protección social. Las actividades se activan y desactivan según el entorno. El futuro es incierto. También hay prácticas de sobrevivencia en zonas grises, incluso en actividades altamente precarizadas, por ejemplo, el trabajo sexual.

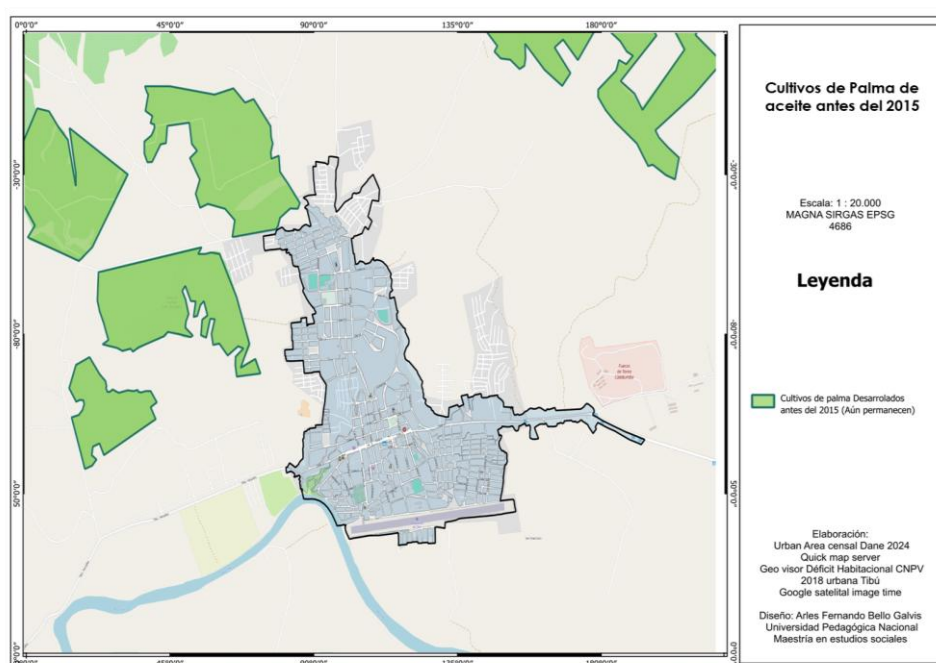
El diario de campo muestra cómo estas dinámicas se inscriben en el espacio. Las actividades económicas no se distribuyen de manera uniforme. Se concentran en ciertos lugares, creando circuitos de circulación y trabajo. El comercio se organiza en función del tránsito... pequeños puestos, ventas improvisadas, actividades que dependen del flujo constante de personas. El territorio no es solo el escenario del trabajo. Es una condición que lo define. Las oportunidades laborales dependen de la ubicación, el movimiento, la densidad de la población.

La economía informal no está aislada. Se relaciona con otras actividades, por ejemplo el trabajo en palma se complementa con las ventas informales, los servicios ocasionales o el trabajo doméstico. Así se sostiene la vida, pero también se fragmenta la experiencia laboral. La precariedad es compartida. Los migrantes están en posiciones más vulnerables, pero las condiciones de trabajo también afectan a los locales. *La vida es dura* para todos. La economía no se entiende solo como producción o ingreso, también es una forma de organización social que define relaciones, jerarquías, posibilidades. El trabajo no solo da recursos, configura cómo la gente se vincula con el territorio y entre sí. En Tibú, la economía es de sobrevivencia, no se opone al mercado, forma parte de él en condiciones desiguales. La informalidad no está fuera del sistema, es una de sus formas de funcionar.

La relación entre trabajo precario y territorio en Tibú no se entiende sin considerar la expansión de la palma de aceite como un eje estructurante de la economía local. El

mapa 8, muestra los cultivos de palma desarrollados antes de 2015, es decir, anteriores al pico migratorio venezolano. Ya para entonces, la agroindustria de la palma se había consolidado como uno de los principales motores de inserción laboral en la región, concentrándose en sectores cercanos a la frontera y a las vías de acceso. Este mapa permite comprender un fenómeno clave: cuando los migrantes venezolanos comenzaron a llegar masivamente a partir de 2015, no encontraron un territorio vacío, sino una estructura económica ya configurada por el monocultivo de palma y sus demandas de mano de obra poco calificada.

Mapa 8. Cultivos de palma de aceite antes del 2015



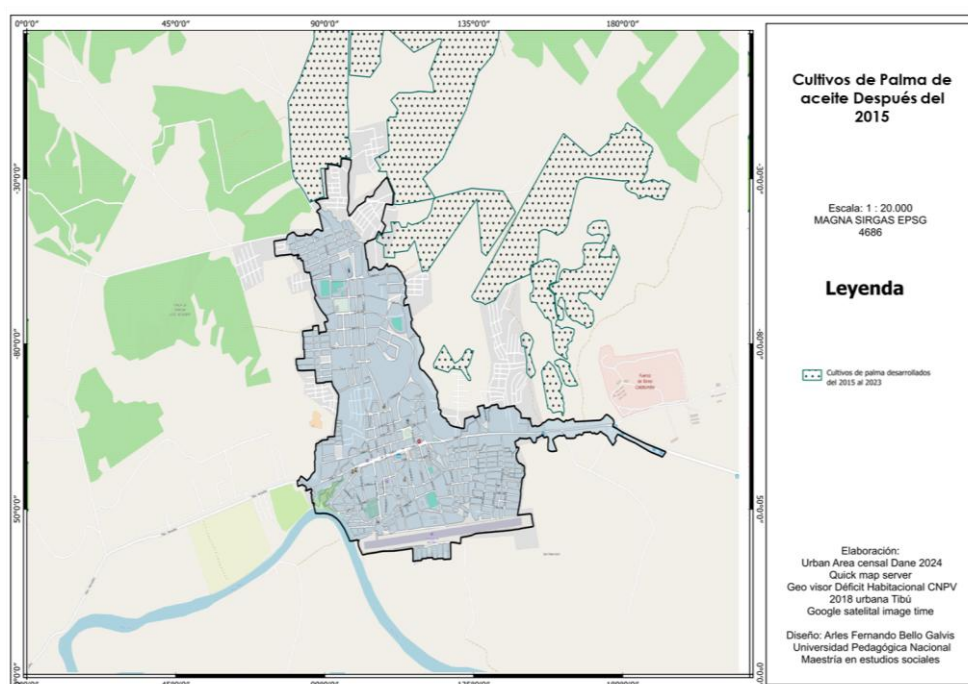
Fuente: Urban Area censal Dane 2024, Quick map server, Geo visor Déficit Habitacional CNPV 2018 urbana Tibú, Google satelital imagedtime. Diseño: Arles Fernando Bello Galvis, Universidad Pedagógica de Colombia, maestría en estudios sociales

La localización de estos cultivos antes de 2015 evidencia que la expansión de la palma respondía a lógicas de acumulación propias del capitalismo agrario periférico, con escasa regulación laboral y condiciones de trabajo exigentes. Las plantaciones se ubicaron en tierras periféricas, cerca de áreas rurales donde la población local ya experimentaba altos niveles de informalidad y precariedad. Este uso del suelo condicionó las posibilidades de inserción de los migrantes: cuando llegaron, encontraron una demanda constante de mano de obra barata, pero también un mercado laboral ya precarizado, con

jornadas largas, salarios bajos y ausencia de protección social. La palma, entonces, no creó empleo digno, sino que ofreció trabajo en condiciones que reforzaban la marginalidad estructural.

El mapa 9 muestra los cultivos de palma desarrollados entre 2015 y 2023, es decir, durante el período de mayor flujo migratorio venezolano hacia Tibú. Se observa una expansión significativa de la frontera agrícola, especialmente hacia el sur y el oriente del municipio. Esta ampliación no es casual, coincide temporalmente con la llegada de mano de obra migrante dispuesta a aceptar condiciones laborales precarias. La agroindustria de la palma encontró en los migrantes venezolanos una fuerza de trabajo vulnerable, sin redes de protección, con urgencia de generar ingresos y, por lo tanto, con escasa capacidad de negociación.

Mapa 9. Cultivos de palma de aceite después del 2015 al 2023



Fuente: Urban Area censal Dane 2024, Quick map server, Geo visor Déficit Habitacional CNPV 2018 urbana Tibú, Google satelital imagedtime. Diseño: Arles Fernando Bello Galvis, Universidad Pedagógica de Colombia, maestría en estudios sociales

La expansión de los cultivos de la palma entre 2015 y 2023 está directamente relacionada con otro fenómeno que documenta esta investigación: la proliferación de asentamientos informales en la periferia de Tibú (ver ilustración 7). Como se observa en

la superposición cartográfica, los nuevos cultivos se localizan cerca de las vías de acceso y de las zonas donde surgieron los asentamientos migrantes. La relación es funcional pero desigual: los asentamientos informales proveen la mano de obra barata que la agroindustria necesita, mientras que la agroindustria no asume ningún costo de urbanización ni garantiza condiciones dignas de trabajo. Los migrantes trabajan en la palma, pero viven en asentamientos sin servicios públicos, sin títulos de propiedad y sin reconocimiento institucional. Esa es la lógica de la *exclusión incluida* (Wacquant, 2007): los migrantes están dentro del mercado laboral, pero fuera de la ciudad formal.

4. Migración y producción del espacio migrante

Para comprender la migración en Tibú hay que analizarla como un proceso que interviene directamente en la producción del espacio, en cómo el territorio se construye, se reorganiza y se significa a partir de prácticas sociales concretas. La movilidad humana no ocurre en un territorio ya estructurado por relaciones de poder, desigualdades históricas, limitaciones institucionales. En Tibú, la migración no origina la marginalidad estructural, pero la intensifica, la redistribuye, la hace más visible en el espacio. Aquí el concepto de *migración* es útil. Guerrero Torrenegra, Visconti Stopello y Clavijo García (2023) lo proponen para mostrar que migración y marginación no operan separadas. Son dinámicas interrelacionadas que se materializan en el territorio. El espacio no es un escenario pasivo, es parte constitutiva de estas relaciones, “las prácticas sociales, incluidas las migratorias, producen espacialidades específicas atravesadas por condiciones de desigualdad” (Guerrero et al, 2023, p.87).

Este enfoque permite leer la migración como proceso de producción territorial, que, para el caso de Tibú, no solo viene de instituciones o planificación urbana, también de las prácticas cotidianas de ocupación, construcción y adaptación, impulsadas por la necesidad de habitar. La mayoría de la población se asentó en periferias, en espacios sin planificación, títulos, servicios o vías. Fraser (2023) ubica esta tendencia en un marco más amplio, en el del capitalismo, el cual no solo produce desigualdades económicas, también erosiona las condiciones para reproducir la vida social. La migración no es solo respuesta a una crisis externa, es parte de una dinámica estructural donde amplios sectores de la población se ven obligados a desplazarse y a insertarse en territorios precarizados. En el caso de la migración venezolana, Aliaga Sáenz (2018), ha destacado que se trata de uno de los procesos migratorios más significativos de América Latina, caracterizado por

su magnitud y por las condiciones de vulnerabilidad en las que se desarrolla. Este carácter masivo y precarizado resulta clave para comprender por qué la producción del espacio migrante en Tibú no responde a procesos de integración planificada, sino a dinámicas de supervivencia.

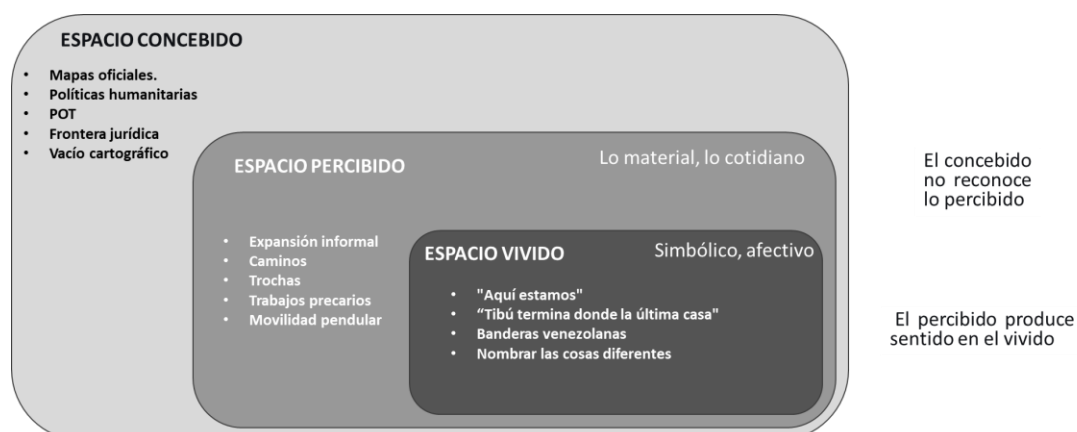
La observación realizada permite ver como estas dinámicas se traducen en cambios concretos del territorio, donde antes había monte, ahora hay casas; los caminos se hicieron con los pies (caminos de tierra) y la producción del espacio no solo responde a la construcción de infraestructuras formales, también de las prácticas repetidas que configuran nuevas formas de organización. El asentamiento no se diseña, se construye progresivamente.

La migración no solo ocupa el espacio, lo transforma. La expansión de asentamientos, la reorganización de la economía y la modificación de relaciones sociales, son parte de la producción espacial, la cual no se comprende en su totalidad con las categorías analíticas tradicionales relacionadas con la urbanización y el desarrollo. La producción del espacio no es homogénea ni lineal, está mediada por tensiones, desigualdades y conflictos que reflejan la coexistencia de distintos actores en el territorio. La migración introduce nuevas dinámicas, pero sobre una base estructural que condiciona lo que se puede hacer. En Tibú, el espacio está en constante transformación donde la migración ha reorganizado las condiciones existentes sin resolverlas, por lo tanto, la producción del espacio migrante no supera la marginalidad, la reconfigura en nuevas formas territoriales.

Para sintetizar analíticamente cómo opera la producción del espacio migrante en Tibú, retomo la triada lefebvriana: espacio concebido, espacio percibido y espacio vivido como herramienta de lectura. El espacio concebido se refiere a la planificación y el poder: los mapas oficiales que no registran las periferias informales, las políticas humanitarias centradas en la asistencia inmediata, el Plan de Ordenamiento Territorial que desconoce los asentamientos surgidos después de 2015, la frontera entendida como límite jurídico-administrativo y el vacío cartográfico que invisibiliza a quienes habitan fuera de la cuadrícula fundacional. El espacio percibido se relaciona con las prácticas cotidianas: la expansión informal de viviendas, los caminos de tierra que se vuelven calles con el uso, las trochas que conectan Tibú con Venezuela, los trabajos precarios en palma y jornal, y

la movilidad pendular constante entre la periferia y el centro. El espacio vivido parte de la experiencia, la memoria y la resignificación simbólica: frases como "aquí estamos" o "Tibú ya no termina donde dice el mapa", las banderas venezolanas en los puestos de cambio que afirman una identidad y una pertenencia en tierra ajena, y la costumbre de nombrar las cosas de manera diferente. El esquema 1 presenta esta articulación de forma gráfica.

Esquema 1. Producción del espacio migrante en Tibú



Fuente: Síntesis conceptual de la producción del espacio en Tibú a partir de la triada lefebvriana (espacio concebido, percibido y vivido). Elaboración propia a partir del trabajo de campo y los marcos teóricos de Lefebvre (2013) y Soja (1997).

El esquema permite visualizar las tensiones que atraviesan la producción del espacio migrante en Tibú. Por un lado, el espacio concebido no reconoce plenamente al espacio percibido: el Estado y las instituciones planifican sobre un territorio que ya no se corresponde con el que efectivamente habitan los migrantes y la población local. La cartografía oficial ignora los asentamientos informales, las políticas humanitarias no abordan las causas estructurales de la precariedad, y la frontera jurídica se desdibuja frente a la porosidad de las trochas. Por otro lado, el espacio percibido produce sentido en el espacio vivido: la expansión informal, los caminos abiertos con el tránsito, los trabajos precarios y la movilidad pendular no son solo carencias o necesidades materiales. Son prácticas que, al repetirse, generan arraigo, identidad y formas de habitar que desafían las clasificaciones institucionales. La producción del espacio migrante en Tibú se mueve en esta tensión: entre lo que el poder concibe y lo que la gente vive; entre lo que falta y lo que se construye día a día.

4.1. Nuevas centralidades y periferias

Los cambios del espacio en contextos migratorios no obedecen solo a la expansión urbana. En Tibú, se presenta una reorganización más compleja, las distinciones tradicionales entre centro y periferia se vuelven inestables y emergen nuevas formas de centralidad, construidas desde prácticas cotidianas. Desde el enfoque de la *migración*, Guerrero Torrenegra, Visconti Stopello y Clavijo García (2023) entienden que la migración no es solo movilidad espacial, sino también producción de nuevas espacialidades atravesadas por marginación. Como señalan los autores, la migración “se inserta en la vida cotidiana de maneras particulares y produce reconfiguraciones en el espacio donde ocurre” (p. 80).

Esto implica que la periferia no es solo un borde urbano. En contextos de precariedad, ciertos espacios adquieren centralidad funcional, aunque carezcan de infraestructura formal o reconocimiento institucional. En Tibú, los asentamientos informales están en la periferia, pero se vuelven núcleos activos de vida social y económica. La centralidad no depende exclusivamente de la presencia institucional o de la infraestructura formal; está sujeta a la intensidad de uso y a la densidad de relaciones. La centralidad deja de ser fija para volverse relacional, dependiente de las dinámicas sociales del territorio.

La categoría de *migración* aporta un elemento adicional al señalar que la urbanización contemporánea en América Latina está profundamente vinculada a procesos migratorios que modifican las formas de organización espacial. En este sentido, se afirma que “las ciudades representan los principales destinos de los migrantes, lo que implica que semanalmente millones de personas se trasladen hacia estos espacios, transformando su estructura y dinámica” (Guerrero et al, 2023, p.81). Aunque Tibú no corresponde a un entramado urbano de grandes proporciones, esta lógica se reproduce a escala local, el municipio se convierte en un nodo de recepción que reorganiza su estructura espacial a partir de la llegada de población migrante.

Esta reorganización no es homogénea, en este proceso la centralidad se fragmenta generando múltiples puntos donde se concentran actividades económicas, relaciones sociales y prácticas cotidianas que no necesariamente coinciden con el centro formal. Los asentamientos, los espacios de trabajo informal o las zonas de tránsito migrante funcionan

como micro centralidades que están articuladas entre sí, pero no integradas al orden urbano tradicional.

Estas reconfiguraciones están mediadas por la marginalidad estructural, se articula con la migración en la producción del espacio. Las nuevas centralidades no son equivalentes a las del centro formal, se desarrollan en precariedad, con acceso limitado a servicios y reconocimiento institucional restringido. Esta diferencia es clave ya que no se analiza una descentralización del desarrollo, sino de una redistribución desigual de la centralidad. Los espacios periféricos adquieren funcionalidad, pero no necesariamente mejores condiciones de vida. Los relatos lo confirman, “Hay territorios que se sienten olvidados... tanto para locales como para migrantes” (E1-LH).

4.2.Reconfiguración del mercado laboral local

Los cambios del mercado laboral en Tibú con la migración venezolana no es solo más oferta de trabajo o presión sobre la economía, es una rearticulación más profunda de las relaciones entre trabajo, territorio y reproducción de la vida. La precariedad no se concibe como una anomalía sino como un principio organizador. El trabajo ya no es una práctica estabilizadora porque no garantiza integración social ni movilidad económica. Se vuelve un espacio de articulación entre necesidad, informalidad y subordinación estructural. No es que el trabajo desaparezca, muta en formas que permiten subsistir sin cambiar las condiciones de marginalidad.

Según Fraser (2023) la acumulación capitalista se sostiene erosionando las condiciones de reproducción social. El trabajo no asegura bienestar, se inserta en un sistema que depende de su precarización. En Tibú, los migrantes se incorporan a circuitos laborales que ya eran precarios lo que indica que no hay una ruptura con lo que ya existía. Los migrantes se integran a economías de baja regulación, alta exigencia física y limitada protección social. Aquí el concepto de *migraginación* es potente. Guerrero Torrenegra et al. (2023) dicen que “migración y marginación son procesos interrelacionados que producen espacialidades específicas, inscribiendo la exclusión en el territorio” (p. 87). El mercado laboral no se separa del espacio, las formas de trabajo disponibles dependen de la ubicación, del asentamiento informal, de la estructura territorial.

Esto implica que la precariedad laboral no es únicamente una condición económica, sino también espacial. No todos los lugares ofrecen las mismas oportunidades, ni todos los sujetos acceden a las mismas redes de inserción. El trabajo, entonces, no solo depende de la demanda, sino de la posición territorial de quien lo busca. El trabajo no está fijo a un lugar está atado a la movilidad organizando la economía a partir de flujos y no por estructuras formales. Sin embargo, se hace presente otra condición: la estabilidad pierde centralidad y la adaptabilidad se vuelve clave. Esta reorganización del mercado laboral no afecta solo a los migrantes, también incide en la población local. La marginalidad laboral se comparte, aunque no de manera homogénea.

No obstante, la coexistencia de esta marginalidad laboral no elimina las asimetrías. Los migrantes están en posiciones más vulnerables no solo por su condición económica, también por la irregularidad, la falta de redes y la urgencia de generar ingresos. Estas circunstancias los lleva a aceptar condiciones laborales desfavorables. Desde una mirada más estructural, la mano de obra vulnerable no es un efecto colateral, es una condición que permite sostener economías de baja regulación. Fraser (2023) señala que el capitalismo no solo explota trabajo formal, “depende de una amplia gama de actividades precarizadas que sostienen la vida sin ser reconocidas ni protegidas” (p. 43). En Tibú, estas dinámicas se materializan en el desarrollo de diversas actividades como el trabajo agrícola, el comercio informal o el trabajo doméstico. También hay prácticas de sobrevivencia en contextos de alta precariedad, donde las opciones son limitadas como por ejemplo el trabajo sexual.

De esta manera, el mercado laboral en Tibú no integra, por el contrario, reproduce y reorganiza desigualdades las cuales se amplían a partir de la lógica de la migración. La reconfiguración del mercado laboral no se entiende solo con oferta y demanda, es un proceso donde el trabajo, la marginalidad y el espacio se articulan produciendo formas de organización social que no caben en categorías económicas tradicionales.

4.3.Reconfiguración cultural y simbólica del espacio

Los cambios del espacio a partir de la migración no solo abarcan la dimensión económica, la expansión territorial o la reorganización del trabajo, se presenta también una reconfiguración más sutil, pero igual de importante, la del orden simbólico que organiza la vida cotidiana. El espacio no solo se habita, se interpreta, se clasifica, se

resignifica desde las relaciones sociales. En Tibú, la llegada de migrantes venezolanos no solo trae nuevas prácticas culturales, tensiona los marcos de percepción y reconocimiento ya existentes. El territorio deja de ser relativamente homogéneo y se convierte en un escenario donde convergen trayectorias distintas, formas de habitar diferentes y modos diversos de construir sentido.

Desde la *migración* es posible analizar la dimensión simbólica en relación con la marginalidad. Migración y marginación producen no solo desigualdades materiales, también configuraciones culturales donde se definen inclusiones y exclusiones sociales. El espacio no se organiza solo con prácticas económicas o territoriales, también con esquemas de percepción que establecen jerarquías, pertenencias, fronteras simbólicas. La reconfiguración cultural del espacio en Tibú no responde solo a un proceso de diversificación, es una reorganización de las relaciones sociales en torno a la diferencia de forma que la convivencia entre locales y migrantes no borra las distinciones, sino que las reconfigura.

Estas particularidades no se analizan solo en términos económicos, también se reconoce una disputa por el reconocimiento, la legitimidad y la pertenencia al territorio. Aquí, la dimensión simbólica es central. No todos los sujetos se perciben igual y no todos los espacios se valoran de igual manera. Desde la *migración*, la marginalidad en contextos migratorios no solo explica la exclusión material, también se relaciona con la estigmatización, que afecta cómo los sujetos son reconocidos socialmente. La diferencia migrante no es neutral, se inscribe en relaciones de poder que definen quién es legítimo en el espacio social.

Pero reducir todo a estigmatización unidireccional no es suficiente. El espacio también se resignifica desde las prácticas de quienes lo habitan. En el diario de campo se registraron formas de apropiación que transforman el sentido del territorio: “Las casas no son solo refugios, son una forma de decir “aquí estamos” (12 de noviembre, 2025). Eso introduce una dimensión simbólica distinta. El espacio deja de ser solo tránsito o necesidad y se vuelve afirmación. Habitar no es solo ocupar, es producir sentido. Para Lefebvre (2013) representaciones, imaginarios, prácticas cotidianas forman parte de la producción del espacio. El espacio no es solo material, también es vivido y concebido.

La reconfiguración cultural del espacio superpone distintos niveles de significado. Por un lado, persisten las estructuras de desigualdad que definen posiciones diferenciadas. Por otro, emergen prácticas que desafían, negocian o resignifican esas estructuras. Esa superposición genera un espacio ambivalente, con fronteras simbólicas dinámicas, no fijas. La pertenencia no está completamente definida, se construye en la interacción cotidiana, evidenciando que la identidad territorial no es homogénea sino fragmentada, un mismo lugar puede ser hogar, espacio de precariedad o territorio en disputa, según quién lo habite. Esa multiplicidad de significados es parte de la producción del espacio migrante.

Lo que emerge en Tibú es, entonces, un espacio donde la dimensión cultural y simbólica no puede separarse del material. La producción del espacio migrante implica no solo la construcción de viviendas o la reorganización del trabajo, también la reconfiguración de los significados, las relaciones y las formas de pertenencia.

4.4. Tensiones entre población local y migrante

Las tensiones entre locales y migrantes en Tibú no son conflictos espontáneos por diferencias culturales o por vivir juntos. Son expresiones concretas de una estructura más amplia de desigualdad. La escasez de recursos, la precariedad institucional, la marginalidad territorial hacen que la interacción social esté mediada por la competencia y la necesidad. El conflicto no es el punto de partida, es el resultado de condiciones que organizan el acceso desigual a recursos fundamentales, trabajo, agua, vivienda, atención institucional. Hay solidaridad, pero también competencia por recursos. Cooperación y conflicto no se excluyen mutuamente. En contextos de precariedad, ambas dinámicas son posibles e incluso coexisten. La solidaridad emerge como práctica cotidiana necesaria para sostener la vida, pero no elimina las tensiones derivadas de la escasez. Cooperación y conflicto responden a la misma estructura de desigualdad.

Desde la *migración* se interpretan estas tensiones entendiendo que la desigualdad no solo afecta a los migrantes, se articulan con las vulnerabilidades preexistentes de la población local. La marginalidad no se entiende aislada sino como un proceso relacional que involucra a distintos grupos dentro de un mismo sistema de desigualdades. En Tibú, esta relación es evidente, la población migrante no se inserta en un territorio estable, sino en un espacio ya precarizado, donde las condiciones de vida de

la población local también están marcadas por la limitación de recursos y garantías institucionales.

La competencia por recursos aparece con fuerza en los relatos, “Yo he visto mujeres locales prestándole una olla a una migrante... pero también discusiones por el agua, por quién recibe ayuda” (E1-LH). Este tipo de situaciones no pueden reducirse a conflictos interpersonales. Lo que se expresa es una tensión estructural en la que el acceso a recursos básicos se vuelve incierto, lo que transforma la convivencia en un espacio de negociación constante. La ayuda humanitaria, el acceso a servicios o las oportunidades laborales se convierten en puntos de fricción, no porque los sujetos sean inherentemente conflictivos, sino porque las condiciones materiales no garantizan su distribución equitativa. Fraser (2023) señala una crisis de reproducción social donde los recursos para sostener la vida son insuficientes o están mal distribuidos. De esta manera, las tensiones no son desviaciones del sistema sino manifestaciones de sus límites.

También se evidencia una dimensión simbólica que complejiza estas relaciones. La diferenciación entre locales y migrantes no es solo económica, también es social y cultural. En algunos casos, se traduce en estigmatización: “Muchas de las venezolanas deben prostituirse... eso también hace que las mujeres colombianas no las quieran mucho” (E2-PL). Este tipo de afirmaciones refleja cómo ciertas prácticas, asociadas a condiciones de precariedad, pueden ser reinterpretadas como características propias de un grupo, reforzando distinciones que exceden lo económico. La marginalidad se vuelve, en este sentido, un marcador identitario que contribuye a la construcción de fronteras simbólicas dentro del territorio.

Pero sería un error ver estas tensiones como una ruptura total del tejido social. También hay prácticas cotidianas de solidaridad que permiten la convivencia. Una entrevistada relata, “He compartido comida con vecinas venezolanas... he cuidado pelados que no son míos” (E2-PL). Estas prácticas no eliminan las tensiones, pero muestran que la relación entre locales y migrantes no es solo conflicto. Hay cooperación, hay apoyo mutuo, hay formas de construir vecindad a pesar de la precariedad. La relación entre población local y migrante no puede reducirse a conflicto o integración. Es un proceso dinámico: las posiciones se negocian constantemente según las condiciones del entorno.

Estas tensiones no son estáticas, cambian con la consolidación de los asentamientos, la estabilización de actividades económicas y la construcción de redes sociales. Lo que empieza como conflicto puede volverse coexistencia más estable, aunque siempre dentro de la desigualdad. En Tibú, la migración no introduce una ruptura total, reconfigura dinámicas existentes. Las tensiones entre locales y migrantes son expresiones de un territorio donde la marginalidad estructural define las condiciones de interacción.

En Tibú coexisten dos lógicas aparentemente contradictorias. Por un lado, los testimonios muestran prácticas de apropiación territorial que se acercan a la noción lefebvriana de producción social del espacio (Lefebvre, 2013): los migrantes producen espacio barriendo el frente de sus casas, construyendo viviendas con materiales precarios, marcando caminos con su tránsito diario. Por otro lado, las condiciones estructurales descritas por Wacquant (2007), estigmatización territorial, precariedad laboral, debilidad del Estado, no desaparecen. Los migrantes producen espacio, sí, pero dentro de márgenes estrechos. Producen espacio para sobrevivir, no para transformar la estructura.

La tensión entre estas dos perspectivas no es un problema por resolver, sino una característica del territorio. Tibú no es ni el espacio de libertad de Lefebvre ni el gueto de Wacquant. Es un espacio fronterizo donde la agencia y la estructura se coproducen mutuamente.

A lo largo de este capítulo se ha evidenciado que las reconfiguraciones socioespaciales en Tibú no comenzaron con la migración venezolana, sino que se insertaron en un territorio ya configurado por la explotación petrolera, el conflicto armado, la economía cocalera y la expansión de la palma de aceite. Esa estructura heredada, marcada por la desigualdad y la debilidad institucional, condicionó las posibilidades de inserción de la población migrante.

La llegada masiva de venezolanos entre 2015 y 2023 aceleró cambios visibles, la expansión de asentamientos informales en la periferia, la feminización de la migración, la reconfiguración del mercado laboral hacia actividades precarias y la presión creciente sobre servicios básicos. Estas mutaciones quedaron registradas en las imágenes satelitales y en los testimonios de quienes habitan el territorio.

Pero más allá de los cambios materiales, ocurrió una reconfiguración más profunda. Emergieron nuevas centralidades en la periferia, la frontera dejó de ser un límite estatal para convertirse en un espacio híbrido de encuentro y fricción, y el territorio se resignificó simbólicamente hasta el punto de que, como dijo un entrevistado: "Tibú ya no termina donde dice el mapa".(E1-LH). La estigmatización territorial no impidió la producción de sentido de pertenencia, barrer el frente de la casa, delimitar el terreno, abrir caminos con el tránsito diario son prácticas que afirman presencia y construyen lugar desde abajo.

En conjunto, estos hallazgos muestran que la migración venezolana en Tibú no se limitó a transformar elementos puntuales del territorio. Contribuyó a una reconfiguración estructural de las relaciones espaciales, sociales y simbólicas, aunque dentro de los márgenes estrechos que impone la marginalidad estructural.

Reflexiones finales: espacialidades de la migración y reconfiguración territorial

Esta investigación muestra que la migración venezolana en Tibú no es solo un flujo de población por una crisis humanitaria, es un proceso que se articula con la producción social del espacio, la marginalidad estructural y las reconfiguraciones históricas de esta frontera del Catatumbo. Entre los años 2015 y 2023, las reconfiguraciones del espacio no se explican con una sola causa. Emergen del cruce de varias dimensiones: el conflicto armado, la expansión del cultivo de palma y otras economías extractivas, las economías ilegales, la debilidad del Estado, la precarización del trabajo y la llegada masiva de migrantes.

Los migrantes venezolanos no llegaron a un territorio estable o bien institucionalizado, arribaron a un espacio que ya estaba atravesado por desigualdades. El Catatumbo, y sobre todo Tibú, ya tenía problemas de acceso a la tierra, exclusión estatal y violencia territorial. Como dice Harvey (2007) las periferias del capitalismo concentran las contradicciones de la acumulación desigual, naturalizando la precariedad. Desde esta perspectiva, la migración no produjo la marginalidad del territorio, sino que se articuló con estructuras de exclusión preexistentes, intensificando dinámicas ya presentes. Este hallazgo resulta fundamental porque permite desplazar discursos simplificadores que atribuyen a la migración el origen de las crisis territoriales locales. Las entrevistas y el trabajo de campo evidenciaron que varias de las carencias asociadas actualmente a los asentamientos migrantes ausencia de servicios básicos, precariedad habitacional, informalidad laboral o débil presencia institucional eran condiciones históricas compartidas también por amplios sectores de la población local.

A partir de la perspectiva de Wacquant (2007) la marginalidad estructural en Tibú es una forma territorializada de exclusión social. No es solo pobreza, es una reorganización espacial que empuja a ciertas poblaciones hacia periferias físicas y simbólicas, marcadas por inseguridad, informalidad y desprotección. Pero Tibú también supera a Wacquant. Su noción de marginalidad avanzada fue pensada para contextos de metrópolis neoliberales del Norte Global, donde el Estado se retira de lo social, pero se fortalece en lo punitivo. En Tibú, en cambio, la marginalidad opera en una zona rural-fronteriza, donde el Estado no solo es limitado o penalizador, sino fragmentado: coexiste y disputa el control territorial con actores armados ilegales. Las economías ilegales, no son un fenómeno periférico, sino estructurantes del territorio. La frontera, además,

introduce una movilidad constante y una porosidad que desdibuja los límites entre lo formal e informal, lo legal e ilegal. Wacquant (2007a), ayuda a pensar la marginalidad en Tibú, pero sus categorías no se aplican mecánicamente: el caso tibuyano exige una lectura situada que atienda a sus especificidades históricas, territoriales y políticas.

Los asentamientos periféricos que surgieron con la migración no solo se relacionan con la informalidad urbana o la falta de vivienda, son territorialidades emergentes, construidas desde prácticas cotidianas de sobrevivencia y apropiación del espacio. Para Lefebvre (2013), las formas de habitar transforman el territorio, material y simbólicamente. Las casas de madera, plástico o zinc, las conexiones improvisadas de agua y luz, los caminos abiertos al andar hacen parte de la producción espacial. Los migrantes no ocupan el espacio de manera pasiva, participan activamente en producirlo y reconfigurarlo. Soja (1997) indica que el espacio no es solo físico o institucional, también es vivido y practicado por sujetos concretos. En las periferias de Tibú se ve esa tensión, el espacio que el Estado concibe y el espacio que la gente produce desde su experiencia cotidiana.

Asimismo, la investigación mostró que las reconfiguraciones territoriales observadas en Tibú exceden los cambios materiales del espacio. La migración también produce modificaciones en las relaciones sociales, las prácticas culturales y las formas simbólicas de representación territorial. La coexistencia entre población local y migrante generó procesos simultáneos de solidaridad, conflicto, adaptación y resistencia. Las entrevistas permitieron observar cómo las disputas por agua, servicios, empleo o ayudas humanitarias coexisten con prácticas de cooperación cotidiana, intercambio y construcción de vínculos comunitarios.

Esto ayuda a superar las visiones binarias que reducen la relación entre locales y migrantes a 'aceptación o rechazo'. La investigación mostró que esas relaciones están mediadas por las condiciones estructurales de precariedad. Fraser (2023) señala que las crisis del capitalismo no solo producen desigualdades económicas, también profundizan las disputas por las condiciones de reproducción social. En Tibú, esas tensiones se evidencian en la competencia por recursos limitados, dentro de un espacio que ya era precario.

En términos urbanos, la investigación permitió identificar procesos acelerados de expansión periférica no planificada. Tibú dejó de responder exclusivamente a la lógica de crecimiento formal inscrita en los mapas institucionales y comenzó a extenderse mediante asentamientos producidos desde la necesidad. Esto permitió evidenciar una fractura entre el territorio oficialmente reconocido y el territorio efectivamente habitado. Las periferias crecieron más rápido que la capacidad estatal de planificación e intervención, generando nuevas centralidades barriales y formas alternativas de organización espacial.

Del mismo modo, el estudio mostró que el mercado laboral local experimentó reconfiguraciones importantes asociadas a la llegada de población migrante. La inserción laboral ocurrió principalmente en espacios marcados por alta precariedad e informalidad, particularmente alrededor de la palma de aceite, actividades agrícolas temporales, economías informales y otras estrategias de sobrevivencia. Esto permitió observar cómo la migración se articula con procesos de flexibilización laboral propios del capitalismo periférico contemporáneo.

La investigación también evidenció la centralidad de la frontera como categoría analítica. Tibú no aparece únicamente como un municipio receptor de población migrante, sino como un espacio fronterizo donde convergen múltiples formas de movilidad, control territorial y disputa espacial. Siguiendo a Massey (2005), el espacio puede entenderse como una multiplicidad de trayectorias en coexistencia, y Tibú representa precisamente un territorio donde confluyen trayectorias migrantes, economías extractivas, actores armados, instituciones humanitarias y comunidades históricamente marginadas.

Las reconfiguraciones del espacio en Tibú son procesos abiertos, inacabados y contradictorios. No son homogéneos ni lineales. Lo que emerge es un espacio en permanente disputa, donde coexisten exclusión, resistencia, adaptación y producción cotidiana de nuevas formas de habitar.

1. Aportes teóricos a la geografía crítica

Esta tesis aporta a la geografía crítica latinoamericana relacionando los estudios migratorios con las discusiones sobre producción del espacio, marginalidad estructural y territorialidades fronterizas. Un aporte clave está en pasar de enfoques demográficos o

humanitarios a una lectura territorial que entienda la movilidad como un proceso que produce espacio.

Lefebvre (2013) ya decía que el espacio no es un escenario neutral, es una producción histórica atravesada por poder, conflicto y apropiación. El caso de Tibú amplía esa idea: muestra cómo esa producción espacial ocurre en territorios periféricos marcados por economías extractivas, conflicto armado y un Estado débil. Parte de las disertaciones de la geografía crítica clásica se construyeron desde el análisis de ciudades industriales del Norte Global. Esta investigación ayuda a territorializar esas discusiones desde una experiencia fronteriza latinoamericana, donde la marginalidad y la producción del espacio tienen características propias.

Las dinámicas espaciales del capitalismo, tal como las analiza Harvey (2003; 2007), son clave para entender la reorganización de Tibú. Procesos más amplios de acumulación desigual, flexibilización laboral y extracción de recursos atraviesan el territorio. Sin embargo, estas dinámicas globales no se replican de manera homogénea, se materializan de forma específica en cada territorio, y Tibú no es la excepción.

Un aporte central de esta investigación, que emerge del marco teórico, pero se confirma con el análisis empírico, es la necesidad de problematizar el uso de categorías existentes en lugar de crear nuevas. En muchos estudios geográficos y sociales, conceptos como configuración, transformación y reconfiguración socioespacial se utilizan como sinónimos operativos, lo que limita la precisión analítica y oculta diferencias fundamentales entre tipos de cambio territorial. Esta investigación propone distinguirlos: la configuración remite a estructuras heredadas, sedimentadas históricamente; la transformación alude a cambios parciales o funcionales que afectan esas estructuras; la reconfiguración implica reorganizaciones profundas de las relaciones espaciales, sociales y simbólicas. Esta distinción no es un ejercicio meramente terminológico.

Tiene consecuencias metodológicas (cada tipo de cambio exige herramientas de análisis diferentes), explicativas (evita confundir un cambio temporal con una mutación estructural) y ético-políticas (definir conceptos orienta intervenciones y políticas públicas). En el caso de Tibú, esta diferenciación permitió mostrar que la migración venezolana no solo transformó ciertos elementos del territorio como la expansión de

asentamientos o la presión sobre servicios, sino que contribuyó a una reconfiguración más profunda de las relaciones espaciales, simbólicas y de poder, dentro de los márgenes estrechos que impone la marginalidad estructural. La tesis no crea categorías nuevas, pero afina el uso de las existentes, problematizando sus alcances y límites en un contexto fronterizo periférico.

Esta distinción permitió construir una lectura más compleja del caso de Tibú, mostrando que la migración venezolana no solo reconfiguro ciertos elementos del territorio, como la expansión de asentamientos informales o la presión sobre servicios básicos, sino que contribuyó a procesos más profundos de reorganización espacial y relacional. Entre ellos se destacan: la emergencia de nuevas centralidades en la periferia, la resignificación simbólica de los límites urbanos (expresada en frases como “Tibú ya no termina donde dice el mapa”), la reconfiguración de las relaciones entre población local y migrante (atravesadas por solidaridad y conflicto), y la transformación de la frontera de un límite estatal a un espacio híbrido de encuentro, fricción y disputa.

Sobre los estudios migratorios, esta tesis aporta una lectura crítica que va más allá de los factores de expulsión y atracción. Como menciona Massey (1993), la movilidad humana es un fenómeno estructural, ligado a dinámicas globales de desigualdad. Pero aquí amplió esta idea, muestro cómo esas dinámicas se territorializan en espacios periféricos de frontera.

Desde Fraser (2023) se ha podido ver la migración venezolana como expresión de las crisis actuales del capitalismo. El capitalismo no solo genera explotación económica. También produce crisis ecológicas, sociales y territoriales que afectan las condiciones de reproducción de la vida. Tibú es un escenario donde esas crisis convergen. También incorporo la marginalidad estructural como categoría relacional y espacial. La marginalidad no es solo carencia individual. Es una forma territorializada de producción desigual del espacio. Esto articula a Wacquant con las geografías críticas latinoamericanas y con las dinámicas específicas de la frontera.

Esta tesis también aporta a los estudios geográficos de frontera. Propongo entender la frontera no como un límite estatal, sino como un espacio producido por

múltiples actores, movilidades y disputas. Esa perspectiva va más allá de las lecturas tradicionales centradas solo en seguridad, soberanía o control institucional.

2. Aportes metodológicos

En lo metodológico, esta investigación combina estudio de caso, etnografía crítica, análisis territorial y análisis documental. Esa combinación me permitió entender las reconfiguraciones de Tibú en varias escalas a la vez. Un aporte metodológico clave es relacionar la observación del territorial, las entrevistas y el diario de campo. Esa triangulación no solo me sirvió para identificar cambios materiales en el territorio, también para entender las experiencias, las emociones y los significados detrás de esos cambios.

El diario de campo fue clave. No solo como descripción, sino como un dispositivo reflexivo. Me permitió registrar tensiones, contradicciones y afectaciones que no habrían salido con técnicas más rígidas. Como dice Geertz (1973), la descripción densa ayuda a entender las tramas de significado que organizan la vida cotidiana.

También integré el análisis documental con la observación del territorio. Con Fairclough (2003) y Van Dijk (2009), entendí los relatos de los entrevistados no como testimonios individuales, sino como discursos atravesados por poder, exclusión y territorialidad. Esta investigación también muestra que el lugar desde donde habla el investigador importa. No asumí mi cercanía al territorio como un sesgo que había que eliminar, al contrario, mi experiencia previa en trabajo humanitario me ayudó a acceder a dimensiones del fenómeno que desde fuera no se ven.

También hay limitaciones. Lo cualitativo no permite establecer relaciones causales definitivas entre migración y reconfiguración del espacio. Las reconfiguraciones que vi responden a diversos factores estructurales. Las condiciones de seguridad también me limitaron, no pude acceder a algunas zonas rurales con presencia activa de actores armados. Eso redujo el alcance del trabajo de campo. Por último, esta tesis es situada, sus resultados no se pueden generalizar a cualquier lugar. No busqué construir un modelo universal, sino entender a fondo un caso territorial específico.

3. Implicaciones para política pública y acción territorial

En Tibú, las respuestas institucionales a la migración venezolana han sido sobre todo humanitarias y de emergencia, ayudar de inmediato. Eso es necesario, pero no es suficiente. No alcanza para enfrentar las reconfiguraciones territoriales y estructurales que vienen con la migración.

Un aporte para las políticas públicas es mostrar que la migración no se puede seguir viendo solo como un problema poblacional o humanitario. Los cambios que documenté afectan la producción del espacio, la organización del territorio y las condiciones de vida de migrantes y locales por igual. Hacen falta políticas territoriales que reconozcan las periferias informales como espacios habitados, no como anomalías temporales. Si la planificación institucional las invisibiliza, solo profundiza la exclusión.

Adicional, las políticas públicas tienen que revisar la vulnerabilidad de manera relacional. En Tibú, la precariedad no es solo de los migrantes, es una condición compartida del territorio. Hay que superar las intervenciones fragmentadas que separan a locales y migrantes como si fueran mundos aparte. En lo laboral, se necesitan políticas que reduzcan la precarización y la explotación en las economías periféricas. Los migrantes se insertan sobre todo en sectores informales, con bajos salarios y poca protección social.

Las respuestas humanitarias tendrían que incorporar enfoques territoriales. Varias de las intervenciones siguen siendo asistenciales, sin conectar con las dinámicas espaciales concretas del territorio. Pensar el futuro de Tibú implica reconocer que la migración venezolana ya no es un fenómeno pasajero. Hay arraigo, producción de espacio, construcción cotidiana de territorio.

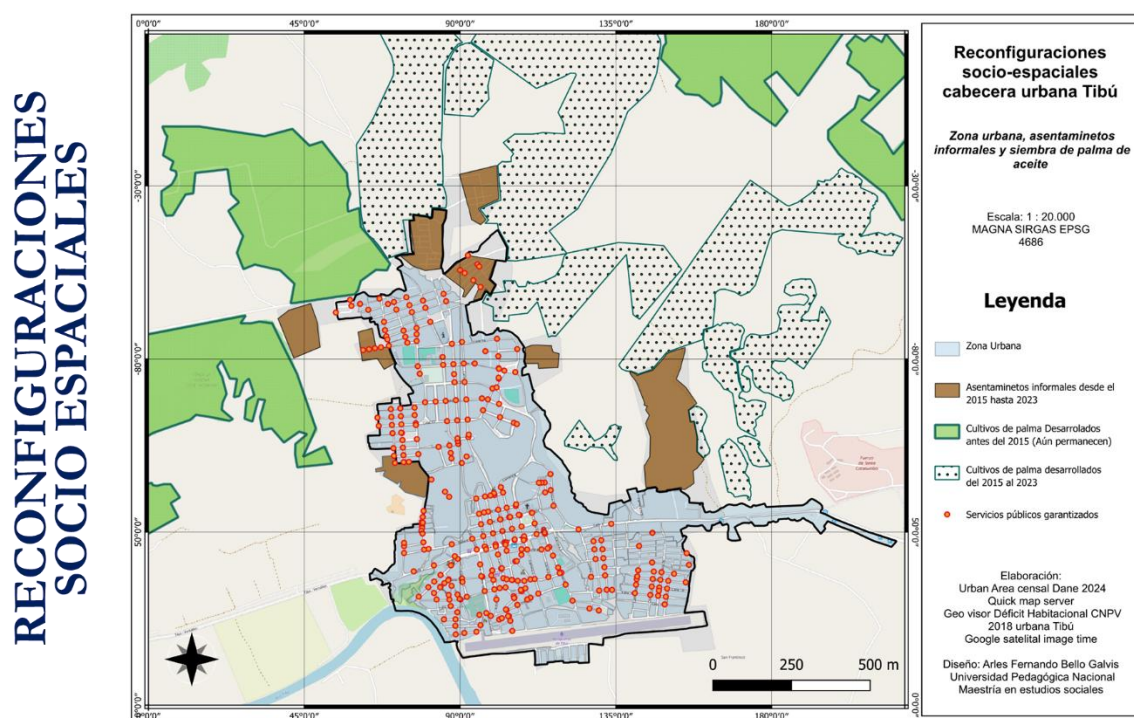
Entender estos cambios no es solo un ejercicio académico, es reconocer que las fronteras hoy se están reconfigurando con movilidades humanas, desigualdades estructurales y disputas espaciales. Todo eso desafía las formas tradicionales de pensar el espacio, la frontera y la ciudadanía.

La investigación permitió establecer que la migración venezolana en Tibú no se relaciona con las reconfiguraciones socioespaciales como una causa lineal, sino como un

factor que se articula con procesos estructurales preexistentes. La llegada de población migrante no produjo la marginalidad del territorio, pero la intensificó, la redistribuyó y la hizo más visible. Las reconfiguraciones observadas expansión de asentamientos informales, emergencia de nuevas centralidades periféricas, resignificación simbólica de los límites urbanos, transformación de la frontera en un espacio híbrido son el resultado de la interacción entre la migración y un territorio ya configurado por desigualdades históricas, economías extractivas, conflicto armado y debilidad institucional.

A lo largo de esta investigación, el análisis cartográfico ha sido una herramienta central para evidenciar las reconfiguraciones socioespaciales en Tibú. Las imágenes satelitales (Mapas 5, 6 y 7) mostraron la expansión progresiva de la mancha urbana entre 2015 y 2023. Los mapas de cultivos de palma (mapa 8 y 9) permitieron identificar la relación entre la agroindustria y la ocupación informal del suelo. Sin embargo, es en el Mapa 10 donde confluyen todos estos hallazgos. Este mapa integra todas las capas de información: la zona urbana formal, los asentamientos informales surgidos o expandidos entre 2015 y 2023, los cultivos de palma desarrollados antes y después de 2015, y las zonas con servicios públicos garantizados. Su lectura permite apreciar, de manera sintética, la trama de relaciones que esta investigación ha documentado: una periferia que crece sin planificación, en tierras no aptas para vivienda, sin acceso garantizado a agua potable, energía o alcantarillado, pero funcionalmente articulada a la demanda de mano de obra de la agroindustria de la palma.

Mapa 10. Reconfiguraciones socioespaciales Tibú



Fuente: Urban Area censal Dane 2024, Quick map server, Geo visor Déficit Habitacional CNPV 2018 urbana Tibú, Google satelital imagetime. Diseño: Arles Fernando Bello Galvis, Universidad Pedagógica de Colombia, maestría en estudios sociales

El Mapa 10 no es solo un producto cartográfico. Es una herramienta de diagnóstico territorial con implicaciones directas para la política pública. La primera evidencia es la más visible: los asentamientos informales no están integrados a las zonas con servicios públicos garantizados. El Estado no impide que se construya, pero tampoco provee infraestructura básica. Esto reproduce la exclusión estructural: se permite habitar, pero no se garantizan derechos. La segunda evidencia es la relación funcional entre los asentamientos informales y los cultivos de palma desarrollados después de 2015. Los migrantes no solo se asientan cerca de donde hay trabajo; se asientan allí porque la agroindustria demanda mano de obra barata y precaria, pero no asume ningún costo de urbanización. La tercera evidencia es la más alarmante para la planificación territorial: la expansión de la periferia no sigue ningún patrón de ordenamiento. Tibú ya no termina donde dice el mapa oficial. Las políticas públicas, si quieren ser efectivas, deben partir de este mapa: reconocer los asentamientos informales como espacios habitados, garantizar servicios básicos, regular la relación entre agroindustria y vivienda, y actualizar el Plan

de Ordenamiento Territorial para incluir las periferias que ya existen. Invisibilizarlas no las hace desaparecer; solo profundiza la marginalidad.

1. Principales hallazgos

En relación con el primer objetivo (caracterizar las reconfiguraciones socioespaciales):

Entre 2015 y 2023, en la periferia de Tibú ocurrieron tres tipos de reconfiguraciones. Primero, transformaciones materiales, la expansión acelerada de asentamientos informales en zonas sin servicios públicos, visible en las imágenes satelitales (mapas 5, 6, y 7). Segundo, reconfiguraciones económicas, la inserción laboral migrante se concentró en actividades precarias (palma de aceite, jornal, comercio informal), con una marcada feminización (73% de los encuestados son mujeres). Tercero, reconfiguraciones simbólicas, la resignificación de los límites urbanos ("Tibú ya no termina donde dice el mapa") y la transformación de la frontera de un límite estatal a un espacio de encuentro, fricción y disputa.

En relación con el segundo objetivo (analizar la incidencia de la migración):

La migración venezolana no fue la causa única de estas reconfiguraciones, pero actuó como un acelerador de procesos ya existentes. La presión sobre servicios básicos (agua, salud, educación) se intensificó, los asentamientos informales crecieron a un ritmo mayor que la capacidad de respuesta estatal, y las tensiones entre población local y migrante se hicieron más visibles. Sin embargo, la migración también introdujo dinámicas de solidaridad y producción cotidiana del espacio (barrer el frente de la casa, abrir caminos con el tránsito, delimitar terrenos), evidenciando agencia dentro de márgenes estrechos.

En relación con el tercer objetivo (explicar el papel de la marginalidad estructural):

Las condiciones de marginalidad estructural pobreza histórica, Estado fragmentado, economías ilegales, conflicto armado no fueron producidas por la migración, sino que la antecedieron y la condicionaron. Tibú ya era un territorio precarizado antes de 2015. La llegada de migrantes se insertó en esa estructura, intensificando la competencia por recursos y la estigmatización territorial, pero también

generando nuevas formas de habitar y de producir sentido. La marginalidad estructural define el campo de posibilidades dentro del cual los migrantes actúan, pero no anula su capacidad de producir espacio.

A partir del análisis desarrollado, es posible responder a la pregunta central que orientó esta investigación: ¿de qué manera el fenómeno migratorio venezolano se relaciona con las reconfiguraciones socioespaciales del municipio de Tibú entre 2015 y 2023? La respuesta no es lineal ni mono causal. La migración venezolana no produjo las reconfiguraciones socioespaciales desde cero, sino que se articuló con procesos estructurales preexistentes conflicto armado, economías extractivas, debilidad institucional y marginalidad histórica, intensificándolos y haciéndolos más visibles. La relación es de articulación y aceleración, no de causalidad directa. La migración llegó a un territorio ya precarizado y se insertó en sus dinámicas, reconfigurando el espacio a través de la expansión de asentamientos informales, la emergencia de nuevas centralidades periféricas, la resignificación simbólica de los límites urbanos y la transformación de la frontera en un espacio híbrido de encuentro y disputa. Al mismo tiempo, los migrantes no fueron receptores pasivos de estas condiciones: produjeron espacio desde abajo, mediante prácticas cotidianas de ocupación, construcción y apropiación, aunque dentro de los márgenes estrechos que impone la marginalidad estructural.

Esta investigación aporta a la línea Construcción Social del Espacio de la Maestría en Estudios Sociales de la siguiente manera; territorializa los debates sobre migración y espacio en un contexto periférico y fronterizo el Catatumbo, un escenario poco abordado por la literatura especializada, que tiende a concentrarse en grandes centros urbanos. Articula categorías analíticas que suelen usarse por separado configuración, transformación y reconfiguración socioespacial, mostrando su utilidad para leer procesos de cambio territorial en contextos de movilidad forzada y visibiliza la agencia de los sujetos migrantes como productores de espacio, sin desconocer las constricciones estructurales que limitan su capacidad de acción. En este sentido, la tesis no solo describe cómo el espacio es producido por dinámicas de poder, sino que muestra cómo, incluso en condiciones de precario edad extrema, las prácticas cotidianas de habitar transforman el territorio y le otorgan nuevos significados. Esto aporta a la línea de investigación una lectura situada y crítica de la producción social del espacio en contextos de frontera,

conflicto y migración, ampliando su horizonte analítico más allá de los escenarios urbanos metropolitanos.

En conjunto, la tesis reafirma que el espacio no es un escenario pasivo, sino una producción social en permanente disputa. Tibú, con sus relámpagos y caminos de tierra, es un ejemplo de cómo la migración, la marginalidad y la agencia cotidiana se entrelazan para producir territorio incluso en las condiciones más adversas.

Referencias bibliográficas

- Acebedo, L. F. (2008). Territorio, ciudad y política en Venezuela. *Bitácora Urbano Territorial*, 1(12), 107-132.
- ACNUR. (2023). Evaluación de condiciones de vida de la población migrante y refugiada en Colombia. <https://www.acnur.org>
- Aliaga, Sáenz, F. (2018). La migración internacional en América Latina: Debates y desafíos contemporáneos. Ediciones Universidad Central de Chile.
- Aliaga Sáenz, F. (2012). Migraciones internacionales: Alteridad y procesos sociopolíticos. Ediciones USTA.
- Balibar, É. (2005). Fronteras de Europa. En *Violencias, identidades y civilidad* (pp. 155-180). Gedisa.
- Baquero, M. C. (2018). De la ciudad blindada a la vida urbana: Reconfiguraciones territoriales en contextos de seguridad [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia].
- Betancur, L. J., & Junco, C. M. (2019). Imaginarios sociales presentes en la experiencia migratoria de dos jóvenes que se trasladan a la ciudad de Bogotá: Una mirada a través de sus historias de vida [Tesis de maestría, Fundación Universitaria Los Libertadores]. <http://hdl.handle.net/20.500.12209/11402>
- Blanco, Y. F., & Barrero, J. M. (2021). Análisis de políticas públicas de educación en torno a la migración forzada en Colombia: Una reflexión crítica de la migración venezolana [Tesis de maestría, Universidad del Rosario]. <http://hdl.handle.net/10554/58167>
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Taurus.
- Castles, S., de Haas, H., & Miller, M. J. (2014). *La era de la migración: Movimientos internacionales de población en el mundo moderno* (5ª ed.). Guilford Press.
- Cely, A. (2013). *Pensar e indagar la construcción social del espacio: balances y retos*.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2018). *Catatumbo: Memorias de vida y dignidad. Resumen*. CNMH. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/catatumbo/descargas/catatumbo-resumen.pdf>

- Creswell, J. W., & Plano Clark, V. L. (2017). Diseñando y conduciendo investigaciones de métodos mixtos (3ª ed.). SAGE Publications.
- Cresswell, T. (2010). Towards a politics of mobility. *Environment and Planning D: Society and Space*, 28(1), 17-31.
- Delgado, M. (2003). *Espacio y sociedad: Perspectivas para la comprensión de las relaciones socioespaciales*. Gedisa.
- Denzin, N. K., & Lincoln, Y. S. (Eds.). (2011). *The SAGE handbook of qualitative research* (4th ed.). SAGE.
- Donnan, H., & Wilson, T. M. (1999). *Fronteras: Fronteras de identidad, nación y Estado*. Berg.
- Durán, M. M. (2012). El estudio de caso en la investigación cualitativa. *Revista Nacional de Administración*, 3(1), 121-134.
- Escobar, A. (2008). *Territorios de la diferencia: Lugar, movimientos, vida, redes*. Duke University Press.
- Fairclough, N. (2003). *Analizando el discurso: Análisis textual para la investigación social*. Routledge.
- Falcón, N. (2021). Review and microphysics of the maximum electricity atmospheric activity in the world: The Catatumbo Lightning (Venezuela). *Journal of Atmospheric Science Research*, 4(2), 12-21.
<https://doi.org/10.30564/jasr.v4i2.2740>
- Fraser, N. (2023). *Capitalismo caníbal: Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta, y hasta pone en peligro su propia existencia* (E. Odriozola, Trad.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 2022)
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- Fundación Ideas para la Paz. (2019). *Entre incertidumbre y oportunidades: La región del Catatumbo a tres años de la firma del Acuerdo de Paz*. FIP.
- Fundación Ideas para la Paz. (2019). *Tensiones territoriales en el Catatumbo*. FIP.
- Garcés, A. (2020). *Movilidad humana y exclusión social en América Latina: Perspectivas críticas*. [Editorial no especificada]
- Geertz, C. (1973). *The interpretation of cultures*. Basic Books.
- GIFMM (Grupo Interagencial sobre Flujos Migratorios Mixtos). (2023). *Informe sobre población migrante en Norte de Santander*. <https://www.r4v.info/es>

- González Posso, C. (2010). Geopolítica y resistencia en el Catatumbo. En *Hacia una geografía crítica en Colombia* (pp. 107-132). Universidad Nacional de Colombia.
- Guba, E. G., & Lincoln, Y. S. (1994). Competing paradigms in qualitative research. En N. K. Denzin & Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research* (pp. 105-117). SAGE.
- Guber, R. (2011). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Siglo XXI Editores.
- Guber, R. (2018). Volando rasantes... etnográficamente hablando. En R. Guber, *Condenados a la reflexividad*. CLACSO/CONICET.
- Guerrero Torrenegra, A., Visconti Stopello, G., & Clavijo García, L. (2023). Migraginación: Migración y marginación en la producción del espacio. *Módulo Arquitectura CUC*, 18(2), 75-92.
- Gutiérrez, R., & López, R. (2017). *Reconfiguraciones urbanas en América Latina*. Universidad Nacional de Colombia.
- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Taurus.
- Habermas, J. (1988). *Conocimiento e interés*. Taurus.
- Harvey, D. (2003). *El nuevo imperialismo*. Oxford University Press.
- Harvey, D. (2007). *Espacios del capital: Hacia una geografía crítica*. Akal.
- Harvey, D. (2012). *Ciudades rebeldes: Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal.
- Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, P. (2006). *Metodología de la investigación* (4ª ed.). McGraw-Hill.
- Hoerder, D. (2002). *Culturas en contacto: Migraciones mundiales en el segundo milenio*. Duke University Press.
- Hoyos, C. E. (2023). *La migración venezolana en la reconfiguración territorial de Arauca* [Tesis de maestría, Universidad de Córdoba].
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio* (E. Martínez Gutiérrez, Trad.). Capitán Swing Libros. (Obra original publicada en 1974)
- Londoño, C. (2023). *Hábitat colectivo transitorio: Construir un lugar entre el conflicto y la movilidad* [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia].
- Lutz, B. (2013). Castigar a los pobres: El gobierno neoliberal de la inseguridad social. *Espiral: Estudios sobre Estado y Sociedad*, 20(57), 177-189.

- Madison, D. S. (2012). *Critical ethnography: Method, ethics, and performance* (2nd ed.). SAGE.
- Massey, D. (2005). *Por el espacio*. SAGE Publications.
- Massey, D. S., Arango, J., Hugo, G., Kouaouci, A., Pellegrino, A., & Taylor, J. E. (1993). Theories of international migration: A review and appraisal. *Population and Development Review*, 19(3), 431-466. <https://doi.org/10.2307/2938462>
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Melusina.
- Mendoza, C. (2006). Geografía de la población. En D. Hiernaux & A. Lindón (Eds.), *Tratado de geografía humana* (pp. 217-238). Anthropos.
- Mezzadra, S., & Neilson, B. (2013). *La frontera como método, o la multiplicación del trabajo*. Duke University Press.
- Migración Colombia. (2025). Informe de migrantes venezolanos(os) en Colombia: corte 31 de diciembre de 2024. Situación de salud de la población migrante venezolana en Colombia. Observatorio de Migraciones, Migrantes y Movilidad Humana (OM3). Bogotá
- Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural. (s.f.). Norte de Santander documento regional. https://upra.gov.co/Kit_Territorial/2-%20Informaci%C3%B3n%20por%20Departamentos/NORTE%20DE%20SANTANDER/2-%20Documento%20Regional%20UPRA%20Norte%20de%20Santander.pdf
- Molano, A. (2009). *Catatumbo: Viaje a la frontera del olvido*. Semana Libros.
- Nogué, J. (2006). Geografía política. En D. Hiernaux & A. Lindón (Eds.), *Tratado de geografía humana* (pp. 367-392). Anthropos.
- Observatorio de Territorios Étnicos y Campesinos. (2021). *Catatumbo: Resistencias territoriales en medio del conflicto armado*. Universidad Javeriana.
- Ojeda, D. (2016). Los paisajes del despojo: Propuestas para un análisis crítico de la geografía del conflicto en Colombia. *Revista Territorios*, (35), 17-41.
- Organización Internacional para las Migraciones (OIM). (2019). *Glosario de la OIM sobre migración*. <https://www.iom.int/es/glosario-migracion>
- Organización Internacional para las Migraciones (OIM). (2023). *Informe mundial sobre migración 2023*. <https://www.iom.int/wmr-2023>

- Ossa, S. L. (2021). *"No quiero vivir como venezolano": Representaciones visuales de la migración venezolana en Colombia en redes sociales (2016-2020)* [Tesis de maestría, Universidad del Rosario]. <http://hdl.handle.net/10554/64229>
- Padilla, D. P. (2019). La deshumanización de lo evidente: Una lectura posestructuralista de los discursos presidenciales frente a la crisis migratoria colombo-venezolana [Tesis de maestría, Universidad del Rosario]. <http://hdl.handle.net/10554/43777>
- Páez, A., & Vivas, C. (2017). La crisis migratoria venezolana en América Latina y el Caribe: La tercera ola (2015 hasta la actualidad) [Informe].
- Páramo, P. (2011). Investigación en ciencias sociales: Técnicas de recolección de información. Universidad Pedagógica Nacional.
- Pérez Gokelaere, N. (2022). Caracterización del fenómeno de urbanización informal en el borde sur de Bogotá [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia].
- Patton, M. Q. (2002). *Qualitative research & evaluation methods*. SAGE. Rubio
- Ramírez, J. (2020). Migración venezolana en Colombia: Entre la crisis humanitaria y la securitización del otro. *Análisis Político*, 33(99), 46-64. <https://doi.org/10.15446/anpol.v33n99.87781>
- Ramírez Gallegos, J., & Álvarez Velasco, S. (2009). "Cruzando fronteras": Una aproximación etnográfica a la migración clandestina ecuatoriana en tránsito hacia Estados Unidos. *Confluente. Rivista di Studi Iberoamericani*, 1(1), 89-113.
- Ravenstein, E. G. (1885). Las leyes de la migración. *Journal of the Statistical Society of London*, 48(2), 167-235.
- Restrepo, D. (2023). Sosteniendo la vida desde las estrategias de cuidado: Una historia de vida que confronta al régimen de migración y fronteras en el corredor Valencia (Venezuela) - Cúcuta y Pamplona (Colombia) [Tesis de maestría, Universidad del Rosario]. <http://hdl.handle.net/10554/64127>
- RMRP (Regional Response Plan for Refugees and Migrants). (2022). Plan de Evaluación y Respuesta de Necesidades de Refugiados y Migrantes.
- RMRP (Regional Response Plan for Refugees and Migrants). (2023-2024). Regional Response Plan for Refugees and Migrants.

- Roa Martínez, M. G. (2006). Migración internacional: Patrones y determinantes. Estudios comparados Colombia-América Latina (Proyecto LAMP). Universidad del Valle.
- Safa Barraza, P. (2009). Los condenados de la ciudad: Una reflexión sobre la marginalidad avanzada de Loïc Wacquant. Renglones, (60), 24-27.
- Santos, M. (2000). La naturaleza del espacio: Técnica y tiempo. Razón y emoción. Ariel.
- Singer, P. (1976). Urbanización, dependencia y marginalidad en América Latina. ILPES. (CPRD-B/21)
- Soja, E. W. (1997). El tercer espacio: Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica. En A. Barsky (Ed.), 6° Encuentro de Geógrafos de América Latina: Memorias (pp. 2-7). Buenos Aires.
- Soja, E. W. (2010). En busca de la justicia espacial. University of Minnesota Press.
- Stake, R. (1995). *The art of case study research*. SAGE.
- Straka, T. (2015). La república fragmentada. Claves para entender a Venezuela. Caracas: Alfa / Universidad Católica Andrés Bello.
- Tarazona-Solano, Y., Pabón-Ortiz, L., & Chaves-Millán, H. (2022). Derecho a la educación para NNA migrantes venezolanos en el marco del Estatuto Temporal de Protección en la Institución Educativa Francisco José de Caldas en Tibú [Tesis de maestría, Universidad de Santander].
- Taylor, S. J., & Bogdan, R. (1987). Introducción a los métodos cualitativos de investigación. Paidós.
- Thomas, J. (1993). Haciendo etnografía crítica. SAGE.
- Todaro, M. P. (1969). Un modelo de migración laboral y desempleo urbano en los países menos desarrollados. *The American Economic Review*, 59(1), 138-148.
- Topalov, C. (1984). Ganancias y rentas urbanas: Elementos teóricos. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- UNICEF. (2022). *Humanitarian Situation Report: Migrant and Refugee Crisis in Venezuela and Host Countries*. UNICEF.
- Van Dijk, T. A. (2009). Discurso y poder. Gedisa.

- Villa Pérez, J. B. (2016). Efectos socioespaciales de la reconfiguración urbana sobre la población desplazada [Tesis de maestría, Universidad Autónoma Metropolitana de México].
- Wacquant, L. (2007a). Los condenados de la ciudad: Gueto, periferias y Estado. Siglo XXI Editores.
- Wacquant, L. (2007b). La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada. *Ciências Sociais Unisinos*, 43(3), 193-199.
- Wallerstein, I. (2005). Análisis de sistemas-mundo: Una introducción. Siglo XXI Editores.
- Walteros, J. (2010). Migración y territorio: Aproximaciones a una perspectiva crítica. Universidad Nacional de Colombia.
- Wimmer, A., & Glick Schiller, N. (2002). Methodological nationalism and beyond: nation-state building, migration and the social sciences. *Global Networks*, 2(4), 301-334.
- Yin, R. K. (2018). *Investigación y aplicaciones de estudio de caso: Diseño y métodos* (4ª ed.). SAGE.
- Zaragocín Carvajal, S., Moreano Venegas, M., & Álvarez Velasco, S. (2018). Hacia una reapropiación de la geografía crítica en América Latina. Presentación del dossier. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (61), 11-32.

Anexos

1. [Guion de entrevistas semi estructuradas.](#)
2. [Formato de consentimiento informado.](#)
3. [Plantilla del diario de campo.](#)
4. [Diccionario de variables base de datos](#)
5. [Tabla de frecuencias restante](#)
6. [Tabla de metadatos de capas cartográficas](#)
7. [Matriz de análisis cualitativo de entrevistas](#)